

IRIS T. HERNÁNDEZ

LO TUYO
ES AMOR
POR NARICES



zafiro[♥]

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Referencias de las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

¿Crees que el amor aparece de repente? ¿Que el hombre al que llevas buscando toda tu vida puede aparecer de pronto ante ti, como si nada? Yo pensaba que no, hasta que supe que ÉL, en mayúsculas, iba a ser el hombre perfecto, sin más.

Aunque las cosas no siempre resultan como uno desea, y si no que me lo digan a mí. Yo era una persona segura de mí misma, que tenía claro lo que quería en la vida, hasta que mi mejor amiga se encargó de ofrecerme un plan mejor, uno que cualquiera aceptaría con los ojos cerrados. Y eso fue lo que hice. Así que cogí mi maleta y volé miles de kilómetros para instalarme en California sin saber muy bien cuánto tiempo estaría ayudando a Campos con su centro de yoga.

Pero lo que mi querida amiga, por decirlo de alguna manera, no me había explicado es que iba a tener de vecino al «rompenarices», el colega de su novio, el mismo que meses atrás me rompió la nariz. Sé que lo hizo sin querer, pero lo hizo, y no lo voy a olvidar en la vida. Siento tanto odio hacia su persona que molestarlo se convierte en mi único pasatiempo.

¿Os imagináis cómo disfruto cuando le frustro el plan con las «barbies» que se lleva a casa? Y que quede claro: yo no soy una de ellas, así que conmigo lo va a tener mucho más difícil si lo que quiere es un acercamiento...

LO TUYO ES AMOR POR NARICES

Iris T. Hernández

zafiro 

A veces ocurre algo imprevisible que lo cambia todo, ¿verdad?

Capítulo 1

—¿Puedes cambiar esa cara?

Me giro al oír a mi amiga, y ahora jefa tocapelotas, y me retiro el sudor de la frente antes de contestarle.

—¿A qué cara te refieres?

—A la tuya. Parece mentira que disfrutes trabajando... porque lo haces, ¿no?

Busca mi mirada y yo la rehúyo, ya que detesto cuando adivina lo que estoy pensando; odio ser tan transparente.

—Ya sabes que sí. —Me agarra las manos y sé que está preocupada por mí—. Adoro este trabajo, cada día más, pero soy yo... Me falta algo.

—Algo, ¿como qué?

¡Será pesada, la tía! Si lo supiera, no estaría así.

—Pues... yo qué sé. —Termino la frase con un suspiro con el que libero la tensión y me dejo caer sobre la esterilla, donde hace unos minutos estaba dando mi clase de yoga, y me permito el lujo de soñar—. Hacer locuras, viajar, conocer gente. ¿Echar un polvo?

—Teo...

—Cuándo entenderá esta cabecita —le doy pequeños golpes en la sien para que no siga hablando— que Teo no me pone nada. ¡Nada!

Niega con la cabeza y se marcha tan tranquila.

Permanezco sentada en la esterilla unos minutos hasta que me estiro y miro al cielo. Observo las pocas nubes blancas que apenas se mueven por encima de mí. Cierro los ojos y lo único que oigo es el agua caer de la cascada artificial que hay a mi espalda; sonrío al imaginarme frente a una de verdad,

sintiendo cómo la fuerza del agua me empapa y no me deja ver, hasta que la traspaso y, ante mí, tengo el paisaje más bonito del mundo. Ojalá estuviera allí...

—Gracias, Campos. —Sin abrir los ojos, sé que es él, por su forma de andar—. Acabas de joderme mi fantasía. —Abro un solo ojo y veo cómo sonrío.

—Espero que no sea...

—No, estaba en una cascada —¿por qué todas las preguntas acaban derivando en sexo?—, muy grande.

—En Los Ángeles hay una espectacular.

—¿Ah, sí? Pues a ver si me premias por ser la mejor empleada y te pagas un viaje. —Si es que la confianza da asco... Ellos lo saben, pero no les importó contratarme aun siendo la mejor amiga de su novia, y ahora de él, por supuesto.

—Quería hablar contigo precisamente de ese tema.

—¿Me vas a pagar un viaje? —Me pongo de pie frente a él y soy testigo de cómo se le escapa una carcajada—, porque yo, encantada.

—Más bien te voy a proponer un trabajo.

—Ya tengo uno, y me gusta.

Miedo me da su expresión; sin duda alguna, está a punto de soltar una bomba y no sé si seré capaz de soportarla. A ver ahora por dónde sale.

—¿Recuerdas el centro que quiero abrir en Los Ángeles? —Asiento en silencio con la cabeza, impaciente porque continúe—. Necesito a alguien de confianza que se encargue de su dirección.

—No me van los números, yo soy más de estar tirada por el suelo —respondo con hastío, porque lo que menos me apetece es ponerme tras un ordenador y llevar las cuentas de una empresa.

—Y es lo que quiero que hagas, pero con los ojos bien abiertos.

—¿Me propones que ejerza de espía? —Sonríe y sé que es exactamente eso lo que quiere—. Además, ¿qué haría yo tan lejos?

—Vamos, Noelia, tú no eres de estar anclada en esta isla, estás frustrada.

—No lo estoy.

Jolín con el filipino y su claridad a la hora de decir las cosas; ahora entiendo por qué le gusta tanto a mi amiga.

—Sí lo estás —oigo a Adriana aparecer a mi espalda y la miro con cara de «estás conspirando contra mí».

—Estáis jugando sucio, dos contra una —les advierto para que tengan cuidado y no se pasen demasiado, aunque ambos me conocen y me importa muy poco que sean dos o diez; si me los tengo que comer con patatas, lo haré sin ningún remordimiento.

—¿Quieres viajar? Vete a Los Ángeles. ¿Quieres vivir nuevas experiencias? ¿Conocer gente nueva?, ¿nuevas posibilidades de polvos?

Veo cómo Campos la mira con expresión de no hacerle ni pizca de gracia lo que está oyendo y no puedo más que sonreír por la situación.

—¿Y dónde viviré? No tengo ni un euro ahorrado. —Niego con la cabeza al tiempo que lo digo, consciente de que ahora mismo no es un buen momento.

—Tengo una casa allí en la que puedes instalarte, así que sólo tendrías que correr con los gastos.

No me puedo creer lo que me está ofreciendo, su casa...

—De vez en cuando vendré a verte y tomaremos el sol frente a esos canales tan preciosos... —interviene Adriana, dejando más que claro que está encantada de que su chico me preste su vivienda para irme a... miles de kilómetros.

—Vosotros dos no estáis muy cuerdos, ¿no?

—Te estamos ofreciendo una oportunidad de cambiar, de renovar el aire que te falta en esta isla. —Adriana me coge de las manos mientras me lo dice y yo de verdad que no doy crédito.

—Tal cual —añade mi amigo, que es más parco en palabras que Adriana, que no suele callarse ni debajo del agua.

—Tengo que pensarlo.

—Tranquila, el centro no se abrirá hasta dentro de unas semanas.

—¿Unas semanas? Pero ¿qué pretendéis, que haga la maleta y me vaya ya?

—suelto entre risas, porque en el fondo estoy nerviosa.

Debo reconocer que la idea me encanta y me acojona a partes iguales, aunque, siendo realista, tengo claro que jamás me podría permitir una cosa así por mis propios medios y no hay que desaprovechar este tipo de oportunidades.

—Necesito una respuesta lo antes posible, para tramitar el permiso de trabajo y todo el papeleo, que en Estados Unidos nada es fácil. —Campos habla de ese tema como si lo hiciera todos los días, como si para mí fuera tan sencillo irme a la otra punta del planeta, sabiendo que no voy a tener a nadie cerca.

—Me estáis estresando —afirmo mientras agito los brazos y me froto las sienes, alejándome de ellos.

—Noelia...

—Después os veo —respondo a mi amiga, y los dejo atrás, para dirigirme a la playa, donde puedo estar a solas un rato.

Cuando me trasladé de Valencia a esta isla con once años, creí que era lo peor que me podía pasar. Durante mi adolescencia, les eché mil veces en cara a mis padres que no veía a mis amigos; sobre todo lo sentencié a él, porque, en mi opinión, la culpa era sólo suya y de su dichoso trabajo. Sin embargo, poco a poco me acostumbré a vivir aquí y conocí a personas maravillosas, como Adriana. Por supuesto, de vez en cuando he regresado a mi ciudad natal, a casa de mi abuela, donde he podido quedar con mis amigos de la infancia, aunque, conforme ha ido pasando el tiempo, hemos ido perdiendo mucho el contacto y ahora apenas lo tenemos.

Aquí estudié, descubrí el surf y el yoga; este último ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida... Incluso me dedico a ello, impartiendo clases a los exclusivos clientes del hotel. Todo es perfecto, o debería serlo, pero... por

más que crea que sin duda tendría que ser así, soy consciente de que me falta algo.

Suspiro y miro las olas que se acercan hasta mojarme los pies y me tumbo en la arena, sin importarme que me esté empapando la ropa.

Abro los ojos y diviso a dos surfistas; uno es Teo, y el otro, un cliente que está aprendiendo. Veo que me dice hola y, con la mano, lo saludo. Él siempre está feliz, siempre sonrío; seguro que, si le preguntase si querría vivir en otro lugar, diría que por nada del mundo, al igual que Adriana, pero yo... yo no siento eso.

Me recojo el pelo en una cola de caballo y admito que la oferta de Campos es una oportunidad para experimentar un cambio; uno fácil, ya que me lo están poniendo en bandeja. Tendría un nuevo trabajo, pero en la línea del mío, que tanto me gusta, además de una vivienda en Los Ángeles. ¡En Los Ángeles! Si es que encima tengo suerte... Ya me imagino patinando por Santa Mónica, jugando a vóley playa en Malibú y de fiesta por Las Vegas con alguna amiga que haga por allí... y, quién sabe, quizá conozca a algún chulito de playa que me vuelva loca, pero loca de amor.

—Tampoco es mal plan, ¿no? Aunque a mi madre le dará un paro cardíaco si me voy.

Se me escapa una sonrisa y me pongo de pie para volver al hotel y comprobar si algún cliente ha pedido alguna sesión más hoy o bien me puedo ir ya a casa.

—Lo siento, deberíamos habértelo dicho en otro momento —oigo la voz de mi amiga y noto cómo apoya su barbilla en mi hombro para darme un abrazo desde atrás en la recepción del hotel—. ¿Me perdonas?

—No tengo nada que perdonarte, sino todo lo contrario: te doy las gracias por preocuparte por mí, pero no sé si estoy preparada para un cambio tan

radical.

—Lo entiendo —sin duda es la mejor amiga que uno puede tener—, aunque yo me lo pensaría.

—Eso es lo que estoy haciendo. —Las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa sincera—. A ver, ¿qué vais a hacer aquí sin mí?

—Eso es cierto, será todo muy aburrido.

—Mentirosa, ¿tú has visto a ese hombre? —Las dos dirigimos nuestras miradas a Campos, que está hablando con dos clientes, y de inmediato capto cómo le brillan los ojos de felicidad a Adriana—. Qué envidia me das.

—No digas eso.

—¿Cómo que no? ¿Te has visto la cara de pava que pones?

Me da un golpe en el brazo para que me calle.

—¿En Los Ángeles hay algún hombre como él?

—Como él es imposible, pero...

—Habla —la animo al ver que se queda callada y sonrío de forma maliciosa; sé que algo me oculta—. ¡Quieres soltar por esa boquita de piñón!

—¿Recuerdas al amigo de Campos, Ian?

—¿El piloto? Está para mojar pan.

—O más. El caso es que vive allí, y podría pedirle que te hiciera una visita turística, ¿qué te parece?

—Las que quiera.

—¿Eso significa que...?

—No lo sé, Adri. No tengo claro lo que quiero en mi vida ahora mismo, aunque no te voy a negar que la oferta es muy pero que muy tentadora.

No me lo puedo creer, estoy en territorio norteamericano. Sin duda alguna, ésta es la locura más grande que he cometido en toda mi vida, pero me siento feliz, emocionada. No sé el motivo, pero me siento otra persona.

Arrastro las tres maletas que llevo conmigo hasta que un taxista se apiada de mí y me ayuda a meter el equipaje en el maletero; luego le pido que me lleve a Venice. No había oído mencionar ese barrio costero hasta que Adri me habló de él; tanto, que estoy deseando llegar para pasear por esos fantásticos canales.

Mi amiga me ha confeccionado una lista de los sitios a los que fue y que, según ella, debo visitar sí o sí; Campos también me ha hecho una lista, ésta de lo más importante que debo tener en cuenta referente al club de yoga. Tengo la sensación de que me han dado tanta información en sólo dos días que diría que me he enterado apenas de la mitad. Además, teniendo en cuenta que mi inglés no es perfecto, espero que eso no sea ningún inconveniente para sobrevivir en la que creo que va a ser una jungla.

A través del cristal de la ventanilla, cuando nos disponemos a salir del recinto, descubro las tres grandes letras con las que se conoce el aeropuerto internacional de Los Ángeles, «LAX», y me quedo impresionada; jamás había visto ese cartel en ninguna imagen. Durante el resto del recorrido, continúo mirando hacia fuera para no perderme ningún detalle, que voy capturando gracias a la cámara del teléfono para mis próximas historias de Instagram.

Cuando el vehículo se detiene, doy por hecho que el taxista se ha confundido de lugar; no puede ser aquí.

—Perdone, ¿éste es el 242 del Howland Canal?

—Correcto.

Se baja del coche como si nada y me deja el equipaje justo en la puerta del garaje, donde me cobra y yo me quedo alucinada.

Saco las llaves del bolso y, efectivamente, abren la puerta de la entrada. Accedo al interior como puedo arrastrando las tres maletas y entonces me doy cuenta de que Adriana no fanfarroneaba: esta casa es de lujo, más del que había visto en toda mi vida.

—Joder con el filipino.

Se me escapa una risotada cuando me dejo caer en el gran sillón de piel

gris claro y cojo el teléfono para enviarle un mensaje a mi amiga.

¿Me he confundido de casa?

Le adjunto una imagen de lo que veo justo delante de mí y espero su contestación, que, como ya sabía, no se hace esperar.

Ya te lo dije, pero no me creíste. Disfruta de tu nuevo hogar.

Madre mía, sí que me lo dijo, sí, pero pensé que estaba exagerando.

Me dirijo a la puerta acristalada y la abro a toda prisa para ver el gran jardín, con el canal justo delante, y sonrío feliz de la vida por estar en este lugar. Vuelvo a entrar y recorro cada una de las habitaciones, hasta que llego a la principal, donde comienzo a colocar mi ropa en el vestidor y luego me dejo caer sobre la cama.

Estoy agotada, supongo que se debe al *jet lag*, y cierro los ojos unos minutos.

He perdido la noción del tiempo, pero creo que he dormido más de la cuenta, porque tengo un hambre que me da calambres en el estómago. Me doy una ducha tranquilamente y me visto con unos *shorts* y una camiseta anudada justo encima del ombligo para comer algo antes de encaminarme hasta el recién inaugurado centro de yoga, mi nuevo trabajo.

Bajo hasta la cocina y descubro que no hay nada en la nevera. Tengo que irme a la calle, no tengo otro remedio. Saco de mi bolso la documentación y la guardo en un cajón del salón para no perderla; no me apetece que, por ser un desastre, me expulsen del país como si fuera una delincuente.

Abro la puerta de la calle y, de repente, algo me golpea en una espinilla y pierdo el equilibrio.

—¡Joder, joder, joder, qué dolor! —chillo.

Miro a mi alrededor y compruebo que he ido a parar encima de un mueble que transportaban unos operarios; de pronto aparece otro más y se pone a dar gritos en inglés que apenas entiendo. Me obligo a ponerme de pie y veo el huevo que me acaba de salir en la pierna. Me apoyo en el marco de la puerta y respiro hondo, concentrada en controlar el dolor. Rápidamente, oigo que se acerca alguien corriendo y levanto la cara, casi llorando... y lo que descubro consigue que me olvide del dolor que no me deja moverme del sitio.

—¿Tú?! —Me pongo de una mala leche tal que no sé si coger el mueble y partírselo en la cabeza o directamente abrirle el cráneo con mis propias manos. Delante de mí tengo a Luca, el mejor amigo de Campos, el novio de mi mejor amiga y al que conocí hace unos meses cuando me rompió la nariz, supuestamente de forma accidental—. ¿Vives ahí?!

No me lo puedo creer... Observo cómo asiente y mira mi espinilla y luego mi expresión facial, supongo que igual de confuso que yo, hasta que se ríe a carcajadas, provocando que el resto de los presentes también lo hagan, así que no se me ocurre otra cosa que propinarle un bolsazo en plena cabeza e irme cojeando lo más rápido que puedo.

Capítulo 2

—¿Y tú te consideras mi amiga? —es lo primero que le digo cuando al fin responde a mi llamada de WhatsApp.

—Pero ¿qué te pasa?

—El rompenarices me ha partido la espinilla en dos. —Lloriqueo mientras se lo cuento, porque me duele mucho, demasiado. Sigo caminando, pero, a cada paso que doy, el dolor es mayor.

—¿Qué?

—Mira la foto que te he mandado.

Espero unos segundos y oigo su grito.

—¡Pero ¿cómo te has hecho eso?!

—He salido de casa con la intención de ir a comer algo y luego presentarme en mi nuevo puesto de trabajo y, en la puerta de la calle, he impactado con un mueble... No sé por qué narices estaba ahí en medio; obviamente no lo he visto y me lo he comido con patatas. —Resoplo y miro a mi alrededor, frustrada—. Y ahora no sé dónde me encuentro, estoy completamente perdida, y me voy a desmayar por inanición.

—Respira hondo un momento. —Me lo dice tan tranquila, pero yo no lo estoy, porque la verdad es que he caminado tanto con tanta mala hostia que no sé ni cómo he llegado hasta aquí.

—Noelia, dime qué ves —oigo la voz del filipino; supongo que mi amiga le ha dado el teléfono.

—Campos, tu amigo es un capullo —es lo primero que le suelto—. Me quiere matar poco a poco. —Sé que se está riendo y lo comprendo, porque yo ahora mismo también lo hago.

—¿Qué calle?

—Washington Boulevard con Wilson Avenue —digo al fin, tras mirar varios carteles.

—No te muevas.

Fantástico, ahora, desde España, va a venir a buscarme. Me siento un instante en el césped que hay justo delante de una pedazo de casa que miro sin disimulo. Alucino con las viviendas que hay en esta zona. Transcurridos unos minutos, creo que ya he perdido demasiado el tiempo, así que me pongo de pie... cuando una moto se detiene a mi lado y el conductor de la misma se dirige a mí.

—¿Estás bien? —Es la voz del rompenarices, que baja y me ofrece su mano. No debería dársela, pero es que me duele tanto que no me quejo y dejo que me ayude—. Necesitas hielo, ¿puedes subir?

—¿Vas a estrellar luego la moto para terminar conmigo?

—No, ¿por qué dices eso? —Le señalo mi nariz y luego mi pierna y de repente suelta una risotada que no me hace ni puñetera gracia—. Lo siento, no tenía ni idea de que había alguien en casa de Bruno; de haberlo sabido, no hubiera ocupado ese espacio.

Vale, ha sido sin querer... otra vez. Estiro la pierna y me subo a la moto; menos mal que soy alta.

—No corras.

—Nunca lo hago. Ponte este casco.

—¿Te ha mandado Campos?

—¡Sí!

—Gracias por venir.

No me responde y se pone otro casco que llevaba colgado del brazo. Tentada estoy de agarrarme a su cintura, pero no lo hago; no me apetece ni rozarlo, sabiendo ya lo peligroso que es estar cerca de él. ¡Quién me ha visto y quién me ve!

Poco a poco veo que se dirige de nuevo a casa y, al llegar, constato que los

muebles ya no están delante de la puerta ni del garaje de Campos. Aparca en su parcela y desciendo de la moto con sumo cuidado para no caerme; al apoyar la pierna, veo las estrellas por el dolor, que es muy intenso.

—¿Tienes hielo? —le pregunto, consciente de que, en el que ahora es mi hogar, aún no hay nada.

—Pasa. —Camino delante de él intentando disimular el dolor, pero sé que no lo logro.

—Siéntate aquí. —Aparta unos plásticos que hay sobre un sillón y me ayuda a estirar la pierna, colocando un cojín sobre la mesa para que pueda poner el pie encima y estar cómoda. Al final no va a ser tan idiota como pensaba, y, a decir verdad, está muy bueno.

Abandona el salón y me permito analizar su casa por dentro; es muy bonita, más hogareña que la de Campos, que resulta demasiado fría. Se nota que él sí que vive aquí.

—Toma, pónelo un buen rato y, después, si quieres, te llevo a un médico.

—¡No! Es un golpe de nada.

—¿Segura? No quiero que me denuncies por intento de asesinato.

No conocía su faceta de chistoso; para ser franca, me gusta mucho.

—Tengo pruebas, así que ándate con ojo. —Le señalo mi nariz y la foto que le he enviado a Adriana, y esboza una media sonrisa—. Y además hay testigos, no lo olvides.

Permanezco acomodada en su sillón y mi estómago comienza a fastidiarme de verdad; aún no he podido comer nada y me voy a desmayar. Supongo que el rompenarices tendrá algo que echarme a la boca y, como parece que hoy lo he pillado de buen humor, pues, oye, me voy a aprovechar un poco.

Aparece enrollando unos plásticos, haciéndolos una bola, imagino que para tirarlos a la basura, y me animo a preguntar.

—Luca, ¿no tendrás algo de comer? Cuando me he lesionado, intentaba llegar a algún sitio donde pudiera desayunar y luego pretendía llenar la nevera. —Procuro poner la voz más suave que puedo, y da resultado.

—Coge lo que quieras. —Me señala la cocina y, de inmediato, le señalo mi pierna lisiada sobre su mesa—. Espera. —Emite un suspiro y entra en la cocina—. ¿Cereales, zumo, batido? —recita desde allí, y niego.

—¿Café?

—No tengo, no me gusta.

—¿No te gusta el café? Sí que eres raro. —No soy consciente de que lo suelto en voz alta, y asoma la cabeza para mirarme con cara de «te vas a comer a la calle, bonita»—. Lo que sea, me da igual.

Vuelve a la cocina y oigo cómo trastea; a los pocos minutos aparece con un plato con dos tostadas de pan con jamón, y es del bueno.

—Espero que a la señora le parezca bien.

—¿Lo venden aquí? —Niega con la cabeza, divertido.

—Cómo voy a echar de menos este manjar. —Salivo justo antes de darle un mordisco pequeñito para saborearlo—. Yo te pago lo que sea y tú me lo compras donde quiera que lo compres.

—Me lo manda mi tía de Andalucía.

—¿En serio? Qué bien te lo montas.

—Me quiere mucho. —Sonríe de una manera distinta cuando habla de ella y percibo que realmente siente un amor profundo por esa tía—. Tengo que terminar de adecentar el despacho, porque en dos horas tengo una reunión...

—Tranquilo, yo me marchó, ya estoy mejor. —Los dos miramos mi pierna y sí, la inflamación ha bajado con el hielo, por lo que, bocadillo en mano, me pongo de pie y camino hasta la puerta—. Luca —digo antes de abrirla, por lo que él se gira para mirarme—, gracias por el desayuno.

—Me debes uno.

Salgo de su casa y oigo que empieza a sonar mi teléfono.

—Hola —respondo al segundo tono.

—¿Qué alegre pareces! ¿Estás mejor?

—Sí, Luca me ha recogido y me ha dado un poco de hielo.

—¿Luca? ¿Ya no se llama rompenarices?

—Sigue siéndolo.

—Ya veo, ya. Me da a mí que el rompenarices es majo si quiere, ¿no?

—Lo ha sido —me cabrea profundamente tener que darle la razón, pero es la verdad; al final ha sido bastante considerado conmigo—, pero no pienso olvidar lo que me ha hecho.

—Ajá.

—¿No tienes trabajo que hacer?

—Sinceramente, no; ahora estoy libre... esperando a Campos, que ha salido un momento.

—Pues ve a ver si viene y déjame en paz.

—Y tú, ¿qué planes tienes?

—Quería ir al centro de yoga, pero no sé cómo llegar... Sin duda voy a echar mucho de menos mi moto.

Estoy parada en medio de la calle y me giro para volver a mirar hacia su casa.

—Campos tiene una en el garaje, la vi cuando estuve allí.

—Sí, claro, y al final también me va a dejar sus calzoncillos.

Se me escapa una carcajada que ella corta al instante.

—Más quisieras, guapa. Ésos sólo me los pongo yo.

—Ya me has entendido...

—Que sí, pero, de verdad, es mejor que la utilices tú a que se estropee por falta de uso. Las llaves están colgadas en el garaje, al lado.

—¿Seguro?

—Seguro, cojita. —Se me escapa una sonrisa al oír cómo me llama. Si es que soy la persona más torpe del universo; mira que ella lo es, pero la gano con creces.

—¿Qué haría sin vosotros?

—Pues vivir bajo un puente.

Aparco delante de la puerta del centro de yoga y miro la moto de Campos. No me puedo creer que tuviera esta joya aparcada en el garaje. He conducido con mucho cuidado porque no quiero que le pase nada; no tendría pasta suficiente, a pesar de mi sueldo, para repararla.

Estoy en una de las avenidas más grandes del centro de Los Ángeles. Veo un edificio muy antiguo de grandes ventanales y no lo dudo un instante. Subo hasta el último piso, donde me encuentro con una gran puerta de cristal que me invita a entrar a un lugar totalmente diferente al resto del inmueble. Las paredes blancas dan amplitud; lo única nota de color es una pared que separa lo que es la sala principal de la entrada, que viste un mural con un paisaje de Filipinas.

—Hola, ¿te puedo ayudar en algo? —oigo la voz de una chica y me giro para comprobar que, efectivamente, es Erika, una de las profesoras que me ayudarán a dar las clases. Campos me ha hablado de ella y me ha enseñado su foto.

—Sí, gracias. He venido a conocer las instalaciones. —No le confieso quién soy, con la oscura intención de saber un poco cómo es.

—Claro, acompáñame. —Encantada, la sigo y pasamos a una gran sala desde la que puedo ver las colchonetas que se usarán en las clases, así como una pequeña fuente con agua para los clientes. El lugar es mágico, parece que estemos en otro sitio, uno que no tiene nada que ver con la gran ciudad que tenemos a nuestros pies—. Soy yo quien, de momento, imparte las clases, y bueno, en realidad me encargo de todo. —Le sonrío ladina, sabiendo que voy a tener una rival bastante importante, a juzgar por su actitud—. Si quieres, te informo de los precios; en un par de días abriremos al público y espero verte por aquí.

—Tranquila... Soy Noelia. Supongo que Campos te ha informado de que vendría. —Percibo cómo le cambia la cara de repente.

«Ups, lo siento, soy tu jefa.»

Qué mala persona me siento pensando así, pero es la realidad.

—Sí, claro que lo sabía, pero pensaba que tardarías todavía unos días en incorporarte al trabajo —me contesta confusa; seguro que mi amigo se ha encargado de que tenga unos días libres—. Encantada; yo soy Erika, una de las profesoras.

—Lo sé, estoy al corriente de todo lo concerniente al centro, también del personal. ¿Me indicas dónde está mi despacho?

—Por supuesto.

La sigo hasta traspasar unas puertas correderas de cristal y descubro que, desde mi posición, lo puedo ver todo. Me encanta.

—No tendremos por ahí un poco de hielo, ¿no?

Me mira extrañada y le señalo la pierna, que todavía me molesta mucho.

—Vaya trompazo.

—Sí, me duele un montón.

Consigo una sonrisa y atisbo una complicidad que hasta ahora no había detectado.

—Espera, ahora mismo vuelvo.

Me siento en la cómoda silla y veo una carpeta sobre la mesa en la que pone mi nombre; es la letra de mi amigo Campos. La abro entusiasmada y lo primero que leo es «Bienvenida a tu nueva vida».

Cuando paso a la siguiente página, me encuentro con el listado de profesores, junto a sus datos personales y las partidas presupuestarias que hay para cada uno de los conceptos en los que se ha invertido el dinero. Me sorprende ver los números, porque jamás pensé que los gastos mensuales de un sitio así fueran tan elevados, y me quedo absorta estudiando el plan de riesgos, esto es, cómo se hace una previsión de clientes y el cálculo de una subida a medida que pasa el tiempo para que el negocio sea rentable.

Es entonces cuando soy plenamente consciente de que mi trabajo no consiste simplemente en impartir clases, como hacía en el hotel de Adriana. Campos quiere que lo ayude, que me convierta en sus ojos para todo aquello

en lo que él se preocuparía, y uno de esos asuntos consiste en cuidar a los clientes.

Erika aparece con una bolsa de hielo y la miro como si fuera mi salvación.

—¿Cómo te lo has hecho?

—No he visto un mueble y, literalmente, me lo he comido.

Se le escapa una risotada y me uno a ella; si es que, para qué engañarnos, soy demasiado torpe.

—Eso tiene que doler mucho.

—¿Tenemos la lista de clientes?

—He hecho una manual de las personas que han pasado por aquí interesándose y preguntando, pero poco más. Espera...

Sale del despacho y trae una libreta en la que hay anotados unos cuantos nombres, junto con una carpeta en la que están todas las fichas que le han entregado.

—Esto hay que informatizarlo; ahora mismo me encargo.

—Yo voy a repartir *flyers* por la zona. —¿*Flyers*? Pensaba que, al ser un centro de yoga de Campos, esto ya tendría una clientela asegurada, pero veo que no, que cada ciudad es un nuevo inicio.

—Vale, ve.

Cojo la lista y cuento quince personas. ¿Sólo quince? ¿Cómo puede ser? Así este negocio no va a salir adelante. Suspiro preocupada y me dispongo a informatizar todos los datos de los que dispongo, así que enciendo el ordenador. Tras arrancar el sistema operativo, compruebo que hay la misma aplicación instalada que en el centro de Lanzarote; la he visto en diversas ocasiones. Durante unos minutos, me dedico a trastear y, al poco, descubro que todos los centros de trabajo están creados y automatizados, con los datos de los clientes de cada uno, excepto el de Los Ángeles, que está vacío.

Capítulo 3

Creo el archivo del centro, relleno las casillas con los datos que tenemos, pocos por ahora, y, cuando termino, siento que tengo que hacer algo más, que eso no es suficiente.

Salgo de mi despacho, me asomo a la ventana y veo cómo Erika entrega unos cuantos *flyers* publicitarios y, a los pocos metros, desanimada, tira el resto a la papelera. Le da la sensación, como a mí, de que no sirve de nada; damos la apariencia de desesperación, y no creo que sea una buena imagen para nosotros.

—Te invito a un café. —Erika se da media vuelta y se sorprende al verme detrás de ella—. ¿No te gusta?

—Sí, claro.

Cruzamos la calle, pues delante de la misma puerta de nuestro edificio tenemos un Starbucks, y entramos en el local. Ella opta por un expreso de toda la vida y yo, como acostumbro a hacer cuando voy a uno de los establecimientos de esta franquicia, pido un *frappuccino* descafeinado con leche de avena y *topping* de caramelo; sé que me mira raro, y no la culpo, pero es que me encanta.

—He tenido una idea para dar a conocer el centro, pero me gustaría saber qué te parece antes de hablar con Campos.

—A ver, cuéntame.

—¿Y si hacemos una clase de yoga en Venice Beach? —Doy un sorbo, que saboreo como si fuera una niña pequeña con un pastel, y la observo, pensativa—. ¿Qué opinas?

—Puede funcionar.

—¿Funcionar? Es la forma más fácil de llamar la atención; eso sí, tenemos que hacer una clase de muestra que impacte, tipo *masterclass*.

—Si la impartiera Campos, sería increíble.

—Eso es imposible, no puede venir ahora mismo, pero, tranquila, que haremos algo que esté a la altura.

—Se lo podemos plantear, ¿no? He visto su moto en la puerta del centro, debe de estar en la ciudad.

—No, Campos está en España. La moto la he traído yo. —Percibo cómo me mira, sin duda extrañada, y me da a mí que esta mujer está coladita por el novio de mi amiga—. Está muy liado con su novia, Adriana, por eso estoy yo aquí. —Confirmado, por la cara que ha puesto, se muere por sus huesos, pero ya le he dejado muy claro que mi amigo está con el cartel de ocupado.

—Qué pena.

—A ver... Voy a llamar a los dos profesores que, junto a nosotras, conforman el equipo, y les voy a exponer la idea. Si están dispuestos a hacerlo, lo organizamos todo.

Muy contenta de que a Erika le haya parecido bien eso de la *masterclass* en la playa, me acabo de beber mi *frappuccino* y volvemos al centro para ver la aceptación que puede tener la exhibición por parte del profesorado; para ello, llamo a los dos profesores y éstos, encantados, aceptan. Después, le envío un correo electrónico a Campos. Quiero molestarlo lo menos posible, pero considero necesario que esté al corriente de lo que estoy tramando. Al poco recibo su respuesta. Le ha gustado la propuesta, y va a hacer un par de llamadas para que no tengamos problemas legales.

No había caído en el *pequeño* detalle de que teníamos que pedir permisos; por suerte, él está más acostumbrado que yo a gestionar este tipo de eventos y rápidamente me confirma que tenemos vía libre.

Más feliz de lo que he llegado hace unas horas —y casi sin acordarme del golpe en la espinilla, pues, si no me lo toco, ya no me duele—, regreso a casa,

tras pasar por el supermercado; francamente, no me explico cómo he podido conducir la moto hasta la puerta de mi prestada casa cargando tantos bultos.

Con sumo cuidado de que no se me rompan las bolsas, las dejo en medio del pasillo para guardar a continuación la moto en el garaje. Lo último que quiero es que le pase algo a esta preciosidad. Voy a cerrar el parking cuando oigo la voz de mi vecino. No está solo; el rompenarices es de lo más amable con el que intuyo que es su cliente; lo deduzco por lo que están hablando. Les oigo hasta que cierra la puerta de su casa y me decido a guardar mi compra en el frigorífico y los armarios.

Me preparo una ensalada y salgo al porche para comérmela disfrutando del no tan pequeño jardín. Decido hacerme una foto de mis pies apoyados en el reposabrazos de la silla —por supuesto, en la imagen se aprecia el hostiazo que me he dado— y la cuelgo en Instagram con la etiqueta «Relax después de un día accidentado, pero muy productivo».

—¿Estás mejor? —Me giro sorprendida al oír su voz y soy muy consciente de mi falta de intimidad. Me siento correctamente en la silla y, tras mirar una vez más mi espinilla, respondo.

—Eso parece.

—Que aproveche.

—Gracias. ¿Quieres?

—No, tranquila.

Los dos sonreímos y veo cómo, con las manos en los bolsillos, entra en su vivienda.

Permanezco sentada unos minutos mientras pienso en cómo han cambiado las cosas. La primera vez que lo vi estaba tan enfadada que no fui capaz de mirarlo a la cara; la rabia por lo que me había hecho en la nariz no me dejó ver más allá. Ahora, aunque sigo molesta con él porque casi me ha partido la pierna, he podido conocer a un Luca diferente, uno que no ha dudado en venir a ayudarme cuando lo he necesitado. Puede que, durante todo este tiempo, no haya sido muy justa con él.

Me levanto para irme a descansar un poco sin poder evitar echar un último vistazo a su casa, contigua a la mía, pero tiene las cortinas echadas y mi intento queda frustrado.

Será mejor que me acueste, que por hoy ya he tenido muchas emociones.

Ha llegado el día. Me he despertado tan emocionada que me he ido muy temprano a correr, con tal intensidad que, en apenas unos minutos, me he encontrado recorriendo el paseo marítimo de Venice, donde en unos minutos comenzará la demostración de yoga. Llevamos varios días organizándolo todo desde el centro; ha hecho falta ponerse de acuerdo en qué queríamos mostrar y quién debía ser el punto de referencia de información para los clientes. Hemos tenido muchas cosas que hacer, pero eso me ha servido para conocer en profundidad a mis compañeros de trabajo.

Es viernes por la tarde, y el paseo está repleto de gente joven que viene a disfrutar de la puesta de sol en la playa. Sin duda, lo que no se esperaban, por su expresión cuando nos acercamos, es que nos animemos a practicar una clase de yoga en este mismo momento, bajo el atardecer californiano.

Muchos no lo dudan y se van situando en las esterillas que hemos colocado de forma estratégica.

Erika ha querido ser la primera y los chicos están encantados..., tanto que ha conseguido que un público masculino de esos que no se ven casi nunca, ya que generalmente las alumnas son mujeres, se dedique a seguir sus movimientos y se deje llevar por sus palabras.

—La que has liado... —oigo que dice alguien, y sonrío cuando mis ojos se cruzan con los de mi estrenado vecino.

—¡Hombre, el rompenarices y quiebra espinillas! —suelto nada más reconocerlo. Él me mira con cara de que no le hace ni pizca de gracia lo que le acabo de decir, pero me da igual. No dejo de estirar porque soy la siguiente

en hacer una sesión, así que continúo en mi postura de tabla, me dejo caer e inclino la espalda hacia atrás manteniendo los ojos en los suyos sin que diga nada más—. ¿No crees que ésta será una buena promoción para el centro?

—Si hubiera más tías abiertas de piernas, puede que os hubiese ido mucho mejor.

«Cómo no iba a hablar de esa forma tan grosera, si es él», me digo.

—¿Como ellas?, ¿te refieres a eso? —Le señalo justo al otro lado de la playa, donde Jamie, uno de los profes, quien, además, está increíble, ha captado la atención de un buen número de potenciales clientas, que están encantadas con la clase que les está impartiendo—. Un club de chicos y chicas guapas es lo que atrae en California, ¿no es así?

—Por eso vivo aquí —responde socarrón.

—Pues ahora verás... —Le guiño un ojo justo antes de empezar a caminar y llegar hasta Erika, y ella se aparta para cederme su espacio con el fin de que pueda empezar mi sesión.

Los primeros movimientos son fáciles, y por ello Luca está mirando como si nada, pero tengo la intención de dejarlo boquiabierto con la elasticidad de mi cuerpo.

Comienzo a posicionarme hasta conseguir hacer la postura de la libélula, para lo que mantengo una pierna extendida, en posición paralela durante un rato, mientras mis brazos soportan mi peso y mantengo el equilibrio. Algunos de los presentes pasan sólo a observarme, incluido mi vecino, del que veo que varía la expresión de su cara a medida que cambio de postura; sin duda alguna las clases de Campos han sido las mejores, pues me han ayudado a perfeccionar mis movimientos y ahora mismo le doy las gracias porque he captado toda su atención.

Los futuros posibles clientes me miran alucinados. Soy consciente de cómo la luz del sol comienza a desaparecer y, con la puesta de sol, termino la exhibición con unos estiramientos que finalizan con un gran aplauso por parte de todas las personas que se encuentran en la playa, incluido Lucas.

—¿Estás entera? ¿No te has roto nada?

—Mientras no te acerques a mí, estaré bien.

Dicho esto, me aparto de él para agradecerles a mis compañeros que hayan venido a una de mis locuras que tanto éxito ha tenido.

—Van a apuntarse muchas personas —me anuncia Erika muy emocionada, y sonrío alegre al ver la cantidad de gente que se ha acercado a nosotros para preguntarnos por nuestro local.

—Eso parece, ha sido increíble.

Todos están emocionados y me siento feliz de que se vayan con buen sabor de boca.

—Te invito a cenar —oigo a mi espalda, y veo cómo Erika mira detrás de mí, desencajada.

—Tengo planes.

—¿Ah, sí? Me encantaría saber cuáles... y con quién.

—He quedado con ella. —Intento salir del paso con lo primero que se me ocurre.

—Ah, no, yo tengo que irme ya. —La mala pécora de mi compañera, en vez de cubrirme, me deja colgada y, encima, al descubierto—. Hasta el lunes.

Les digo adiós a todos y miro la montaña de colchonetas que hay justo a mi lado y que, de una forma u otra, tengo que devolver al centro.

—Las llevamos en mi coche y después te invito a cenar.

—Si te digo que no, ¿servirá de algo?

—Pues no.

Le pide a un amigo que lo ayude y, entre los dos, cargan todo el material en una furgoneta con la parte de atrás descubierta, en la que subo yo también; luego, mientras Luca la rodea, aprovecho para fijarme en él con atención por primera vez.

No tiene nada que envidiar a cualquiera de los que estaban en la playa, para nada; con esa camiseta de tirantes se le marcan unos brazos que sin duda tienen la fuerza suficiente como para soportar mi peso y...

«¿Qué hago pensando en él?»

Justo cuando borro ese estúpido pensamiento de mi mente, aparca frente al centro de yoga y bajo del vehículo para respirar un poco de aire fresco.

—Ya lo llevo yo.

Me gusta su ofrecimiento, aunque, para no variar, le llevo la contraria; si no, no me lo pasaría tan bien.

—¿Qué pasa?, ¿que las mujeres no tenemos fuerza suficiente? —Me dispongo a cogerlas, cuando su brazo me detiene.

—Prefiero no correr riesgos. Conociéndote, seguro que acabarás rompiéndote un brazo.

El chico se cree muy gracioso, pero yo no le hago ni caso, así que cargo la mitad de las colchonetas sobre mi hombro y me dispongo a subirlas. No he pensado en la cantidad de escalones que hay, así que, a medio camino, noto cómo comienzo a sudar y las rodillas me flaquean, porque la verdad es que, con la cantidad que he cogido, me pesan lo suyo.

Llego a la última planta apenas sin aire y me percató de que no he sacado las llaves antes de cargar las colchonetas... No he sido muy inteligente, para qué engañarnos. Rebusco en mi bolsillo hasta que doy con ellas.

—¡Ya está! —Justo cuando lo digo, me giro para mostrárselas y le doy con el montón de esterillas en toda la cara, provocando que pierda un poco el equilibrio y tenga que agarrarse con fuerza para no caer, dejando que sean éstas las que se precipiten por el hueco de la escalera, produciendo un estruendo considerable al llegar abajo—. ¡Perdón!

—Ves como eres un peligro andante. —Se toca la cara y los dos miramos hacia abajo; esta vez tengo cuidado de no golpearlo de nuevo con mi carga—. Ahora te toca bajar a ti.

—Eso no te lo crees ni tú. —Como si nada, entro en el centro y dejo en su sitio las que cargaba sobre mi hombro, mientras que él tiene que volver a bajar para recogerlas y dejarlas, tras subir de nuevo, donde yo he dejado las mías.

—¿Siempre eres tan torpe?

—Te recuerdo que se te han caído a ti —me burlo, consciente de que he tenido algo que ver en eso.

—¿Alguna vez te han dicho que estás chiflada?

—No te imaginas cuántas.

Abro la puerta y, tras mirarnos fijamente a los ojos, sale. Estoy a punto de cerrar cuando se acerca a mi oído y siento un escalofrío que recorre mi cuerpo de arriba abajo; sin embargo, no dice nada y se aparta de repente. Necesito un par de segundos para reaccionar antes de echar la llave.

Al llegar al coche, ya está esperándome, con el motor encendido. No me puedo creer que esté junto al rompenarices y no lo esté abofeteando por lo que me hizo en mi isla.

—¿Vamos?

—¿A dónde si se puede saber?

—Ya te lo he dicho antes, a cenar.

—Genial, porque tengo mucha hambre.

Me sonrío y luego se adentra en el tráfico para dirigirnos a donde quiera que vayamos a comer. La verdad es que no me importa mucho el sitio al que me lleve; no suelo ser ni muy delicada ni muy exquisita ni muy exigente... con que haya comida que sea comestible, ya me sirve.

—¿Aquí?

Me detengo a mirar la altura del edificio y me sorprende ver que se trata de un hotel. Luego lo miro a él, que sonrío divertido.

—Arriba hay un restaurante de lujo.

—Pagas tú, ¿no?

—¿Sabes el significado del verbo «invitar»?

—Por si acaso —remato la frase, pues quiero asegurarme de que no voy a tener que quedarme fregando platos; la verdad es que eso no me apetece en absoluto.

Subimos hasta la terraza; allí las mesas regalan unas excelentes vistas de la

ciudad. ¡Este lugar es increíble! Me acerco a la baranda más próxima a nuestra mesa y miro hacia abajo, constatando lo alto que estamos.

—¡No me lo puedo creer, ¿tú por aquí?! —Me giro al oír que un camarero saluda a Luca; parece que se conocen muy bien—. Pero ¿no decías que no pisarías de nuevo este...?

—Te presento a Noelia, una amiga. —No le deja terminar la frase y me presenta, a lo que respondo con un «hola» con la mano y él me mira de arriba abajo, extrañado.

Es en ese preciso instante cuando me doy cuenta de las pintas que llevo: voy vestida con la ropa deportiva del yoga, y con el pelo recogido en un moño. Si es que sólo a mí se me ocurre no cambiarme de ropa para ir a cenar.

—¿Nos traes la carta?

—Por supuesto. Encantado, Noelia.

—Podrías haberme avisado de que era un establecimiento tan elegante, me hubiera cambiado de ropa, al menos.

Se mira a sí mismo y se encoge de hombros, como si no le importara, y la verdad es que él lleva puestos unos vaqueros cortos rasgados y una camiseta de tirantes, así que, en realidad, ninguno de los dos vamos vestidos de forma adecuada para el local.

—Me conocen, y además ni lo he pensado.

El amigo de Luca vuelve más sonriente que antes y nos deja la carta sobre la mesa; de inmediato, comienzo a leerla, curiosa. No suelo ser muy tiquismiquis, pero sí necesito comer sano para mantenerme en forma, aunque después me ponga a comer marranadas con Adriana, como dos focas con depresión. Por ello, elijo una ensalada que lleva un nombre de lo más extraño —aunque, según parece, es muy completa— y, de segundo, un pincho de pescado. Lo cierto es que me ha llamado la atención, porque he comido pinchos de carne, combinados con verduras, pero, de pescado, nunca.

El ahora mi vecino, alias rompenarices, duda demasiado; lo miro y, como si nada, sigue estudiando la carta... hasta que, al fin, se decide por una carne al

horno.

—Yo soy más de barbacoas y sitios cutres.

Me sorprende su afirmación, porque creía que era como Campos, con gustos refinados y exquisitos, aunque la verdad es que yo tampoco lo soy; por tanto, me parece perfecto.

—Debo confesar que yo también. —Sonríe. Creo que es de las pocas veces que hemos estado el uno frente al otro sin escupitajos verbales o gritándonos.

—Siento lo que ocurrió con tu nariz, me alegra ver que ya estás bien.

—Aún está deforme...

—¿Deforme? No es cierto.

Se le escapa una carcajada al oírme, a lo que yo replico, al tiempo que me tocó el lateral del tabique.

—Tengo un huequecito aquí...

—No se percibe a simple vista. Si tú no lo dices, nadie se dará cuenta.

—Pues yo me lo veo cada vez que me miro al espejo.

—Son manías tuyas. Te aseguro que tienes la nariz como si no hubiera pasado nada.

—Tu opinión no cuenta, no la conociste antes del golpe.

Dicho esto, me cruzo de brazos mientras él sigue mirándome, divertido.

—No tuve tal honor, pero la que conozco ahora no está nada mal... y ya me disculpé.

Si al final va a resultar que es majo y todo... y encima está bueno. Adriana me lo dijo varias veces, pero no le hice ni caso, y ahora, estoy aquí, cenando con él, y no tengo ganas de envenenarlo; al contrario, estoy muy a gusto descubriendo más cosas suyas.

—Quien tiene que pedir perdón soy yo; me comporté como una...

—¿Loca?

Capítulo 4

—¿Perdona? Yo no soy una loca.

—Eh, que no lo he dicho con mala intención... y en la locura está la felicidad, dicen, ¿no?

Para su suerte, aparece el camarero con nuestra cena, por lo que dejo la conversación para otro momento, porque, en caso contrario, ahora mismo le aclararía lo que significa que te llamen loca, y sé que ninguno de los dos terminaríamos con la deliciosa comida que está frente a nosotros.

—¿Le pasa algo a tu plato?

—Le falta la ensalada. —Veo el triste montoncito formado por una hoja de lechuga, un medio birrioso y diminuto tomate y una hoja de orégano, supongo, por el tamaño. Mi expresión debe de ser muy chistosa, porque Luca no para de reírse a mi costa—. Ya sé por qué se forran aquí: te cobran una pasta y apenas se gastan dos euros en comida.

—Querrás decir dólares —matiza.

—Lo que sea; total, para lo que ponen...

—Yo de ti me lo comería todo —se burla, y lo miro con cara de «eres muy chistoso».

Pincho la hoja de lechuga y la corto con el cuchillo antes de llevármela a la boca; saboreo la salsa, que, al menos, está deliciosa.

Lo mismo me sucede con el tomate: aparentemente no tiene nada, pero la explosión de sabor contra mi paladar me sorprende gratamente. Él comienza a trocear la carne y, entre bocado a bocado, lo miro curiosa.

—¿Quieres un poco? —inquire.

Me da vergüenza decirle que sí, que estoy deseando probarla, así que no lo

hago; niego con la cabeza y miro hacia los edificios que hay justo delante mientras él continúa cenando.

—Si me perdonas, debo ir al baño.

—Está al fondo a la derecha.

«Cómo no», me digo, pues siempre están ahí, así que no tienen pérdida.

Me levanto con cuidado y, tras hacerle un gesto que indica «ahora vuelvo», me dirijo hacia allí.

Abro la puerta y me adentro en el lujoso servicio; de pronto veo mi reflejo frente al espejo y me horrorizo. ¡Maldita sea! Meto mis dedos en el moño y, poco a poco, consigo tener un peinado decente.

Entro en el váter de prisa porque me he demorado demasiado con el dichoso pelo y no me aguanto más. Haciendo equilibrio, cierro los ojos y me dejé llevar; luego, cuando me dispongo a coger un poco de papel, ¡tachan!, no hay. Reviso cada rincón del cubículo y nada; se ha terminado y no lo han repuesto.

No me queda otra, así que, con movimientos brusco, intento que caigan todas las gotitas y después, a toda prisa, me visto y corro hasta el baño de al lado. Bien, hay papel. Vuelvo a bajarme la braguita y, para mi desgracia, compruebo que me he mojado un poco. Gruño. Me limpio bien y coloco un poco de papel sobre mi braguita, en la parte interior, para no caminar con la sensación de humedad. Es la mar de sexy, lo sé, pero no tengo ningún otro recurso en este momento.

Me lavo las manos antes de salir y, en cuanto estoy poniendo un pie fuera del servicio, oigo su voz. Salgo del todo, sigilosa, y lo busco con la mirada hasta que lo veo hablando con su amigo. Están los dos de pie, conversando, y decido esconderme tras una gran planta que creo que me oculta; al menos eso espero, porque mi imagen espiándolos seguro que es lamentable.

—Creía que reservabas este lugar para traer a una chica especial, y no para un simple polvo.

—Este caso es diferente... Es la mejor amiga de la mujer de Bruno — ¿mujer? Será una forma de hablar, porque de momento es su novia—, así que

tengo que tener mucho cuidado. He de ser cauto o Bruno me los cortará.

¡Será cretino!

—Te vas a tirar a su amiga y, después, si te he visto no me acuerdo... con palabrería, claro.

—Veo que lo pillas.

El que no lo pilla es él. ¡Será imbécil!

Salgo de mi escondite y camino hasta ellos como si nada. Al llegar donde están, cojo la copa que sostiene su amigo y, sin pensármelo dos veces, la derramo, de forma intencionada, en sus partes.

—Qué calor hace, ¿no?

—¡Pero ¿estás loca?!

—Ya lo sabías... Ah, por cierto —lo miro a los ojos—: Olvídate de ese polvo, no vaya a ser que tu amigo te la corte, aunque deberías tenerme más miedo a mí que a Campos.

Dicho esto, sin más, desaparezco de su visión mientras oigo sus quejas y las carcajadas y burlas de su amigo.

—No me lo puedo creer. —Doy un portazo para cerrar y camino hasta dejarme caer en el sofá—. Menudo idiota engreído. Pero ¿quién se ha creído que es? Vale, es guapo, pero no se puede hablar así de las mujeres, eso no se hace. Para él somos un simple pañuelo que se utiliza una vez y, hala, a la basura. Este tío no sabe quién soy yo, a mí no me va usar aun quedándome el último suspiro.

Me levanto para ir hasta la cocina y me preparo unos cereales de avena, a ver si con ello consigo dormirme y ya de paso me lleno un poco el estómago, que parece que no haya cenado nada.

Mientras estoy trasteando por la cocina, comiendo cucharadas de avena, detecto que se cierra la puerta de su casa. Francamente, con la fortuna que se

han debido de gastar en estos *casoplones* y, en cambio, tienen las paredes de papel; parece que aquí nadie les ha enseñado a construir casas de verdad.

No quiero pensar en él, así que me voy a la cama. Con un poco de suerte, cuando me despierte, ya no me acordaré de que tengo un vecino gilipollas que se merece un buen puñetazo en plena boca.

Cierro los ojos y respiro profundamente. De pronto, empiezo a oír sonidos extraños y golpes contra una de las paredes de mi dormitorio; me siento en la cama y miro dicha pared como si tuviera rayos X y pudiera traspasar el muro y ver más allá de los ladrillos y el cuadro que cuelga frente a mí, pero nada.

De repente, el silencio se instala y, sonriente, vuelvo a tumbarme... cuando oigo un gran golpe contra la pared que me hace pegar un brinco. Esta vez sí que me levanto de la cama, para caminar muy cabreada por la estancia hasta que me paro frente a las puertas acristaladas que dan al exterior. Aunque sé que no debería, abro sin hacer ruido y salgo a la terraza. Mi ansia me puede, así que asomo un poco la cabeza y me quedo a cuadros. Durante unos segundos permanezco paralizada, apoyada en mi pared y respirando pesadamente, consciente de que no me puede ver, dudando acerca de si me he imaginado lo que supuestamente creo haber visto. Tras un gran suspiro, vuelvo a asomarme... para verlo en plena faena con una chica, acostándose con ella. Siento una rabia que no comprendo y, por alguna extraña razón, sigo mirando hasta que veo que clava sus ojos en los míos. Lejos de sorprenderse, sonrío lascivo y continúa sus embestidas sin dejar de mirarme... y yo, no sé por qué, continuó allí, observándolo, como si fuera lo más normal del mundo... Sigo haciéndolo hasta que él la coge en volandas y, sin dejar de penetrarla, camina hasta su ventanal y cierra la cortina de un tirón... y me quedo frustrada.

Impactada por la dureza de la escena, me siento en la cama y noto que estoy empapada en sudor y... ¡Joder, estoy muy cachonda!, y eso me cabrea mucho más.

—¿En serio?! —protesto, pues oigo sus gruñidos y los jadeos de ella. Supongo que no soy la única; deben de haber despertado a todos los vecinos

del canal.

Bajo al salón enfurecida, me pongo los cascos y conecto Spotify para intentar dormir un poco.

No sé en qué momento apagué la música, pero el despertador me ha dado un susto de muerte. Miro el reloj y son las cinco de la mañana, la hora perfecta para correr.

Busco en el armario mi ropa de deporte y salgo disparada. Recorro los canales admirando la belleza de éstos; me maravilla la tranquilidad del lugar. Empiezo a sudar por el ejercicio y acelero el paso hasta llegar al paseo marítimo. Recuerdo el día de ayer y sonrío emocionada por ver los resultados de nuestra muestra de yoga en la playa; me siento orgullosa de mi primera decisión aquí.

Cuando paso por delante de la casa de Luca, me cruzo con la chica que vi anoche, que sale de su casa con cara de enamorada, y me lamento por ella, porque sé perfectamente que no lo va a ver más. El muy capullo tiene una regla: acostarse una vez solamente.

Menuda gilipollez, qué más da una o dos que cien. Me obligo a entrar y me voy directa a la ducha para irme luego a trabajar.

«Cómo pesa la basura.» Debería haberla sacado fuera el día anterior. La levanto para tirarla dentro de mi cubo exterior, y es entonces cuando me percató de que éste ha desaparecido, no está. Miro por todos los rincones, y nada. Tengo que irme, y no voy a entrarla de nuevo en casa, si no, cuando llegue, apestará la vivienda entera. Veo el cubo de Luca y no lo dudo, camino hasta él.

—¡Eh! Ése es mi cubo de basura.

—¡No me digas! —Alzo la tapa, como si él no hubiera dicho nada.

—Ni se te ocurra poner tu basura dentro —me advierte, aunque lo único que consigue es que me ría.

—¿Que decías? —Me sacudo las manos una vez lo he hecho y lo miro ladina.

—La basura se saca exclusivamente de noche, para que la recoja el camión; ahora olerá.

—No será para tanto.

No me puedo creer que sea tan maniático, pero parece que lo es por su expresión de «¿en serio has hecho lo que has hecho?».

—Estoy esperando a un cliente.

—¿Le vas a enseñar el cubo? Venga ya. —Se me escapa la risa, aunque soy consciente de que a él no le hace ni pizca de gracia—. Tú mismo.

Cierro la tapa y, tras lanzarle un beso al aire, me voy toda parsimoniosa hasta la moto, para subirme en ella y largarme como si nada, dejando atrás sus gritos.

—Te pediría un café, pero es tan raro lo que tú tomas que seguro que no acertaría.

Se me escapa la risa al oír el comentario de Erika.

—Un *frappuccino*... de avena... *topping* caramelo... No es tan extraño.

—Sí que lo es.

—Vale, un poco, pero está buenísimo; deberías probarlo.

—Por cierto, ¿qué tal fue la cena? El chico estaba francamente bueno, no sé por qué no querías irte con él. —Creo que a mi compañera le pica demasiado la curiosidad por mi vecino.

—Digamos que el pasado lo precede.

—Lo sabía, te has acostado ya con él.

Me está escudriñando, en busca de un «sí», pero, para mi desgracia, no es así.

—Ojalá... quiero decir, no... Entre nosotros no ha habido nada... sexual — aclaro, para que me entienda de una vez.

—Pues a mí no me importaría. —Vaya, y parecía tonta—. Es más, si a ti no te molesta...

—¡No! —Me sorprendo a mí misma porque ha sonado como si estuviera enfadada y no era ésa mi intención, aunque, la verdad, imaginarme la escena de anoche con Erika como una de las protagonistas no me hace ni puñetera gracia—. Yo de ti ni lo intentaría, es un poco cavernícola.

—Total, no es que quiera casarme con él. —Será arpía, pero, claro, yo no soy nadie como para decirle que no vaya a por él—. Hablando de Roma... — Me giro para mirar por el cristal y veo cómo aparca delante del centro de yoga y, con mucha calma, se quita el casco y las dos nos quedamos embobadas contemplándolo.

—Es un capullo.

—Y está muy bueno.

—Pero la tiene pequeña. —No pienso reconocer que lo está.

—¿Cómo lo sabes? —Me pregunta sin dejar de mirarme, igual que estoy haciendo yo con ella, y me encantaría poder decirle que se la he visto y, menos pequeña, la tiene de todas formas.

—Me lo ha dicho una amiga.

—Tendré que comprobarlo personalmente.

—Qué pérdida de tiempo. —Si le doy un golpe en la cabeza, dejará de insistir en tirárselo. Aunque... ¿por qué narices me importa tanto?—. Tengo que ir a ver qué hace aquí, seguro que Campos le ha dado algo para mí.

—¿Es amigo de Campos? Vaya par.

—Puedes quedarte un rato más, aún no hay clientes. —Y de paso, dejás de mirarlo un poco.

Cojo mi *frappuccino* y cruzo la calzada a paso ligero, con curiosidad por saber el motivo de su presencia.

—Hombre, el rompenarices por aquí... —le digo justo cuando entro en la recepción y lo veo frente al mural de Filipinas, asomando la cabeza, supongo que buscándome.

—Vaya, la *voyeur* nocturna.

Miro a mi alrededor con la esperanza de que nadie lo haya oído y, para mi fortuna, es así. Parece que se está divirtiendo a mi costa y no pienso permitirselo.

—Si supieras la de cosas que me gustan.

—Estoy deseando descubrirlas, pronto.

—¿A qué se debe el honor de tu visita? —le pregunto como si no lo hubiera oído, aunque lo sabe perfectamente.

—El pesado de Campos me ha pedido que te traiga esto. —Me enseña una carpeta y lo miro sin saber de qué se trata—. No me mires así, acláralo con él.

—¡Pero me quieres decir qué es!

—Las cuentas de la comunidad.

—¿Comunidad?, ¿de aquí?

—De casa. Le toca a Campos ser el presidente este año y Adriana le ha dicho que seguro que a ti no te importará encargarte de ello.

Genial, pero ¿estos dos quiénes se han creído que son? No soy su chacha.

—Dame. —Le quito la carpeta, a desgana, de la mano.

—Al fin —suelta sonriendo.

—Ya veo que este asunto te parece muy divertido.

—No lo sabes bien. Bueno, me voy, que tengo trabajo.

—¿En serio trabajas? Yo pensaba que te dedicabas a lucir palmito todo el día para llevarte a la cama a la primera que se te cruzara.

—Eso lo hago en mis ratos libres; cuando quieras, ya sabes lo bien que te lo puedes pasar.

Voy a responderle, pero rechazo la idea y me giro no sin antes despedirme.

—Adiós, Luca.

—¿Así te despides de mí?

—¿Qué quieres? ¿Que me eche a tus brazos y te diga cuántas ganas tengo de que me beses?

—Eso está mucho mejor. —Se acerca a mí y retrocedo hasta topar con el mostrador—. Quiero que me supliques que te haga lo mismo que viste anoche, que gimas como oíste que lo hacía mi amante y te corras una y otra vez repitiendo mi nombre.

—Lo llevas claro.

—Torres más altas han caído. —Dicho esto, desaparece como si nada escaleras abajo.

Me aproximo a la cristalera y lo veo abajo hablando con Erika, ¡la que faltaba! Veo cómo tontea y saca todas sus armas de mujer para llamar su atención, hasta que consigue que le dé su teléfono y supongo que le apunta su número. Zorra.

Capítulo 5

Voy hacia el despacho, me siento frente al ordenador y, de pronto, caigo en la cuenta de que aún tengo en una mano la dichosa carpeta que me ha traído Luca.

Con la sana intención de dejar de pensar en él, la abro y reviso el listado de todos los vecinos; no pensaba que hubiera tantos. Leo las calles que engloba la comunidad y entonces me doy cuenta de que son todos los que viven al borde del canal en esa manzana. Están ordenados por orden alfabético y hay una anotación que deja claro que le toca a Campos ser el presidente. Espero y deseo que no sean como en el bloque de mi madre, pues allí hay una reunión cada dos por tres y a cuál más terrorífica.

Supongo que el *glamour* californiano se percibirá en la clase de personas que habitan en esas casas tan lujosas. Mientras reviso qué tipo de operaciones se realizan, veo entrar a Erika más que sonriente, pero a mí me la trae al paio; que se lo tire si quiere.

Cierro la carpeta y miro la hora. Me toca impartir mi primera clase. Relleno la botella en el dispensador de agua de la entrada y veo cómo comienzan a llegar chicos y chicas; pensaba que no se apuntarían tantos, pero parece evidente que mi idea ha resultado ser todo un éxito.

—Noelia, ¿tienes un momento?

—Ahora mismo no, tengo que preparar la clase. —Sé que he sonado borde, pero la verdad es que no me apetece verle la cara y mucho menos hablar con ella.

Me cabreo conmigo misma por enfadarme.

La clase sale fantástica; me encanta la ilusión con la que han venido mis nuevos chicos, porque no sólo son chicas... para mi sorpresa, hay muchos de ellos y a cuál mejor que el anterior. Me voy a poner las botas en las sesiones; cuando se lo cuente a Adri, no se lo va a creer.

Me seco el sudor de la frente y, cuando voy a dar por terminada la clase, veo cómo una de las chicas sale corriendo por la puerta. Todos la miramos, pero ella no se da ni cuenta, así que el resto de nosotros nos despedimos diciendo *namaste* y moviendo las manos sin hacer ningún ruido; luego damos por finalizada la sesión.

Toda la jornada transcurre igual de emocionante; me fascina conocer gente nueva y dar clases es algo que me encanta. Parada frente a los ventanales tras mi última sesión, miro la ciudad que tengo a los pies y sonrío reconociendo que ahora sí que siento que es mi lugar. Parece mentira que lleve sólo unos días aquí, pues me da la sensación de que es como si llevara media vida entre estas paredes.

—Noelia, te tengo que pedir un favor.

—Dime. —Mi tono es amigable; supongo que ya he olvidado que la muy tonta quiere ligarse a mi vecino.

—Necesito dos días libres; tengo que ir a mi ciudad natal por un asunto familiar.

—Tranquila; dime cuándo y reestructuro el *planning* de las clases.

—Mañana.

—¿Mañana? —He debido de desencajarme, porque la pobre no sabe dónde meterse—. Nada, ya me encargo de todo.

—Mil gracias, de verdad; no sabes el favor que me haces.

—Me debes una —bromeo, aunque espero que sea consciente de lo que voy a tener que hacer por ella.

Tras darme dos besos, se marcha y me quedo de pie pensando en que es

demasiado tarde para pedir favores a los otros profesores; no me queda otra que hacerme cargo personalmente de sus clases. Voy a morir, pero, bueno, es lo que hay, así que será mejor que me vaya a casa a descansar.

Oigo una carcajada de mi vecino y me tienta la idea de asomarme a la terraza, pero no lo hago. Sé que me va a pillar y no tengo ganas de darle más motivos para meterse conmigo. Sigo preparándome una ensalada cuando, además, me llega una risotada femenina... y se me revuelve el estómago; no me puedo creer que ya esté con otra.

Como si algo me guiara, subo la escalera con la ensaladera entre las manos y me dispongo a cenar, *casualmente*, en la terraza de mi habitación, desde donde los puedo ver, pero esta vez sin que Luca se dé cuenta de ello, ya que está demasiado ocupado en el piso de abajo.

Lo mío ya no es ni medio normal; supongo que el hecho de estar sola y aburrida en este país afecta a mis neuronas, o a mi juicio, porque ahora mismo estoy aquí sentada viendo la escena como si se tratara de una película y como si la lechuga fueran las palomitas. Si estuviera mi madre aquí, me diría que soy tonta de remate, ¡cómo la echo de menos...! Vuelvo a centrarme en ellos.

Ella es un pibonazo de esos que dan mucho asco de lo perfectas que son; la típica que tiene un perfil de Instagram repleto de fotos divinas como si cualquier gesto fuera natural, y él, Luca, es un idiota, chulito playa, que no deja pasar una oportunidad. Es un capullo, pero uno con suerte.

—¡Tengo mucha hambre!

Seguro que mucha, ¡ja! Ésta debe de dar dos bocados y fijo que ya no le entra nada más; debe de tener un estómago mini, o simplemente se ha acostumbrado a morir de inanición, porque esa cintura no es de este mundo.

—¿Qué te apetece?

Pero qué moña es cuando quiere; míralo, los ojos le hacen chiribitas.

—No lo sé, ¿me sorprendes?

—¿Me sorprendes? —repito con voz burlona, porque no puedo entender cómo es tan pava, la tía.

—Déjame que piense.

No me lo puedo creer.

No puedo seguir escuchando más, porque él se hace el remolón y comienza a sobarla, supongo que para que se olvide de la comida o, mejor dicho, para que se lo coma a él enterito. Aparto mi ensalada, aunque aún me queda más de la mitad, pues ya no tengo ni hambre. Me siento en el sillón y, sin poder remediarlo, me asomo y los oigo reír... La típica risita de antes de... y se me ocurre una idea.

Corro hasta la cocina y cojo una publicidad que hay sobre el mueble; es de una pizzería llamada Papa John's; parece que entregan a domicilio... y, ¡vaya!, cuánto me apetece ahora una pizza. Sonrío con malicia.

—*Eh, hello* —contesto al pobre chico que espera que la pesada de turno hable—. Quiero una pizza —pienso la que menos le puede gustar a esa *tristicidad* de mujer, y lo tengo. Me río para mis adentros antes de decirle— de *pepperoni*, con extra de *pepperoni* —recalco.

Termino afinando los detalles de la pizza y me dice que en veinte minutos la traerán. Perfecto. Me asomo disimuladamente y los veo sobre una de las hamacas del jardín, besándose. Con cuidado de que no me vea, camino por mi terreno, paralelo al suyo, sintiéndome victoriosa; sólo espero y deseo que no se salten los preliminares, a ver si me va a salir el tiro por la culata.

Oigo sonar mi teléfono y corro hasta él. Al ver que es Adri, mi Adri, respondo dejándome caer en el sofá, más sonriente de lo que ya estaba.

—Hombre, ¡si mi hija está viva! —La cara de mi madre aparece en la pantalla y no puedo parar de reír a carcajadas cuando la veo acercarse más y más al móvil, como si me fuese a ver mejor.

—Consuelo, no se ponga tan cerca, que se quedará sin vista.

—Es que no la veo entera. ¿Estás comiendo? Porque yo te veo más palillo

de lo que ya eres. ¡Mira que cara de pito!

—Mamá, calla, por favor; estoy bien.

—Si es que no entiendo la necesidad de irte tan lejos. A ver, ¿acaso no tienes aquí de todo? —El acento tan particular de mi madre me hace sonreír y añorar mi casa; no me puedo creer que esté a tantos miles de kilómetros.

—Te encantaría este lugar, está lleno de chicos guapos.

—¿Alguno en especial? —Adriana no pierde oportunidad y yo niego ante la pantalla, con sinceridad; aún no he conocido a ninguno con el que me apetezca tomar una copa, o algo más, cosa rara en mí. Me lo apunto mentalmente para solucionarlo lo antes posible—. Y con el vecino, ¿qué tal va?

—¿Qué vecino? ¿De quién habláis? —Mi madre interviene como siempre, y yo pongo una cara de culpabilidad que a mi amiga no le pasa desapercibida... y justo en ese instante oigo el motor de una motocicleta y sé que ha parado delante de su casa.

—Tenéis que estar en silencio y os lo enseño.

—¿Qué has hecho, Noelia? —La voz de Adri me hace reír; si es que nos conocemos demasiado como para andarnos con tonterías.

—Sólo es una broma. Silencio, por favor. —Enfocando en todo momento mi cara, voy corriendo hasta el jardín y veo que Luca ya no está en el suyo. Sólo la diviso a ella, que está recolocándose la camisa y, obviamente, crepándose un poco más el pelo para parecer más sexy. A la carrera, voy hasta la puerta... cuando mi madre dice de repente.

—¿Qué hace la tarumba ésta?

Vuelvo a enfocarme y, con el dedo índice, le pido silencio... y, al fin, lo acepta, pues no añade nada más.

Salgo a la puerta principal y me escondo entre los arbustos, desde donde puedo ver a Luca hablando con el repartidor de la pizzería. En ese momento giro mi teléfono para que Adriana pueda verlo también; oigo cómo le pide a mi madre, en voz baja, que no diga nada y yo sigo a lo mío, disfrutando de mi bromita.

El repartidor lo llama por su nombre, así que deduzco que lo conoce, y eso me preocupa, porque no sé si eso juega a mi favor o en mi contra.

—No he pedido nada, de verdad.

—Pues yo no me vuelvo con el pedido, Luca, así que dame la pasta, que tengo mucho trabajo.

—Te digo que se trata de un error, que yo no he llamado.

—A ver, ¿ésta es tu dirección? —Le muestra un papel y veo cómo asiente—. ¿Tu teléfono? —Vuelve a confirmar—. En ese caso, no me toques los cojones. —Le planta la pizza entre los brazos y, molesto, acaba diciéndole—: Que aproveche, lo anoto en tu cuenta.

Veo cómo cierra la puerta y entonces no puedo evitar echarme a reír... y el pobre repartidor me mira alucinado al verme allí escondida.

—Ése no es... el del hospital, tu amigo —le pregunta mi madre a Adriana; ella termina riendo y afirmando—. Mira que es guapo...

—¡Mamá!

—Tú eres ciega o tonta, hija, qué le vamos a hacer. —Mi madre, como siempre, suelta las cosas como si nada, y yo niego con la cabeza, molesta.

—Es imbécil, ¿has olvidado que me rompió la nariz? —Intento que haga un poco de memoria y me comprenda un poco.

—No fue nada. —Abro los ojos de par en par, al tiempo que me llevo la mano de forma inconsciente al tabique nasal y acaricio el pequeño bulto que aún tengo que solucionar; mientras, veo cómo mi madre niega a su vez con la cabeza, como si lo que me pasó no fuera nada destacable, al tiempo que entro en casa y cierro la puerta con sumo cuidado para que Luca no pueda oírla.

—Pero ¿me quieres decir qué ha pasado? —Adriana intenta averiguar de qué va todo esto, y no la culpo, no le he explicado nada.

—Digamos que la pizza la he pedido yo, es que... —pongo cara ladina y ella niega a través de la pantalla, divertida—... está con una tonta de remate y le debo varias, así que creo que le he fastidiado el polvo de esta noche.

—Y parecía tonta... después dice que no, pero lo quiere para ella solita.

—Que no, mamá.

—Te conozco bien, nena, que te he parido —sigue insistiendo, y yo no le hago ni caso, porque camino directa al jardín, no sin antes coger los cascos y conectarlos al teléfono para que Luca no oiga a la inoportuna de mi madre.

—¿Y? —Adriana pregunta y no entiendo qué quiere decirme con eso.

—Y, ¿qué? —Le hago un gesto para que continúe con la pregunta; vaya, le pido que me dé alguna pista acerca del gran enigma que ha lanzado.

—¿Que si le has jodido el ligue?

—¿Ésta es tu forma de sorprender a una mujer? —oigo de repente a lady Barbie, que acaba de salir del baño, repeinada y remaquillada como una puerta—. Luca, esperaba otra cosa de ti.

—Qué va, esto... esto no es para ti. —Se frota una sien sin comprender nada y me río en silencio—. Se han equivocado. —Veo cómo deja la caja de pizza sobre la mesa del comedor y rápidamente va hasta ella e intenta que se olvide de este asunto y le susurra algo al oído.

—Se me ha quitado el hambre, mejor me voy.

—¡Noe! Quieres retransmitir —oigo a través de los cascos; he hecho bien en ponérmelos.

—Abortando polvo, la chica no quiere pizza... ¡Qué pena! —me burlo y oigo cómo mi madre y Adriana se ríen a carcajadas. Me encanta tener cómplices y poder compartir algo con ellas.

—Pero...

—Olvídate, Luca, que se va. *Ciao, bella* —susurro en voz baja cuando soy testigo de cómo coge el bolso y camina hasta la puerta sin que él la siga o intente convencerla más.

Me siento a la mesa de mi jardín, satisfecha, y comienzo a troncharme de risa, esta vez sin miedo a que me oiga, y así estamos las tres hasta que noto que uno de mis auriculares sale de repente de mi oreja y pego un grito.

—¿Qué haces aquí?

—Creo que tienes hambre —le suelto, y veo cómo me muestra un trozo de

pizza que traía en la mano, así que salgo corriendo al ver sus intenciones de restregármelo por la cara.

—Tengo testigos —le muestro la pantalla del teléfono y ve a mi madre y Adriana riéndose como locas, ya que lo han oído todo.

—Buenas noches, señora. Me va a tener que perdonar por esto, pero su hija se está portando muy mal desde que ha llegado.

—A ti te lo perdono todo.

—¡Mamá! —le recrimino a mi madre, pero lo único que oigo son carcajadas, ahora de ellos tres.

—Ves, tengo vía libre.

—Te juro que gritaré hasta que los vecinos llamen a la policía —lo amenazo para que desista de su idea, pero le da igual, así que me coge en volandas con un brazo y me tumba en el suelo, para sentarse luego encima de mí; en esa posición, me muestra de nuevo el trozo de pizza.

—Tiene buena pinta —le da un bocado y la saborea—, pero no para Kelly.

—¿Te ibas a acostar con una tía que se llama Kelly?

—¿Sabes qué pasa? Que el nombre... como que no me importa en absoluto; total...

—Eres un idiota.

—Me lo dicen mucho. —Se le escapa una carcajada socarrona e intento moverme para sacármelo de encima, pero no puedo con su peso, me tiene inmovilizada—. Te harás daño, luego no me culpes a mí.

—Claro que sí, rompenarices... —al oírme decir eso, niega con la cabeza, resignado—... o, mejor, rompe espinillas.

—Ahora mismo te rompería otra cosa. —Me mira de arriba abajo y, por primera vez, noto su mirada lasciva recorrer mi cuerpo.

—Ni lo sueñ... —Justo cuando voy a terminar la frase, introduce la punta de la porción de pizza en mi boca y, consciente de que he perdido todo el *glamour* del mundo, le pego un bocado, sabiendo que es lo último que espera—. ¿Contento? —suelto con la boca llena.

—Aún no.

—Bueno, chicos, si mañana no sabemos nada de alguno de los dos, ya llamaremos a la policía.

—¡Adri! —grito sabiendo que me oye perfectamente. Sin embargo, cortan la llamada y constato que estoy sola ante el peligro.

Me sorprendo al ver que vuelve a dar otro bocado y lo saborea como si se tratara de un manjar.

—Pica un poco, pero está deliciosa.

—Ya sabía yo que eras de *pepperoni*.

—Y tú, ¿de qué eres? —me pregunta agachándose y colocando su cara a pocos centímetros de la mía; desde mi posición puedo sentir su respiración y el olor de la pizza. Y mi cuerpo... maldito sea, mi cabeza está deseando soltarse y darle una buena paliza, pero mi cuerpo está encantado con el roce del suyo.

—Tendrás que averiguarlo.

—Me gusta. Me has jodido la noche, así que vas a tener que compensármelo de algún modo.

—Te he comprado una pizza —respondo en una carcajada.

—Te equivocas; la pagaré yo, ¿lo recuerdas?

Elevo los hombros como si no me importara y éste se acerca mucho más a mí, provocando que mi cuerpo flaqueé.

—Suéltame.

—No creo que quieras.

¡Maldito!, ¿por qué no le doy una buena patada en sus partes y hago que se largue a su casa?

—Me vas a obligar a...

—¿A qué?

No me da tiempo a responder, ya que se lanza a besarme y yo sólo cierro los ojos y respondo como hacía mucho tiempo que no hacía.

Sus labios recorren los míos, su lengua se enreda en la mía, enseñándome

que cuando quiere también puede ser cariñoso. No es sexo, sí pasión; no es amor, sí atracción. Atrapa mis manos y las bloquea por encima de mi cabeza para besarme la parte interior del brazo, y yo... yo no sé qué estoy haciendo, pero no puedo evitar entregarme, hasta que se separa para mirarme a los ojos y entonces soy realmente consciente de lo que estoy haciendo y, de un gran empujón, aprovechando que no está ejerciendo fuerza para inmovilizarme, me lo saco de encima y me voy hacia el interior de mi casa muy cabreada, cerrando tras de mí la puerta del jardín con pestillo para que no pueda entrar.

—¡Noelia!

Lo miro justo antes de darme media vuelta. Ahí está, de rodillas en el suelo, mesándose el pelo con ambas manos, sin saber muy bien qué ha ocurrido ni qué hacer; sin embargo, yo tengo muy claro que lo único que me apetece es alejarme de él.

Capítulo 6

—*Namaste* —pronuncio en voz baja y uno las palmas de mis manos para finalizar la clase. Los alumnos responden del mismo modo al tiempo que enciendo las luces y veo cómo, poco a poco, se ponen de pie y comienzan a calzarse las deportivas. Sonrío agradecida, me encanta que se vayan a sus casas con esa sonrisa de paz y tranquilidad que todos sabemos que no les va a durar mucho, pero, al menos, en mi clase consiguen sentirla.

Respiro profundamente y me doy cuenta de que al final he logrado sobrevivir a los días libres de Erika, que han resultado ser más de los dos iniciales, exactamente siete largas jornadas en las que me las he visto canutas para cubrir todas las sesiones, las suyas y las mías para ser exacta, pero por suerte he conseguido tener libre el viernes, porque esta misma madrugada vuelo a Madrid.

Debo reconocer que, cuando me llamó para pedirme más días, me molesté, pero en ese momento desconocía que su padre estaba muy enfermo de cáncer y que estaba a punto de fallecer; cuando me lo contó, comprendí enseguida la situación y he hablado con ella todas las noches. No me puedo imaginar cómo me sentiría si mi padre estuviera enfermo, no quiero ni pensarlo.

Mis chicos desaparecen de la sala hacia los vestuarios y yo apago el equipo y me cercioro de que todo esté correcto para dar por concluido el día. Entro en el área privada, destinada a los trabajadores del centro, y compruebo que ya no queda ninguno de mis compañeros; soy la última, a excepción de una jovencísima chica que está en la recepción y que se encarga de cerrar y organizarlo todo un poco.

Cierro los ojos y estiro el cuello mientras el agua caliente topa contra mi

nuca y pienso en el fin de semana tan largo que me espera; no veo el momento de abrazar a mi mejor amiga y a mi familia. Parece mentira lo mucho que los echo de menos, cuando apenas hace unas semanas que pisé Los Ángeles.

Abro la mochila para coger mi teléfono y las llaves de la moto y entonces veo el parpadeo y sé que tengo mensajes sin leer.

Desbloqueo el móvil y descubro que tengo cuarenta mensajes de Adriana. Otra que tal, ¡vaya semanita que me ha dado, la tía! Está histérica, y la comprendo, porque una no se casa todos los días y ella lo va a hacer en dos. Este domingo vamos de bodorrio y yo, esta madrugada, salgo de viaje; una locura, sobre todo por el lío que he tenido para el cálculo debido al distinto huso horario... Jamás pensé que podría perder tanto tiempo en una memez como ésa, pero, si no me llega a avisar Adriana, hubiese llegado a la boda directa del avión; menos mal que ha sido ella la que se ha encargado de los billetes.

Abro la aplicación y veo todos sus mensajes.

Tía, la tienda de vestidos de novia no me contesta y el mío no ha llegado todavía.

Siguen sin responder. ¿Ahora qué hago?

Me quedo sin vestido, ya lo veo.

¿Quieres responder a mis mensajes?

¿Estás dormida?

Uf, mi suegra me ha ofrecido el suyo, pero no me veo, no me veo... Voy a llorar, todo me pasa a mí.

Madre mía, esta mujer está peor de lo que me esperaba. Sigo leyendo.

¡Al fin! Me han contestado que el mensajero se ha perdido.

¿Quién se pierde en esta isla?

¿Sigues dormida?

Estaba trabajando. ¿Ya lo tienes?
Qué ganas tengo de llegar y verte; te echo
mucho de menos.

Ahora es ella la que no contesta, pero mejor, así aprovecho y me voy a casa. Bajo la escalera al galope y sigo así hasta que cruzo el umbral de la puerta y veo la moto de Campos esperándome; me subo a ella y, feliz, conduzco hasta casa.

Voy a entrar en el garaje para aparcar, cuando mi mirada se dirige a la casa del vecino. No lo he visto desde que nos besamos en mi jardín, y de eso hace ya una semana.

«No tengo la menor idea de dónde está, aunque tampoco me importa», pienso para mis adentros, y saco las llaves para abrir y acceder al interior de mi hogar.

Sin pensármelo dos veces, voy directa a la nevera, cojo una ensalada, que ya había preparado el día anterior, y me la como sentada a la barra de la cocina. Está muy buena, ¡más que buena!, y por eso apenas me dura unos minutos, durante los que ni miro el teléfono... ni tan siquiera enciendo el televisor. Simplemente me alimento con la intención de irme directa a darme un baño relajante.

Y eso hago. Después de acabar de cenar, me dirijo a la planta superior, me preparo la bañera y, tras quitarme la ropa, me adentro en el agua caliente y burbujeante, con una copa de vino en la mano, y me relajo viendo la luz de las velas que he encendido cuando he subido.

No se oye ningún ruido, nada; reina un absoluto silencio que me hace sonreír. Me encanta. Doy un trago a la copa y cierro los ojos para descansar un poco; esta noche va a ser muy larga.

Oigo que llaman a la puerta justo en el momento en el que estoy cerrando la maleta. Miro el reloj y veo que son las tres de la madrugada; no tengo ni idea de quién puede ser. Bajo en silencio y miro por el agujerito de la mirilla de la puerta; cuando veo que va a volver a llamar, la abro para que no lo haga.

—¿Hola? —Nos miramos a los ojos y veo a un morenazo de aúpa. ¿Y este monumento de dónde ha salido?

—Soy Ian, un amigo de Bruno. —Abro los ojos durante unos segundos, hasta que me caigo en la cuenta de que habla de Campos y, de repente, lo recuerdo: es el piloto—. Iremos juntos a España.

—Ah, sí... claro... Vas a pilotar mi avión.

—¿Estás lista? Mi vida depende de eso. —Se le escapa una carcajada y entonces recuerdo que Adriana me ha hablado de él; sí que es guapo, sí. ¡Guau!—. Campos me ha dicho que me encargue de que llegues a la boda o no se podrá casar.

—Adriana... —Los dos reímos al unísono y le pido que entre—. No tardo nada, ya estaba cogiendo mis cosas.

—Tranquila, te espero aquí.

Veo cómo pasea por el comedor. Sin duda conoce la vivienda; supongo que alguna que otra juerga se habrán corrido juntos estos tres aquí.

—No era necesario que vinieras a por mí, podría haber cogido un taxi.

—No me ha importado.

Ni a mí... Lo miro de arriba abajo disimuladamente para que no sé dé cuenta y siento a mi duendecilla interior dar brincos como una loca, celebrando que este pedazo de hombre sea el que tenga que llevarme a España. ¿Cuántas horas voy a estar con él?, ¿doce?, ¿quince? Las que sean, no me importa en absoluto.

Sin demorarme más, subo la escalera y le mando un wasap a mi amiga para que se relaje de una vez y no se angustie por si llegaremos o no. ¡Qué forma de preocuparse por todo! Parece mentira que la experta en perder vuelos o cogerlos por los pelos sea ella.

—¿Te falta algo? Aún estás a tiempo de cogerlo.

Dejo de mirar la puerta del vecino para ver a Ian, que espera paciente, de pie, frente a su coche.

—Nada, ya nos podemos ir.

Camino hasta donde él permanece esperando para abrirme la puerta y, con un gesto de agradecimiento, me siento sin poder remediar volver a mirar hacia su casa; no parece que esté en ella, no lo ha estado en todos estos días... Ian rodea el vehículo hasta llegar al asiento del conductor y, sin más, arranca y nos dirigimos al aeropuerto que me recibió hace unas semanas, aunque me parece que haya pasado media vida. Lógicamente, sentirme tan a gusto aquí ha sido lo más importante para que esté tan bien.

—¿Te importa si primero hacemos una parada? Tengo que hablar con una persona.

—No, ¿cómo me va a importar?, mientras no perdamos el vuelo...

—Te aseguro que, sin mí, el avión no despegará.

—Está bien saberlo. —Sonrío sin poder remediarlo, porque su contestación me ha dejado noqueada.

¡Vaya con el trío calavera! Campos está muy bueno; Luca, también, y aquí el amigo está para mojar pan hasta no dejar ni gota.

Miro alucinada a mi alrededor cuando entramos en un hangar. Hay un avión medio desmontado y muchísimos operarios trabajando en él. No quiero perderme detalle mientras sigo los pasos de mi nuevo amigo, porque a este hombre no le pierdo yo la pista ni muerta.

—¿Te importa esperar aquí?

Veo que hay una silla justo debajo de la escalera que se dispone a subir, pero no me siento; con cuidado de no molestar, me voy acercando al avión. Me puede la curiosidad, soy incapaz de evitarlo.

Uno de los chicos me ve, pero no dice nada. Sigue a lo suyo y por ello me animo a seguir chafardeando.

Me quedo boquiabierto con las piezas tan grandes de la aeronave.

—¿Vamos? —La voz tan seria me pilló por sorpresa y pego un brinco, con tan mala fortuna que doy una patada al aire y el dedo meñique de mi pie impacta con una llave inglesa gigante—. ¿Te has hecho daño?

—No, no, estoy bien —respondo muerta de dolor, pero avergonzada por la situación.

Con todo el disimulo que puedo, camino como si nada. Sé que me está mirando de reojo, así que me esfuerzo al máximo en seguir sus pasos hasta una de las zonas de espera en la que supongo que sólo hay trabajadores o personas pertenecientes a las instalaciones. Me acomodo en el asiento y muevo mi dedillo para comprobar lo mucho que me duele.

—¿Quieres que te vea un doctor antes de despegar?

—No, sólo ha sido el golpe; no tengo nada grave, de verdad.

Nada, digo... Me da a mí que me he roto los huesecillos del meñique, pero ahora no me voy a entablillar o vendar un dedo del pie; si no, ¿cómo me pongo mis zapatos a juego con mi vestido de fiesta?

—Entonces, si te parece, podemos ir entrando.

Asiento.

Ian me conduce por dentro del avión y me presenta a cada uno de los miembros de la tripulación. Todos lo saludan como si fuera el jefe, lo que me hace suponer que lleva muchos años en la compañía. Entre sonrisas y saludos, no puedo dejar de pensar en lo mucho que me duele ese quinto dedo; intento moverlos todos con disimulo, pero no puedo; ya no sé ni cuál de todos me está matando.

¿Cómo puedo ser tan torpe? De verdad que estas cosas sólo me pasan a mí. «Venga, respira por la nariz y exhala por la misma», me ordeno a mí misma para lograr tranquilizarme. Aunque, por mucho que lo intento, no lo logro, así que trago saliva y hago de tripas corazón hasta que al fin veo la luz, pues me

indican cuál es mi asiento y me dejo caer en él, para mirar con disimulo mi piececito... y sé que no pinta nada bien.

Ian sigue hablando con una de las azafatas; la muy plasta no lo deja en paz. Detecto hastío en la mirada del piloto y, por la forma en la que se balancea, me da la sensación de que no sabe cómo sacársela de encima... y no me extraña. Adri tenía mucha razón, este hombre está muy bueno, demasiado para ser cierto, y, al igual que lo pienso yo, todas las azafatas de ésta y la compañía vecina lo pensarán.

—Ya estoy. —Se sienta a mi lado y sonrío mientras se acomoda—. Estoy agotado, espero dormir todo el viaje.

—Si te dejan, dirás. —Discretamente, dirijo la vista hacia las dos azafatas, que no paran de echarle miraditas, y éste emite un gran suspiro. Ya veo que no le hace ninguna gracia—. Déjame a mí —le digo divertida, y él abre los ojos sorprendido porque no me conoce y no sabe lo que estoy dispuesta a hacer.

Me percató de que una de ellas viene directa a nosotros, pero, como aún nos separan unos metros, aprovecho para desabrocharle uno de los botones de la camisa y colar una mano debajo de la prenda, ante su asombro. Luego me pongo frente a él, y justo antes de lanzarme a sus labios, le guiño un ojo.

Sin ningún tipo de remilgo, saboreo sus labios y los muerdo, para luego separarme poco a poco, consciente de que la azafata de medidas de infarto se ha detenido de repente al verme. Acaricio su mejilla, y se le escapa una sonrisa atónita que se le borra cuando ve a alguien justo detrás de mí y delante de él. Me giro y descubro a mi querido vecino, que está al lado de la chica, ambos parados mirándonos fijamente, hasta que Luca, impasible, deja su bolsa de mano en el compartimento superior y se acomoda en uno de los asientos al otro lado del pasillo.

—Verás como ya no te molesta más.

—Gracias, supongo... —Se le escapa una carcajada que me contagia y seguimos como si nada, aunque no me pasa desapercibida la mirada de

soslayo de mi querido y desaparecido vecino. ¡Que le den!

Miro el teléfono justo antes de que despeguemos y no me sorprende ver en él más mensajes de Adriana. Lleva toda la noche enviándome recordatorios de cosas que tenemos que hacer. Se me escapa una sonrisa.

—Creo que los dos son iguales. —Ian me muestra la pantalla de su teléfono.

—Pues no sé para qué tanta historia, si ya están casados —suelta Luca en voz alta a desgana, y me incorporo para mirarlo a los ojos al mismo tiempo que lo hace él, consciente de que acaba de decir algo que no debería, y yo comienzo a cabrearme más de lo que debería.

—¿Puedes repetir eso que acabas de decir?

—No le hagas caso; odia las bodas y todo lo que tenga que ver con el amor.

—Eres un gilipollas —le responde enfurecido con él; soy incapaz de entender muy bien lo que ocurre—. Y sí, se casaron en Las Vegas cuando vinieron a Los Ángeles —me confirma, consciente de que yo no tenía ni idea de este asunto.

—Pero eso no es legal —continúan hablando entre ellos, mientras no dejo de preguntarme por qué mi mejor amiga no me lo ha explicado. ¿Tan poco confía en mí? Me dan ganas de bajarme del avión y dejarla plantada, eso es lo único que siento ahora mismo—. Noelia, Adriana no te ha contado nada porque fue una locura de borrachera, que no sirvió para nada, excepto para reírnos de Bruno.

No le respondo, no me apetece compartir con ellos lo dolida que estoy; por ello, dejo que sigan discutiendo entre ellos como si este asunto no fuera conmigo. Tanto es así que me pongo los cascos y escucho música al tiempo que respiro tal y como les digo a mis alumnos que hagan en la clase para que se relajen... ¡y funciona!

—¿Vas a seguir con esa cara todo el fin de semana? —le recrimina Ian a Luca ya en Madrid, donde haremos transbordo. El viaje ha sido la mar de entretenido (véase ironía en mis palabras). Luca, enfadado con el mundo por vete tú a saber qué, no ha dejado de mirar por la ventanilla el tiempo que ha estado despierto; yo he permanecido ensimismada en mis pensamientos, disimulando con los cascos para que nadie me molestara, e Ian, el pobre, ha tenido que soportar todo el viaje a la Barbie azafata—. Tu amigo se casa de verdad, vamos a pasarlo bien.

—He tenido unos días de locos, discúlpame. —Se chocan la mano y, por primera vez en todo lo que llevamos de viaje, veo una fina y discreta sonrisa en sus labios—. Siento haberte soltado así lo de la boda en Las Vegas, me he pasado —se dirige a mí.

—Las mentiras tienen las patas muy cortas.

Veo cómo se miran entre ellos y sé que tienen claro que no me pienso callar.

—Noelia, fue una tontería, ni siquiera ellos mismos se lo tomaron en serio. —Luca intenta arreglarlo, pero ya no tiene solución.

—Exacto. Adriana lo llamó «no boda», «no marido», «no...».

—No me lo ha dicho, eso es lo único que me importa —le corto, porque sus noes me ponen de mala leche.

Siempre nos lo hemos contado todo con pelos y señales, ¿por qué esto tiene que ser diferente? Para mí no lo es, y estoy tan enfadada que ni siquiera quiero verla.

—Ella sabía que aquella insensatez era un error y por ello no quiso decir nada.

—¿Ni a su mejor amiga?

Me miran como si les hubiera contestado algo de otro mundo, o quizá es que son hombres y, por naturaleza, unos pasotas de cuidado, pero a mí eso me ha dolido, muy mucho.

Abren la puerta de embarque del avión que nos llevará a mi isla y me

levanto para irme a toda prisa sin ellos. Cuando sostengo mi peso, literalmente veo las estrellas. Se me escapa hasta una lágrima y me miro el pie accidentado a la vez que abro la boca; ni había pensado en ello, pues el mosqueo no me dejaba ser consciente de que tengo el dedo inflado como una bota.

—¡Noelia! —oigo el grito de Ian cuando me agarra del brazo y mira hacia abajo, hacia mis sandalias.

—¿Qué te pasa? —Luca se acerca a nosotros y, al ver a Ian agacharse, lo mira alucinado hasta que ve la morcilla que tengo por dedo—. Pero ¿cuándo te has hecho eso?

—En el hangar, antes de subir al avión —le aclara Ian—. Necesitas un médico, y de forma urgente.

—¡Vamos a un hospital! —Luca me coge la maleta de mano y los miro atónita.

—¡Perdemos el vuelo, estáis chalados! —A pesar de mis palabras, me ignoran por completo y siguen hablando entre ellos—. Dios, ¿me podéis hacer caso? Tenemos un vuelo que sale ya...

—Cogeremos otro —afirma Ian como si nada.

—En un momento, que te hagan una radiografía y, si es preciso, que te lo venden o entablillen y listo. Voy a hacer una llamada.

—¡Queréis parar de una vez! —Mi grito consigue que se detengan y los dos me miran fijamente, aunque sin comprenderme—. A ver: me he dado un golpe y sin duda hay un poco de inflamación, pero no es nada más. No pienso ir a un hospital y perder el avión.

—Ian nos conseguirá otro en una hora.

—Cierto —confirma, y logra ponerme todavía de más mala hostia.

—¡Que no! —Vuelvo a elevar la voz, sin importarme que nos estén mirando—. Tienes enchufe, ¿no? —Miro a Ian al decir esto, quien afirma con la cabeza—. Consígueme hielo y, en cuanto pisemos Lanzarote, os prometo que iré al hospital a mirarme el pie si es preciso.

—Son tres horas de trayecto. —Luca intenta que cambie de opinión.

—Eso no es nada; aguantaré, de verdad, no soy una princesita. Os aseguro que cosas peores me han pasado. —Señalo mi nariz y a Luca se le desencaja la mandíbula, como siempre que le nombro lo que ocurrió. Me queda claro que Ian no entiende nada—. Aquí, tu amigo, es un rompenarices.

Capítulo 7

—¿Le has roto la...?

—¡Fue sin querer! —se defiende una vez más; creo que al pobre le va a quedar esa cruz para toda la vida—. Y ya la tiene bien.

—No del todo.

—Está bien —repite como ya hizo el otro día en la cena.

—Mira. —Le señalo el pequeño hueco que aún perdura de su golpe.

—Eso no es nada, está perfecta.

—Soy perfecta, chato. —Zanjo la conversación ante su sorpresa y, cojeando, me acerco a la azafata para entregarle mi tarjeta de embarque; sin rechistar, ellos me siguen, olvidando sus intenciones de llevarme al hospital.

El viaje a Lanzarote es muy diferente. Apenas recuerdo el enfado con Adriana, aunque pienso recordárselo toda mi vida y sin duda se lo voy a hacer pagar estos días, lo tengo claro, pero los tres hablamos distendidamente, y los dos están pendientes de que esté cómoda en todo momento. Escucho los problemas que Luca ha tenido en el trabajo con un cliente y entiendo por qué no lo he visto estos últimos días. También estoy atenta cuando Ian se queja del dueño de la compañía aeronáutica para la que trabaja. Luca le da ideas para que se vengue de él y, a juzgar por cómo habla, parece que lo conoce, pero no indago porque no quiero que piensen que soy una cotilla, aunque en el fondo me muero por saber mucho más de los dos.

—Noelia, te llevamos al hospital.

Luca aparece, cómo no, montado en un descapotable de cuatro plazas, mirándome a través de las gafas de sol, e Ian le sonríe; veo que se conocen muy bien... y yo ya empiezo a calar a los tres amigos, ¡vaya tres se han juntado!

—No, tranquilo, vienen a recogerme. Nos veremos en la boda.

—Te llevamos en un momento. Sube, por favor.

—¡Noelia! —oigo la voz de Teo a mi espalda—. Te estaba esperando en la zona de llegadas, no te he visto al salir.

—Yo tampoco —respondo ahogando las palabras, porque me ha cogido y ha empezado a darme vueltas en el aire, como si fuéramos dos niños—. ¡Teo, para, que me vas a tirar! —Cuando me deposita en el suelo, vuelvo a mirar a mis dos nuevos amigos y compruebo que están los dos mudos, observando la escena—. Chicos, os presento a Teo, mi mejor amigo.

—Encantado, soy Ian. —Le choca la mano y Teo lo mira de arriba abajo cual gallito de corral.

—Y tú debes de ser el que le rompió la nariz.

—Veo que soy famoso. —Me mira directamente, bastante molesto por la publicidad gratuita que he hecho de él, y no puedo hacer más que reírme—. El mismo, soy Luca —lo saluda desde el coche, y Teo le corresponde.

—¿Nos vamos?

—Sí, claro, cuando quieras. Bueno, chicos, gracias por la compañía.

—Ha sido un honor —me dice el piloto mientras se sube al descapotable.

Ian es tan educado que me encanta, sobre todo porque es mucho más cortés que Luca, y a simple vista parece más brutito, pero para nada, es todo un galán.

—No te rompas nada más —bromea Luca justo antes de arrancar y acelerar, dejándonos atrás.

—¿Romperte? —inquiérese Teo.

—Mira mi pie. —Y vaya si lo hace: se agacha y, con sumo cuidado, lo mueve sabiendo qué puede hacer o no, ya que, al trabajar en la caseta de surf,

tuvo que aprender primeros auxilios—. Pinta feo, ¿verdad?

—Lo tienes fracturado, seguro; vamos a que te echen un buen vistazo.

—Voy a perder todo el día.

—Conmigo, no. —Me guiña un ojo, y sé que no vamos a tardar nada porque su madre trabaja en el hospital y nos va a colar seguro—. Te ayudo.

Me agarra de la cintura para aguantar parte de mi peso y nos dirigimos a su coche. Me acomodo mientras él guarda el equipaje y yo no dejo de mirarme el dedo meñique, que parece un salchichón. No voy a poder ponerme tacones, me cago en todo lo que se menea. Menos mal que es una boda en la playa; iré a por unas sandalias monas para poder caminar.

—Adri está como loca. ¿Por qué las mujeres os ponéis tan insoportables organizando una boda?

—A ella es a quien quiero ver... Se va a enterar en cuanto me la cruce.

—¿Qué ocurre?

—Nada, cosas nuestras.

—Mejor, prefiero no saberlo.

No sé si es que mi mente no deja de pensar en ello, pero cada vez me duele más, y la inflamación es tal que, como siga así, dudo que encuentre mi dedillo en su sitio. Menos mal que ya estamos llegando y espero que el doctor me dé algo lo suficientemente fuerte como para que me quede grogui y me deje de doler.

Nada más entrar, la madre de Teo se encarga de que me pasen directamente a rayos, donde, con todo el esfuerzo y el dolor del mundo, hago lo que me piden; salgo con la cara desencajada.

—¿Estás bien?

—Me duele horrores. —Me dejo caer en la silla de la sala de espera de rayos y miro mi pie—. ¡¿Cómo voy a ir a la boda así?!

—Es en la playa, puedes ir descalza.

—Sí, claro, y coja, ¡vaya imagen!

—Noelia, ¿me acompañas? —me pregunta el médico; asiento con la cabeza

y camino detrás de él apoyando sólo el talón en el suelo. Al llegar a la consulta, me siento en la camilla y estiro la pierna sobre ella—. Tienes el dedo fracturado. —Lo miro aterrorizada y luego con cara de pena cuando veo que se pone aún más serio—. Tengo que colocártelo en su sitio para que el hueso se suelde correctamente; ahora lo tienes inflamado y no se ve, pero tienes el hueso mirando hacia arriba.

Eso no suena nada bien. Miro mi pie mil veces, moviéndolo, pero no logro detectar a simple vista eso que me está explicando.

—¿Me va a doler? —Sé que parezco una niña pequeña, pero es que el dolor será intenso, y me cago en la maldita llave inglesa.

—No te voy a engañar, sí, pero lo haré rápido.

Cojo aire y asiento en silencio al tiempo que cierro los ojos y me preparo mentalmente.

—¡Ay, ay, ayyyyy, ay! ¡No puedo, de verdad que no puedo!

El pobre médico me suelta de repente y me mira a los ojos, consciente de que su maniobra no ha funcionado; lo único que ha conseguido ha sido que me duela más de lo que ya lo hacía.

—Tranquila, respira. La inflamación no me deja colocarlo en su sitio.

Me retiro las lágrimas de los ojos; me ha dolido tanto que han salido disparadas, sin que pudiera retenerlas.

—Tengo el meñique como una bota.

—¿Por qué has esperado tanto? —me recrimina, y suspiro sabiendo que podría haberlo evitado si les hubiera hecho caso a Ian y Luca.

—Vengo de un vuelo de Los Ángeles; no he podido acudir a Urgencias antes. —Encojo los hombros; podría haberme visitado y ahora no estaría pasando por este momento tan doloroso, pero ya es tarde para lamentaciones.

—Noelia, en los aeropuertos hay médicos.

—Lo sé, lo sé, pero no imaginé que fuera para tanto.

Niega en silencio y me acaricia el hombro antes de ponerse de pie y decirme:

—Te voy a inyectar un calmante y en diez minutos repetiremos la operación; ya verás como el dolor será menor.

—¿No me puede anestesiar?

Niega con la cabeza, para mi desdicha.

Veo cómo trastea en un mueble, abre y cierra cajones, hasta que se acerca a mí con una jeringuilla y espero que el contenido sea para caballos, lo justo para que no sienta cómo retuerce mis huesos. No me puedo creer que sea tan torpe, si es que estas cosas sólo me pasan a mí. ¿Quién le da una patada a una llave inglesa gigante? Respiro profundamente y me levanto la manga de la camiseta, y el doctor me mira sonriente y niega.

—Mejor bájate un poco la cintura del pantalón. —Genial, en el culo. Seguro que se me hace una pelota y después no podré ni sentarme—. Ya está.

Me recuesto en la camilla y apagan la luz para que me relaje mientras el calmante empieza a hacerme efecto. Cierro los ojos y respiro profundamente para tranquilizarme, aunque lo único en lo que puedo pensar es en la pulsación que siento en el pie. Cuando casi he conseguido olvidarme de ello, oigo mi teléfono. Levanto el cuello y veo mi bolso a unos metros, los suficientes como para que no llegue estirando el cuerpo y el brazo, así que ni lo intento, que me llamen más tarde.

Sin embargo, insiste una y otra vez, así que, enfadada, me levanto y a pata coja corro hasta alcanzarlo y rebuscar en su interior. En la pantalla aparece: «Llamada entrante. Rompenarices» y el emoticono de una caca; me río al leerlo y me transporto al club de yoga, cuando estaba con la carpeta de la comunidad y, sin saber muy bien por qué, al ver su teléfono, me lo grabé como nuevo contacto en mi móvil sin pensar, pero con la idea de no tener que llamarlo en mi vida.

Finalizo la llamada para que capte la idea de que ahora no puedo hablar y veo que aparece el médico y me mira sin entender qué estoy haciendo.

—Me llamaban —me disculpo, y vuelvo a la pata coja y me siento en la camilla.

—¿Duele menos?

—Supongo. —La verdad es que ni lo sé, pero debo ser fuerte y terminar ya, pues tengo muchas cosas por hacer, así que no me puedo permitir el lujo de demorarme mucho más—. ¡Hágalo ya!

—Vamos a ello. —Se coloca unos guantes y cierro los ojos para relajarme, ahora en serio—. Voy a intentar ser muy rápido; puedes agarrarte a la camilla.

—Vale, sí.

—¿Estás lista? Intenta no gritar mucho. —Me guiña un ojo y sonrío justo en el instante en el que siento cómo estira del dedo y mi sonrisa se transforma en un gesto de dolor que acompaño con un grito desesperado—. Ya está, colocado en su sitio. Voy a vendarlo para que no se mueva.

Me retiro el sudor de la frente e intento no quejarme en voz alta, aunque por dentro estoy soltando todos los improperios que se me ocurren e inhalo y exhalo una y otra vez como si con ello olvidara el gran dolor que acabo de sentir.

—Lista. Tienes que hacer reposo un par de días.

—Tengo una boda.

—Prohibido tacones, y bailar; deberías valorar la posibilidad de ausentarte.

Sé que es el consejo de un médico, pero no puedo hacerle eso a Adriana.

—Imposible, es mi mejor amiga, no puedo fallarle.

—Pues siéntate y apoya el pie en una silla en cuanto tengas oportunidad.

—Lo haré. —Me levanto de la camilla y, una vez más, doy saltitos con un pie hasta que llego al bolso. En ese momento entran Teo y su madre—. Ya nos podemos ir.

—Necesitas unas muletas. —Me las entrega y las acepto agradecida. Al menos podré caminar mejor.

Qué maja es su madre, bueno igual que él... La verdad es que Teo es mi mejor amigo. Sé que siempre va a estar a mi lado cuando lo necesite, aunque también sé que él siempre ha querido ser algo más, pero os aseguro que ser su

pareja sería el mayor error de toda mi vida, porque perdería un amigo y le haría daño.

—Dame, irás mejor sin este macuto.

Los tres se ríen y no le respondo porque no estamos a solas, pero de macuto no tiene nada; es más, me costó un pastizal.

Utilizando las muletas camino mejor, no apoyo el peso y la venda oprime tanto mi dedito que apenas noto nada. Menos mal. Lentamente llegamos hasta el exterior, donde nos dirigimos al coche.

—Cuídate, Noelia, y descansa todo lo que puedas.

—Lo intentaré, y gracias por todo. —Le doy un beso en la mejilla a su madre y me siento para irnos.

—¿A casa? —me pregunta divertido justo cuando se acomoda a mi lado, y asiento entusiasmada. Estoy deseando ver a mi madre; apenas hace unas semanas que me fui, pero las suficientes como para que la haya echado mucho de menos.

Aún recuerdo el día que le dije que me iba a vivir a Los Ángeles; casi le da un telele, aunque creo que fue peor cuando, con el móvil, le enseñé el mapa y realmente vio a dónde me iba. El grito que pegó lo tuvo que oír toda nuestra calle, y para tratar de convencerme de que no me fuera comenzó a decirme que allí había tiburones blancos, que no podría hacer surf sin que me mordiera uno y que el avión tendría que pasar por el Triángulo de las Bermudas y, sin duda, desaparecería y entonces dónde me iba a buscar, pero lo único que consiguió fue que me riera un buen rato mientras la pobre asumía que la decisión ya estaba tomada.

—¿Puedes? —Teo me ofrece la mano y con su ayuda salgo del vehículo. Él lleva mi maleta en la mano y, poco a poco, subimos la escalera del edificio de mi madre, que para mi desgracia vive en un tercero sin ascensor—. Te veo en un rato.

—Espera, pasa y tómate algo, qué mínimo.

—Disfruta de tus padres, te veré después. Si necesitas un taxista, aquí

tienes uno para llevarte donde necesites.

—Pero ¿me vas a cobrar la carrera?

—Eres tonta.

—Gracias por venir a buscarme, y por llevarme. —Le señalo el pie y me da un beso en la mejilla; uno muy especial, lo sé, y me duele no poder corresponderle como me gustaría, pero no siento lo mismo que él.

—¡Pero seréis guarros!

—¡Mamá!, por favor.

—A ver, abro la puerta y os encuentro...

—¿Recibiendo un beso en la mejilla? —termino la frase por ella antes de que suelte una burrada de las tuyas.

—Ahora se le llama así.

—Adiós, Consuelo, no vemos otro ratito.

—Huye, cobarde. —Mi madre se muere de la risa y nosotros con ella, porque la conocemos y sabemos que está bromeando—. Pero ¿qué te ha pasado?

Pega un grito justo cuando doy el primer paso con las muletas, aunque antes no se había ni inmutado de que las llevaba.

—Es una larga historia.

Capítulo 8

—Pues me la cuentas mientras comes un poco, que estás esquelética; seguro que sólo comes lechuga.

Va a girarse como si nada, pero la detengo al dejar caer las muletas al suelo y la abrazo con todas mis fuerzas y, aunque mi madre no sea la persona más cariñosa del planeta, me agarra y siento lo mucho que me ha echado de menos.

—Mami, te quiero.

—¿Te has tenido que ir tan lejos para darte cuenta de eso?

—No; necesitaba aires nuevos, pero ya lo sabía. —Me refriego como un gato en su pecho y me besa la mejilla—. Le he dado una patada a un hierro.

—Tú eres tonta. —Se separa de mí riéndose.

—¡Mamá! Me he roto el dedo pequeño del pie.

—Si es que vas como una burra por el mundo y no miras dónde pisas; además, lo raro es que no te hayas partido la espalda con esas posturas imposibles.

—No lo he visto, ¿vale? —intento justificar mi torpeza.

—Espero que sea así. —No sé ni para qué lo intento, mi madre es imposible; no se puede mantener una conversación seria con ella—. ¿Tienes hambre?

—¿Tienes papas?

—Me las he comido.

La miro con cara enfurruñada como hacía de pequeña cuando sabía que me estaba haciendo rabiar a propósito y surte el mismo efecto: se parte de risa y se va a la cocina para buscarlas.

—¿Dónde está papá?

—Tu padre se ha comprado un reloj de esos que te dicen cuánto has caminado y ahí está, sumando pasos, como si pensara que va a ser joven de nuevo.

—Eso es muy bueno para él, para su salud; deberías acompañarlo.

—¿Tú crees que no hago suficiente ejercicio limpiando esta casa? Te aseguro que, si me pongo el maldito relojito, lo rompo de lo que me llevo a mover.

Sonríó mientras replica indignada, y la ayudo a poner las papas en un plato, aunque no puedo esperarme y me llevo una a la boca, a pesar de tener claro que, tal como ocurre, voy a llevarme una cachetada en la mano por impaciente.

—Estoy agotada.

—Descansa un poco; aún no voy a hacer la comida, es pronto. —No llego a responderle porque, antes de que pueda hacerlo, mi teléfono comienza a sonar de nuevo y, al comprobar quién es, curvo las comisuras de mis labios hacia abajo al ver su nombre—. ¿Quién es?

—Adriana.

—¿Y no contestas?

—Más tarde, quiero acostarme un poco. —Sé que mi respuesta no le ha gustado, porque me analiza intentando averiguar si en realidad me ha llamado otra persona o bien es que estoy cabreada con Adriana. Me doy la vuelta para evitar su escrutinio, pero finalmente decido girarme de nuevo para enfrentarla y contarle lo que me ha molestado tanto de mi amiga—. ¿Sabes que se casó en Las Vegas y no me lo ha dicho?

—Pero ¿eso no se supone que es un cuento, una pantomima, que no sirve para nada?

—¿Y? Por eso mismo, ¿por qué no me lo contó?

—No seas tonta y habla con ella. Si lo ha ocultado, sus razones tendrá.

—Me voy a dormir. Si me llaman, no estoy.

Cuando entro en mi habitación los recuerdos me embargan. Siento una sensación extraña al acariciar los muebles, al ver las fotografías en las que

salimos Adriana y yo en muchas fiestas haciendo tonterías. Cojo una en la que salgo de bien jovencita besándome con Teo; no sé por qué siempre me ha gustado tanto esta foto. Miro por la ventana y la abro para asomarme y respirar el aire de mi isla. Cierro los ojos y soy consciente, de pronto, de lo sola que me he sentido en Los Ángeles, de lo diferente que es todo aquí y de lo mucho que se echa de menos cualquier tontería de la que antes pasabas olímpicamente.

Me siento en la cama y me miro el pie. El vendaje consigue que no lo pueda mover, pero lo intento y siento dolor. Coloco varios cojines y me tumbo para relajarme, después de haber hecho una foto de mi dedo lisiado y haberla colgado en Instagram bajo el hashtag de #soybastantetorpe, y me dejo llevar por el cansancio de toda la semana, del viaje tan largo y del cambio de hora que tiene a mi cuerpo loco.

—Ey, pero ¿estás loca? —grito al sentir que alguien me quita el cojín y mi pie, por suerte, cae en el colchón—. Me podrías haber hecho daño.

—¿Más? ¿Cuándo pensabas contármelo?

—¿El qué? —le pregunto aún confusa, porque estoy medio dormida, porque no sé cuándo ha llegado Adriana a mi casa y porque no sé ni qué hora es—. ¿Es de noche?

—¡Sí! ¿Y no me piensas decir nada? —Se sienta en la silla de mi escritorio toda indignada, y me doy cuenta de lo mucho que ha cambiado en este tiempo.

Mi amiga no se arreglaba nada, y ahora va maquillada, calza sandalias, lleva ropa bien conjuntada, además de joyas que antes ni por asomo se hubiese podido comprar, y luce una piel muy hermosa, de la que seguro que Campos es responsable. Irradia felicidad por cada uno de los poros y me alegro, porque al menos una de las dos ha conseguido ser feliz del todo.

—¿Quieres hablar?

—¿Puede que la que tenga que hacerlo seas tú! ¿Tienes algo que decirme?

—¿Yo?

—¡Sí, tú! —Ahora sí que la he desconcertado, y voy a tener que ayudarla

un poco para que me siga y comprenda lo que le estoy echando en cara—. Las Vegas, boda... ¿Te suena de algo?

—Luca...

—No me esperaba esto de ti. Creía que eras mi mejor amiga, y yo siempre te lo he contado todo.

—Noe, fue una tontería, estábamos piripis.

—Te casaste. —Soy contundente con mis palabras—. Evidentemente no me importa que lo hicieras, pero ¿por qué no me lo has contado nunca?

—No quería que mi padre pensara que soy una descerebrada, no le hubiera sentado muy bien; ya sabes que no quiere que haga locuras como hacía mi madre.

—Genial, no confías en mí.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es? A ver, explícate.

—¡Yo qué sé! Lo siento, he hecho mal, debería habértelo contado.

—Pues sí, y estoy tan enfadada que no pienso ir a tu boda. —Veo cómo se le desencaja la cara y hasta puedo apreciar cómo se le anegan los ojos en lágrimas—. Tía, ¿cómo no voy a ir?

—Estoy muy sensible, idiota. —Me lanza el cojín en el que justo antes reposaba mi pie, y me da en toda la cara—. Necesito una copa.

—Ya somos dos, pero tengo hambre.

—Hombre, si la bella durmiente está vivita y coleando... —Mi madre asoma la cabeza por la puerta y veo cómo sostiene un plato en el que hay una gran ensaladilla rusa—. ¿Queréis un poco?

—No, no quiero engordar un gramo o no voy a caber en el vestido.

—Hija, si te falta chicha.

—¡Consuelo! —le recrimina a mi madre, y las dos reímos de la cara de mi amiga, que se ha tomado bien en serio lo de guardar la figura hasta que llegue el día.

—Llegar desmayada a la ceremonia no es buena idea; te lo dice una que lo

hizo... y casi me comí el banquete yo sola. —Se ríe a carcajadas y la seguimos hasta la terraza, donde mi padre está de pie, mirando hacia la calle.

—Papi, hola.

—Hola, cariño. Qué alegría tenerte con nosotros. Te he echado mucho de menos. ¿Has descansado?

—Sí, lo necesitaba —le respondo, y veo cómo no deja de moverse. Besa a Adriana en la mejilla, vuelve hasta mí, se asoma al balcón y mira una y otra vez el reloj—. ¿Estás bien?

—Más que bien. Mira. —Me muestra la esfera y ahora entiendo a lo que se refería mi madre cuando he llegado. En la pantalla aparecen más de dieciocho mil pasos—. Veintitrés, veinticuatro... —va sumando conforme se mueve por la terraza.

—Ya te lo he dicho antes: se quedará tarumba con ese relojito.

—Me siento joven, nena.

De repente, y por primera vez en mi vida, mi padre coge a mi madre por las caderas y la eleva del suelo, provocando que ésta grite y le dé unos golpes en la espalda para que la deje de nuevo en el suelo; Adriana y yo nos miramos alucinadas por la escena.

—Si queréis estar a solas, nos vamos —bromeo divertida, consiguiendo enfadar mucho más a mi madre de lo que ya estaba.

Nos sentamos todos a la mesa y me fijo en que Adriana marea los cuatro granos de ensalada que mi madre ha insistido en ponerle en el plato. Me sabe tan mal que haya insistido tanto que como a toda prisa para poder marcharnos y liberarla de la presión que siente.

—Mamá, vendré tarde.

—Tened cuidado y, sobre todo, no te mates por ahí.

Me da las muletas y las dos bajamos hasta donde está aparcado el coche.

—Bueno, ¿y a qué esperas para contarme algo? —me pregunta en cuanto cierra la puerta del vehículo y me mira con cara de enfado.

—Si todavía no me ha dado tiempo...

—Me he tenido que enterar de lo que te ha pasado por Ian y Luca.

—Mira, estamos en paz. —Sonríó ladina—. O no, porque la tuya vale por cincuenta.

—Lo siento, Noe.

Me mira fijamente desde su asiento del conductor y yo me cruzo de brazos; ahora la que está enfadada soy yo... y es que, cada vez que pienso en ello, me cabreo un poco más.

—El caso es que no lo entiendo; hemos hecho de todo juntas, y eso es algo que, por cierto, me hubiera encantado compartir contigo, pero, ya que no estaba allí, al menos podrías habérmelo explicado. ¿Alguna vez he revelado algún secreto? ¿O te he metido en algún lío?

—Qué va... —Me pone cara de que la he metido en muchos, pero han sido tonterías de niñas, nada comparado con guardar un secreto tan importante para ella—. Tendría que habértelo dicho, pero no me atreví; fui tonta.

—Eres muy tonta.

—Oye, no te pases, que te vas andando. —Señala mi pie—. Por cierto, ¿cómo narices le has dado una patada a una herramienta de un avión?

—Eso me pasa por cotilla. Estaba en el hangar chafardeando cuando Ian apareció de pronto y del susto... —Me tapo los ojos, avergonzada, mientras la que se supone que es mi mejor amiga se ríe como una auténtica posesa, sin importarle que pueda herir mis sentimientos—. Ya vale, ¿no?

—Es que estas cosas sólo te pasan a ti.

—Sí, claro, la que sólo lleva bragas en una maleta. ¿Recuerdas, Dori?

—Pero ya no me pasa.

—Eso no te lo crees ni tú. —Arranca el motor para no seguir hablando del tema y esta vez soy yo la que me río de ella. Si es que somos tal para cual; yo un poco más histérica y gritona, pero, si nos llevamos tan bien, por algo será.

—¿Y qué pasa con Luca?

—¿Qué pasa con él?

—Tía, le pediste una pizza... Me lo enseñaste a través de Skype, pero luego

terminamos la llamada; no sé nada más.

—Es que es un idiota... Es el típico chulito de playa que se acuesta con la que sea y, después, si te he visto, no me acuerdo.

—Ajá.

—Ajá, ¿qué?

—Que eso es lo contrario de Teo y, según tú, necesitabas a alguien que te diera un buen meneo.

—¿Te estás oyendo?

—Y tanto. Va, reconoce que está muy bueno.

—Pero ¿tú no decías que era un gilipollas?, ¿que sólo hablabas con él porque era amigo de Campos...?

—Es majo; cuando lo conoces mejor, no es lo que parece.

—¿Y qué parece? —Levanta las cejas y sonrío—. ¿Un mujeriego? ¿Un egocéntrico? ¿Un egoísta?

—Y te pone.

—Te pondrá a ti —le respondo como si nada, pero la verdad es que, aunque Luca sea un imbécil, y la última persona de este planeta con la que tendría una relación, no me importaría tener un rollete con él.

—No sabes mentir.

Comienza a reír a carcajadas, mete primera y, al fin, empezamos a circular. Nos vamos hacia su casa, donde tenemos la intención de marujear mucho.

Capítulo 9

—Estás preciosa. Voy a llorar. —La miro y ahí están todos los recuerdos de mi infancia, cada una de las riñas que hemos tenido, las veladas en las que se nos ha hecho de día en la playa; siempre hemos estado juntas, lo hemos compartido todo... y la tengo delante y me doy cuenta de que todo está cambiando.

Ella es la jefa de su propio hotel, está a punto de casarse con un hombre maravilloso, aunque ni ella misma acaba de creerse que todo esto sea cierto, y va a vivir, principalmente, en «su isla», como ella siempre la llama. Y yo... yo estaré a miles de kilómetros y, aunque hablamos mucho, no es lo mismo... y de ello me di cuenta gracias a Luca. Éste me abrió los ojos al chivarse del secreto que compartían y ahora, visto con más calma, no estoy enfadada; la distancia, aunque no queramos, nos va a separar. No podré ir a llorarle cuando me desquicie, al igual que ella no me pedirá consejo mientras me mira y deduzco que está a punto de echarse a llorar.

—Pero ¿por qué lloras así?

—Porque ya nada va a ser igual. —Me comienza a temblar el labio como a una niña pequeña y mis lágrimas ya no cesan. Adiós al maquillaje—. Tú aquí... yo allí...

—Recuerda que hay aviones. —La madre de Adriana intenta calmarme; se acerca y me acaricia el brazo mientras yo soy incapaz de soltarle la mano a mi amiga—. Vaya par de tontas estáis hechas. —El resto de las mujeres que hay en la habitación empiezan a reírse.

—Para o voy a llorar yo también, y te voy a matar como se me corra el rímel.

—Ah, no, eso sí que no. Mira al techo —le digo suspirando con fuerza para detener mi lagrimeo y ayudarla como buena amiga que soy.

—¿Te gusta? —Se toca una de los miles de plumas que le imprimen un carácter especial al vestido y luego nos indica que está lista para salir.

—Campos se va a morir cuando te vea.

—Voy a avisar a tu padre. —Antonia, la pareja del padre de mi Adriana, corre emocionada fuera de la habitación y decido seguirla para dejar a mi amiga con sus familiares más cercanos.

Desciendo la escalera de la que en la actualidad es la casa de Adriana y Campos; es sorprendente el cambio tan grande que ha dado esta casa del faro. Cuando éramos pequeñas, ésta era la casa de sus padres y aquí vivieron hasta que se separaron; luego pasó a ser una propiedad sin vida, que utilizábamos de vez en cuando para escaparnos y poder hacer una noche de chicas sin padres. Ahora la han ampliado y remodelado de arriba abajo... ¡Cómo se nota el giro que ha dado su vida! Con ese pensamiento, me doy cuenta de que necesito sentarme y pensar en qué hacer con la mía. No puede ser que no tenga ni siquiera mi propia casa, entre muchas otras cosas de las que carezco, pero decido que todo eso ya lo sopesaré cuando regrese a Los Ángeles.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio? Dudo que llegues muy lejos con esos zapatos.

Miro a Teo y después mi pie, y suspiro... porque sé que he cometido la mayor estupidez de mi vida: ponerme tacones con el dedo roto.

—¿Tanto se me nota?

—En cada paso que das.

—¿En serio? —Sonriente me dice que sí y me dejo caer en el asiento del coche para que me baje a la playa sin morir de dolor por el camino—. Gracias, de verdad.

—No tienes que dármelas, ya sabes que lo hago encantado.

Ya lo sé... y por eso me sabe tan mal. Él siempre está para todo lo que necesito, pero, aunque me encantaría hacerlo, no puedo responderle del mismo modo, porque no siento una atracción tan grande por Teo como para estar a su lado... y sé que, en el fondo, le estoy haciendo daño por no ser del todo clara.

Arranca el motor y, tras el breve trayecto, aparca lo más cerca de la playa que puede. Suspiro al ver el camino de arena y piedras por el que tenemos que pasar. ¡Dios, se me va a poner el pie como una bota! Doy los primeros pasos y noto cómo una lágrima se me cae sin poder remediarlo; el pie me duele horrores.

—¿Quieres que te vaya a buscar algo más cómodo?

—¡No, no es para tanto! —miento, aunque no sé por qué no le hago caso.

—Sí lo es. Vamos, te llevo a tu casa y te cambias en un momento. Hay tiempo...

—Te prometo que, en cuanto termine la ceremonia, nos escapamos un segundo y lo hago, pero al menos deja que salga bien en las fotos.

—Tú siempre sales estupenda, da igual lo que lleves puesto.

—¿Estás ligando conmigo? —bromeo siguiéndole el juego, a pesar de ser consciente de que no debería... pero soy así.

—Evidentemente sí... Nunca se sabe.

—Espera sentado. —Se me escapa la risa y él se acerca peligrosamente a mí, por lo que pego un grito—. ¿Qué haces?

—No soporto ver que te duele, así que, como no quieres ir a cambiarte, te llevaré en brazos hasta tu silla.

—Teo, no, que puedo sola, de verdad.

—Deja de moverte o te caerás. —Hace el ademán de dejarme caer y me agarro con todas mis fuerzas a su cuello; después compruebo que la falda esté en su sitio, bien puesta, para que no vaya a verme el culo todo el mundo.

—¿En serio vas a llevarme?

—¿Crees que estoy de broma?

Lo miro a los ojos y veo ese brillo que tanto me mortifica.

—Me va a mirar todo quisqui. —Me giro y diviso los primeros escalones y a los invitados, que esperan que llegue la novia; todos ellos nos observan. Veo a Campos, que se ríe, y a Ian y Luca mirándome fijamente—. Bájame, Teo, por favor.

—Si me hubieras hecho caso... —Empieza a descender la escalera más deprisa y ahogo un grito de dolor en cada uno de los peldaños hasta que llegamos abajo y luego percibo cómo camina por la pasarela que nos lleva a las sillas—. Campos, aquí la tienes; un poco lisiada, pero lista para ser testigo de la boda.

—Gracias, Teo; te debo una.

—¡Madre mía!, tu forma de controlar a la gente no es normal, que yo no soy tu novia.

—No, pero eres la mejor amiga de mi futura esposa, y te aseguro que, si tú no estás, no se casa.

—¿Y por ello tienes que mandar a tus secuaces a buscarme a todos los sitios?

—Lo que haga falta.

Los cuatro idiotas se ríen mientras Teo me deja sobre la silla y me coloco bien el vestido y me retoco el peinado. Me dispongo a decirle algo al novio cuando veo que bajan por la escalera las tres mujeres de su familia: su madre, su inminente suegra y la mujer de su futuro suegro, que es la segunda madre de Adriana.

Emocionada por el momento, cojo el paquete de pañuelos que me ofrece Teo y lo agarro del brazo. Contemplo cómo llegan unos y otros hasta que, al fin, comienza a sonar la marcha nupcial y la veo venir. Me fijo en los ojos del sereno de su marido, que ahora mismo es como un cachorrillo, y sonrío, feliz por ellos.

—Adriana Suárez, ¿tomas por esposo a Bruno Campos?

—Sí, quiero.

—Bruno Campos, ¿tomas por esposa a Adriana Suárez?

—Sí, quiero.

—Yo os declaro marido y mujer. Ya puedes besar a la novia...

Oigo esas últimas frases sin poder dejar de llorar y arranco, como el resto de los invitados, a aplaudir mientras ellos se besan y se giran para darnos las gracias por haber venido.

—¡Enhorabuena, pareja! —les digo en cuanto llegan al trozo de playa donde hay preparado el aperitivo previo a la comida.

—Gracias. —Nos fundimos en un abrazo mientras Campos hace lo mismo con sus amigos—. No me puedo creer que esto me esté pasando, después de tantas cosas, Noe.

—Y no sabes cuánto me alegro.

—¡Chicos, posad para la foto antes de que la novia tire el ramo! — Hacemos caso al fotógrafo y nos colocamos, a la vez que percibo que me agarran fuerte de la cintura. Sonreímos a la cámara y Adriana y yo decimos a toda voz «feliz», alargando mucho el sonido de la última vocal, y luego nos morimos de la risa cuando miramos a nuestro alrededor y vemos que el resto de los presentes nos observan sorprendidos.

—Teo, va un... —Me dispongo a decirle algo, pero me quedo muda al ver que es Luca quien me tiene sujeta de la cintura. Teo está hablando tan tranquilo con Campos e Ian.

—No soy tu novio.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Cómo va ese dedo?

—Roto —respondo en un suspiro.

—¿Y qué haces con zapatos de tacón? —¡Venga ya!, el segundo que me lo dice; a ver cuántos más se atreven—. Deberías estar descansando.

—No me podía perder la boda. —Dicho esto, me acerco más para poder susurrarle al oído—: Tranquilo, después de tres copas no me dolerá nada. —Alza las cejas y se me escapa la risa—. Vamos, te invito a una.

—¿Invitas tú?

—Claro. —Cojo dos copas de champán de una bandeja que carga el camarero que en ese momento pasa por mi lado y se la ofrezco, ante su sorpresa—. No sufras, no me ha dado tiempo a envenenarla.

Voy a darle un trago cuando de repente Luca se abalanza sobre mí y, sin poder remediarlo, vierto el contenido de mi copa sobre su traje justo en el instante en el que ambos caemos al suelo y, sin poder evitarlo, grito con todas mis fuerzas al sentir que algo o alguien ha impactado sobre mi pie, más concretamente sobre mi dedito roto.

—¿Estás bien?

Abro los ojos y veo a Luca apoyado en sus brazos, con su cara a pocos centímetros de mis labios y sin dejar de mirarme fijamente. Los latidos de mi corazón suenan acelerados y tengo la respiración entrecortada. Ni siquiera le contesto; ahora mismo no puedo pensar en nada excepto en el dolor que experimento; intento mover el dedo, pero soy incapaz. Lo miro a los ojos después de que se levante y me ayude a sentarme, sin ser consciente de que todos los presentes empiezan a rodearnos. Me llegan sus voces y en ese momento caigo en la cuenta de que están ayudando a otra persona a levantarse; me giro y descubro a un hombre que se queja de la rodilla. El tipo es bastante pesado, por no decir que está bastante gordo, lo suficiente como para habernos hecho tambalear y caer al suelo a ambos.

—¿Estás bien? —repite Luca, llevando su mano hasta mi zapato y retirándolo con sumo cuidado, pero no puedo evitar cerrar los ojos e intentar con todas mis fuerzas no quejarme.

—Traed hielo, por favor. —Mi amiga es la que se encarga de hacer esa petición, mientras Teo se coloca de rodillas a mi espalda, pidiéndome que respire profundamente.

—Estoy bien.

—Quieta. —Noto el frío de la mano de Luca en la planta del pie, mientras mira mi dedo muy serio—. No tiene buena pinta.

—La tendrá.

—Será mejor que te pongas esto. —Aparece la madre de Adriana con unas zapatillas rosas con una borla de pelo largo y fino que consigue que casi se me salgan los ojos de las cuencas. ¡¿Cómo me voy a poner eso?!

—No, puedo caminar sin problemas.

—O te las pones o te llevo a casa. —Teo aprovecha el hecho de tenerme sentada en el suelo y rodeada de personas para salirse con la suya y que no vuelva a calzarme mis zapatos de tacón—. Los dejaré en el coche.

Luca se los entrega y luego es el encargado de ponerme las zapatillas y darme la mano para que me ponga de pie.

—¿Puedes? —me pregunta muy amable, y siento cómo ejerce la fuerza necesaria para levantarme y llevarme hasta él—. Te ayudo a caminar si quieres.

—Creo que no será necesario. —Apoyo el talón y soy consciente al momento de que necesito un calmante y un buen reposo, pero estoy en la boda de mi mejor amiga, así que no tengo ninguna intención de irme a casa.

—Desde que te conozco, sólo te he visto hacerte daño.

—¿Sólo? Qué pena, no sabes lo que te pierdes.

Va a contestarme, dedicándome esa mirada oscura que lo caracteriza cuando los temas se dirigen hacia el tema sexo, pero no puede porque el culpable de nuestro incidente aparece a nuestro lado.

—Creo que te lo mereces más que yo —me suelta; me lo quedo mirando y de pronto entiendo lo que ha ocurrido. El hombre ha querido coger a toda costa el ramo que Adriana ha lanzado, hasta el punto de caer encima de Luca... y él, de mí.

—Gracias, pero seguro que a él le gustará mucho más. —Lo cojo y se lo estampo en la camisa hasta que lo agarra; luego lo observa como si le quemara

en las manos—. Dicen que el que coge el ramo es el siguiente en casarse. Espero que me invites a la boda.

Me contempla alucinado y me río, al igual que hacen el resto de nuestros amigos, porque la cara de Luca al mirar una y otra vez el ramo es para morirse.

—Siéntate un poco y ponte hielo. —Antonia aparece con una servilleta que contiene varios cubitos en su interior.

Decido hacerle caso para dejar de ser el centro de atención.

—Ahora me vas a decir que no hay nada entre tú y... —Mira hacia Luca y niego con la cabeza, muy segura de que no quiero saber nada de él.

—Pero ¿estás de broma? ¿No recuerdas lo que me hizo? —Señalo mi nariz y se parte de risa ante mi sorpresa, pues no entiendo qué tiene tanta gracia—. ¿Hola? Estoy aquí, ¿me quieres explicar de qué te ríes?

—De nada, que, si te lo digo, te vas a enfadar.

—Adriana —la amenazo con un dedo inquisidor, sabiendo que estoy provocando que su risa se haya convertido en carcajadas más sonoras—. Deja de troncharte...

—Tía, ¿es que no lo ves? —Le hago un gesto para que entienda que no sé de qué va y que espero que me cuente qué es lo que le hace tanta gracia—. Lo tuyo es amor por narices. —Tras soltar esto, vuelve a partirse; no puede ni seguir hablando del ataque de risa que le ha dado.

—Eres muy tonta.

—Es que me lo has puesto a huevo. Estás obsesionada con lo que te hizo en la nariz.

—Me la rompió, ¿cómo lo voy a olvidar?

—Pero te pone... mucho, y lo sabes.

—Sólo para una noche, nada más.

—Ajá; eso ya lo he oído muchas veces y después...

—Me dan la patada en el culo, y a este chulito no pienso darle el gusto.

—Te aseguro que contigo es diferente. —Me está hablando a mí, pero mirándolo a él, igual que yo, desde la distancia.

Campos, Luca, e Ian están hablando con Teo como si fueran amigos de toda la vida. Los cuatro ríen y chocan la copa, brindando cada dos por tres. Con todo, no me pasa desapercibido que Campos no deja de mirar a Adriana. Se nota que no puede estar ni un instante sin ella... y me digo que eso es lo que me gustaría tener a mí, no a un chulo egocéntrico que no ve más allá de su ombligo.

—¿Me estás oyendo?

—¡Sí, ¿qué?!

—Que contigo es otra persona; no sabes la de veces que me ha preguntado cómo tenías el pie.

—No te creo.

—Te lo juro; míralo.

Vuelvo a dirigir la mirada hacia él y la cruzamos; esta vez los dos disimulamos.

—Tonterías. Yo de ti iría a darle un buen beso en los morros a tu marido para que las invitadas dejen de mirarlo.

—No las culpo, yo también sigo haciéndolo; no me acostumbro a tenerlo siempre a mi lado... pero, ya que lo dices, vamos.

Me agarra del brazo y tira de mí para que la siga, y eso hago hasta que llegamos a ellos; una vez allí, Ian le ofrece una copa a ella y después otra a mí.

—Muchas gracias, voy a tener que besarte más a menudo —bromeo sabiendo lo mucho que eso le molesta a Luca.

—Encantado.

—¿Perdona? —Adriana nos mira a los dos esperando una respuesta e Ian comienza a reír a carcajadas, contrarrestando la cara de pocos amigos que

Luca tiene instalada en este momento.

—Tu amiga intentó librarme de una azafata.

—Besándolo... claro, claro, ¡vaya ayuda! —se mofa Adriana; si es que me conoce muy bien y sabe que no pierdo ninguna oportunidad.

—Es lo primero que se me ha ocurrido, me ha dado pena —intento hacerme la niña buena, pero no se lo cree ninguno.

—Pues si vas a besar a todo el mundo que te dé pena...

Sonrí ladina al oír sus palabras; he conseguido lo que quería, que se muriera de celos.

—¿Quieres un beso? Mira que, si tan necesitado vas, no me importa ayudarte.

Campos se ríe, Luca se enfada un poco más conmigo y el resto de los presentes nos miran alucinados, mi amiga entre ellos, que sé que me está analizando para extraer sus propias conclusiones.

—Puede que la que lo necesite seas tú.

Uy, uy, uy, lo que me ha dicho. Está jugando con fuego.

Se acerca, siento su aliento. Todos se giran, disimulando y haciendo ver que no nos ven, y por un momento me da la impresión de que estamos los dos solos. Mi estúpido corazón late con fuerza y por un instante pienso que va a besarme, pero no... Sólo se acerca a mi oído y me susurra.

Capítulo 10

—Tendría que haber bebido mucho para besarte.

—Eso sería si yo te hubiese dejado —le respondo como si nada, consciente de que esa réplica lo ha encendido un poco más.

Dicho esto, me dirijo hasta la mesa donde están ofreciendo jamón ibérico al corte, dejando a Luca con la palabra en la boca, y al poco rato veo que siguen charlando, como si no hubiera ocurrido nada.

«Como echo de menos esto», me digo, y doy un bocado a una loncha de jamón, para luego babear como una niña pequeña... Lo saboreo e incluso cierro los ojos mientras lo mastico, hasta que una presencia consigue que me distraiga.

—Si todo te lo comes así...

—¿Me estás persiguiendo?

—Puede. ¿Quieres que lo haga?

—Haz lo que te dé la gana.

Sé que está sonriendo cuando me doy la vuelta, pero no me importa; en el fondo yo también lo estoy haciendo. Camino apoyando el talón, pero de pronto piso una piedra y me quedo paralizada del dolor que siento en ese mismo instante.

—¿Estás bien? —Miro a Teo y afirmo con la cabeza, pero no lo estoy. ¿Cómo puede doler tanto la rotura de un dedo meñique de nada?—. ¿Quieres que vayamos a buscar otro calzado más cómodo?

—¿Más que éste? —Encojo los hombros, sonriente, al mirarme las zapatillas que me han dejado y él niega con la cabeza, divertido.

—Ya podéis pasar.

Por fin, tras un buen rato en el que hemos podido picar un poco de todo, entramos en el salón, donde tendrá lugar la cena y donde podré sentarme.

No tengo que buscar mi plaza, porque mi amiga, el día anterior, ya me dijo dónde estaría situada, así que, agarrada del brazo de Teo, avanzamos hasta la mesa de los amigos en la que estamos todos ubicados. Mi nombre está justo delante de la silla y a los lados tengo a Ian y Luca; la velada va a ser divertida.

Cuando ellos entran en el comedor se dirigen directamente hacia mí, pues interpretan que su sitio está cerca del mío, y yo les señalo las sillas en las que deben sentarse. Luca, al ver que Ian se instala también junto a mí, frunce el ceño sin darse cuenta, y eso me demuestra lo mucho que le molesta que su amigo esté a mi alcance, pero no dice nada. Se sienta a mi lado y comienza a hablar con las trabajadoras del hotel que están sentadas justo delante de él.

—¿Quieres? —Ian me ofrece un poco de vino y acepto encantada.

Me sirve vino en mi copa hasta que le digo basta y estoy a punto de pegar un trago cuando oigo la voz de Teo.

—No creo que sea buena idea —me regaña, y le pongo cara de pena.

Ante la diversión de Ian, que nos mira mientras le da un trago a su copa, lo imito mientras le guiño un ojo a Teo para que se relaje, indicándole que estoy perfectamente.

El vino es delicioso; leo el nombre en la etiqueta y lo reconozco al instante: es de las viñas del señor Campos... ¡Cómo no, en la boda de su hijo no podía ser de otro modo! Alzo la mirada y veo al susodicho hablando con su hijo, Bruno, y la madre de Adriana. Es muy apuesto; no tengo ninguna duda de que es el hombre perfecto para la madre de mi amiga. Ellos dos no tienen nada que ver con el padre de ella y su actual pareja. Antonia es puro amor, pero una mujer de su casa, de su isla, al igual que él.

Al rato veo cómo Campos se disculpa con los que están sentados a su alrededor y, junto a su recién estrenada esposa, comienzan a pasar mesa por mesa para saludar a todos los invitados. Ríen y dan besos por doquier, hasta que llegan a nosotros y Adriana me pregunta, feliz, si me lo estoy pasando bien. Si ella supiera que llevo toda la noche tirándole los tejos a Ian para fastidiar a Luca... Teo, que me conoce a la perfección, me ha seguido el juego porque sabe muy bien que estoy de broma, pero Luca me ha pagado con la misma moneda, pues no ha dejado de hablar, sonreír e incluso estar pendiente de la recepcionista del hotel, y no es que me importe, pero debo reconocer que tampoco me ha gustado verlo en plan ligón. Me ha confirmado que es un chulo sin escrúpulos, uno de esos de los que tengo que alejarme.

—¡Me debes un baile! —Adriana tira de mi brazo y la sigo sonriente, consciente de que no es un buen día para bailar, pero, si mi amiga me lo pide, lo haré.

Salimos a la pista y, apoyando todo el peso en el lateral de la zapatilla, y viendo las estrellas en más de una ocasión en la que me he olvidado del pie y he apoyado como siempre, logro disfrutar con mi amiga. Luego bailo con varios amigos, hasta hacerlo con Campos, que se preocupa de no pisarme y terminar de rematarme. Cuando creo que ya tengo suficiente y que debo regresar a mi mesa, choco contra alguien que, de pronto, me agarra de la cintura para que no me caiga.

—Soy el único que no ha bailado contigo. —Su voz oscura es inconfundible; ya voy conociéndolo un poco... y cuando usa ese tono es que quiere algo.

—Pues has llegado tarde, necesito sentarme.

—Ni lo sueñes. —Me eleva del suelo y comienza a girar conmigo sobre su cuerpo, hasta el punto de que me arrepiento de haber bebido tanto, porque me

estoy mareando.

—No gires más o me desmayaré.

Se para de repente y mira hacia el exterior; entonces me coge en volandas y se dirige hacia allí a toda prisa.

—¿Mejor? —me pregunta al cabo de unos instantes.

—Mucho mejor.

Respiro profundamente; noto el aire de la brisa que levanta el tul de la falda, pero no me importa.

—Llevas toda la noche provocándome.

Abro un ojo y veo cómo señala mi pierna descubierta.

—¿No será que te provocas solo? —No me responde, pero me mira de arriba abajo de forma lasciva—. Aunque pensaba que habías estado demasiado ocupado como para darte cuenta.

—Sabes que no. Juegas con fuego y no mides las consecuencias. —Se sienta a mi lado, acariciando el largo de mi pierna—. No pienso seguir si tú no me lo pides.

—No voy a pedirte nada —respondo con la respiración agitada, mordiéndome el labio, contemplando cómo su dedo juega con mi piel y deseando que siga paseándolo por todo mi cuerpo.

—No te voy a tocar un pelo más hasta que me lo ruegues.

—Espera sentado, entonces. —Se me escapa una carcajada al tiempo que se me pone el vello de punta cuando su dedo se aproxima peligrosamente a mi muslo.

—Sólo dime lo que quieres. —Veo que Ian sale también y, al descubrirnos, nos mira fijamente, hasta que nos saluda y entra de nuevo—. ¿Lo quieres a él?

—¿Y si os quiero a los dos? —pruebo; quiero saber hasta dónde puedo llegar.

—No me va eso de compartir.

—¡Qué pena! La verdad es que a mí no me importaría, pero sólo si sois vosotros dos. —Luca se pone de pie de golpe y camina unos pasos—. ¿A

dónde vas? —Lo sigo para que se detenga, para aclararle que estaba bromeando, pero, antes de que pueda soltar una sola palabra, se da media vuelta y me coge en volandas, esta vez para besarme.

Agarro su cuello con fuerza; siento cómo sus labios pasean por los míos, cómo nuestras lenguas se enredan y respiramos forzados.

—Noelia... —Me mira a los ojos y veo esa mirada oscura que tanto me pone; mi corazón late tan fuerte que siento que se me va a salir del pecho—. Me prometí alejarme, no jugar contigo, pero me tientas, me vuelves loco.

Acallo sus palabras con un beso igual de intenso que el que me acaba de dar y noto cómo me apoya contra una pared, cómo su cuerpo busca el roce del mío, y así permanecemos unos instantes, mirándonos a los ojos, asintiendo en silencio. Luego me coge en brazos hasta llegar a su coche y, a toda velocidad, nos alejamos de la playa.

—Dime que tienes una gran cama.

—Y un *jacuzzi* —responde colando su mano derecha por debajo de mi falda y sintiendo la humedad de mi sexo.

—¡Joder!

—Eres una deliciosa malhablada. —Chupa los dedos que acaba de sacar de entre mis piernas y contemplo cómo los saborea un segundo antes de pegar un volantazo y después un frenazo, para lanzarse de inmediato a mis labios—. No voy a aguantar: te quiero aquí y ahora.

Se desabrocha el cinturón y lo miro; sonrío, lasciva, porque sé lo que está a punto de ocurrir... Veo cómo asoman sus bóxers negros y, agarrándolo por la cinturilla de los mismos, lo ayudo a bajárselos mientras él se encarga de los pantalones; hecho esto, se sienta y me invita a colocarme a horcajadas encima de él. Me cuelo y acaricio el largo de su miembro entre mis manos; entonces lo miro a los ojos y, por primera vez, siento que me voy a morir, que ni yo misma he sido consciente de lo mucho que deseaba este momento.

Su mano atrapa mi braguita para tirar de la tela y hacerla trizas. Luego me sujeta una de las manos y me entrega un preservativo; no sé de dónde lo ha

sacado, pero ahora mismo eso no me importa. Se lo coloco, tras rasgar primero el envoltorio con los dientes, provocando una erección que consigue encender cada poro de mi piel y humedecer por completo mi sexo. Me paro de repente y él me mira confuso; entonces llevo su miembro hasta la entrada de mi interior y mis labios se separan conforme siento que se introduce sin ningún tipo de esfuerzo, arrancando un gruñido de su garganta que no voy a olvidar en toda mi vida. Clava sus manos en mis caderas para obligarlas a moverse... ¡y vaya si lo hacen!, sin importarles que pueda pasar cualquier coche por nuestro lado, sin miedo a que la oscuridad de la noche esté siendo testigo de nuestro deseo.

Mi cuerpo se mueve desesperado, pasea por el largo de su miembro buscando un placer que hasta este instante jamás había experimentado, no de este modo, no hasta el punto de perder la razón. Sus labios me besan, me muerden, y veo cómo cierra los ojos cada vez que el placer lo supera, porque ambos sentimos lo mismo; lo detecto en su forma de mirarme, de tocarme y, sobre todo, en cómo comienza a apretar mi cintura cuando sabe que mi orgasmo está llegando y está forzando el suyo... hasta que los dos quedamos abatidos, laxos, con la respiración entrecortada... y no puedo hacer más que apoyarme en su hombro. Permanezco así unos segundos, en los que él besa mi hombro al tiempo que acaricia mi muslo.

—No he acabado contigo, pequeña malhablada.

Se me escapa la sonrisa cuando lo oigo hablarme de ese modo tan tierno.

—Pues no esperemos más. —Me sitúo en mi asiento y veo cómo abre la guantera del descapotable para ofrecerme un pañuelo—. Vas preparado por el mundo, ¿eh?

—Nunca se sabe lo que va a pasar. —Lo miro con cara de «eres muy idiota», pero, lejos de intentar justificarse, emite una carcajada y se dispone a limpiarse antes de volver a vestirse—. No sé qué tiene esta isla que siempre que he venido me ha cautivado.

—¿Has estado aquí muchas veces?

—Alguna que otra, con Campos; la primera vez fue cuando me ofreció que me hiciera cargo de instalar todo el tema de la domótica y la seguridad a su centro de yoga.

—Ah, claro... Ahí lo conocí a él.

—Y ahora... míralo. —Niega con la cabeza, divertido, y resulta evidente que se alegra mucho por él, por la felicidad de su amigo—. Siempre pensé que terminaría con Nina y ésta lo desquiciaría, pero no, por suerte apareció Adriana. —Se enciende un cigarrillo y da una primera calada bien larga mientras sale del vehículo.

—Pensaba que no fumabas. —Salgo del coche para seguirlo, le quito el cigarrillo de la mano y le pego otra bajo su atenta mirada.

—Y yo, que tú tampoco.

Encojo los hombros antes de responderle:

—Sólo en ocasiones especiales.

—Así que ésta lo es.

—¡Claro!, es la boda de mi mejor amiga, ¿te parece poco?

No contesta nada, vuelve a fumar y se apoya en la puerta del descapotable para mirar al frente. Estamos en una carretera en medio de la nada, donde ahora mismo lo único que se ven son las estrellas y los matorrales que se levantan delante de nosotros.

—Si quieres, volvemos.

Lo miro alucinada; no entiendo por qué me ha hecho este comentario.

—La verdad es que ya no me apetece. —Se me escapa una carcajada y me separo del coche, caminando con el lateral de mi pie, consciente de que me está observando y de que mis andares, ahora mismo, no son los más elegantes del mundo—. Y, además, me has dicho que no habías acabado conmigo... Quiero comprobar si eres capaz de cumplir tus palabras.

—¿Lo dudas?

—Por supuesto. Dime de qué presumes y te diré de qué careces. — Mientras estoy diciendo esto, se aleja del coche y viene hacia mí dando pasos

lentos, y mi estómago comienza a contraerse debido a la excitación que siento en este instante.

—Creo que te confundes de persona.

—Espero, porque, como me defraudes y se lo cuente a mi mejor amiga, te aseguro que serás el hazmerreír de tus colegas.

—Te aseguro que no te van a quedar ganas de hablar de mí en mucho tiempo.

Me coge de la cintura para ponerme frente a él, antes de volver a besarme, esta vez mucho más pausado, para que pueda saborearlo bien... y de pronto me doy cuenta de que nadie me ha besado jamás como él.

—Pues a qué esperas... —me envalentono, para dar luego un paso frustrado hacia el descapotable, pues el dolor que siento en el pie me hace detenerme y cagarme para mis adentros en mi dedo durante unos segundos, los suficientes como para que se dé cuenta y me atrape de los muslos para llevarme hasta el coche sin necesidad de caminar—. Cómo odio este pie...

—Tienes una rotura, ¿qué esperabas? Deberías estar haciendo reposo y no has dejado de brincar.

—¿Con estas zapatillas tan monas?

Los dos las miramos y nos reímos.

—Te quedan bien; es más, te voy a regalar unas iguales.

—Pues anda que te estiras tú mucho con los regalos.

Me deja caer sobre el asiento y, tras guiñarme un ojo, rodea el vehículo y retoma la dirección que habíamos cogido al principio... hacia su hotel.

Capítulo 11

—Tú primera.

Entro en el ascensor y me coloco al fondo para ver cómo me sigue y se apoya en un lateral del cubículo sin dejar de observarme, mientras ascendemos hasta la tercera planta. Trago saliva cuando oigo el sonido de las puertas abriéndose.

Él ni se mueve, espera que salga bajo su atenta mirada, y yo, más nerviosa de lo que debería estar, camino sin saber muy bien hacia qué puerta dirigirme; avanzo hasta llegar a la última y, una vez allí, me dispongo a darme media vuelta para preguntarle si es ésa cuando, de repente, noto cómo me gira y se abalanza sobre mí para besarme.

Así permanecemos unos instantes, hasta que rebusca en el bolsillo de su chaqueta, torpemente, y al fin da con la tarjeta que ejerce de llave; abre la puerta sin dejar de besarme, sin dejar de guiarme, hasta que topo con la cama, donde caigo de espaldas. Desde allí, contemplo cómo se quita la americana; luego se desabrocha, lentamente, los botones de la camisa, se deshace del cinturón, se suelta el botón del pantalón y, cuando siento que voy a morir de impaciencia, da un tirón a mi falda de tul, bajándomela hasta los tobillos. Me quedo solamente con el corpiño puesto, y percibo que él no deja de mirar mi sexo desnudo. Deduzco que ha llegado el momento, que por fin voy a volver a sentir su cuerpo sobre el mío... pero no es así. Vestido solamente con sus bóxers, se dirige hasta una pequeña nevera, saca de ella una botella de champán, la abre, coge dos copas que reposan sobre la mesilla de noche y llena una, que me ofrece a continuación.

Estoy tan impaciente que, ante su sorpresa, me la bebo de un único trago,

sin poder evitar que una gota caiga por mi barbilla hasta precipitarse por mi escote, provocando que Luca deje de beber para besar mis pechos, como necesitaba que hiciera.

—Hacía tiempo que nadie se me resistía tanto.

Me da un mordisco en los labios y rodeo su cintura con mis piernas.

—Yo no soy como las Barbies con las que te acuestas.

Recibo una mirada lasciva por su parte, y un cachete en el culo en señal de reprimenda.

—¿Y serás igual de pesada que ellas cuando nos despertemos?

Su pregunta dice mucho de lo que piensa, de lo que me está dando a entender... y eso es que siempre le van detrás, y yo no voy a ser una más, y mucho menos iré tras sus pasos.

—Igual soy peor que todas ellas —respondo, y nos besamos con deseo, enrollando nuestras lenguas, gimiendo excitados.

—Eso me lo imagino...

Muerde el lóbulo de mi oreja y elevo las caderas en señal de que necesito mucho, muchísimo más.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —le pregunto cuando atrapo su cabello entre mis dedos y baja peligrosamente hasta mis pechos.

—Porque, aunque no quiera verte —me da un pequeño y sensual mordisco —, te veré siempre... por el jardín —desanuda el corpiño y siento cómo la presión de mis pechos se libera—, desde mi despacho —comienza a desenlazar la tela—, con esas posturas que me vuelven loco —lo abre por completo y mira mi cuerpo con deseo—, cuando saque la basura...

—¿Supone eso un problema para ti?

—Puede... —coge la copa que tiene a su lado, esa que instantes antes había dejado en la mesilla, y se moja los dedos para acariciarme luego los pechos con ellos... y gimo, cierro los ojos y me olvido de lo que le iba a responder en ese mismo momento—, pero... —No termina la frase, porque su móvil

comienza a sonar y los dos nos miramos, incrédulos, sin creernos que este momento tan caliente lo esté cortando su puñetero teléfono.

Se pone de pie corriendo y, tras sacarlo del bolsillo de su pantalón, mirar la pantalla y descubrir quién es, me hace un gesto que indica que debe responder y yo, también sin palabras, acepto, afirmando con la cabeza.

Mientras él sale a hablar a la terraza en ropa interior, observo las dos copas, relleno la mía y me la bebo de nuevo.

Tengo mucho calor.

Después me bebo también su copa, sin importarme que haya metido los dedos en ella.

Miro hacia la terraza y lo observo mientras conversa muy serio; de pronto mira hacia dentro y me ve, y le hago un gesto para indicarle que esté tranquilo, que está todo bien, pero no es así. ¿En serio tenían que fastidiarme el polvo? Espero que, al menos, sea algo muy importante. Voy hasta la cama y me dispongo a llenar las copas cuando, a desgana, dejo la que llevaba en la mano sobre la mesilla y, sin importarme que me pueda ver o no, bebo directamente de la botella, varios tragos, manchándome el pecho. Aunque sé que no debería beber más, porque ya estaba bastante perjudicada cuando he llegado a la habitación y aquí llevo ya lo mío, sigo para enfriarme, para que mi cuerpo deje de estar excitado... y vaya si lo consigo, tanto que me tumbo a esperarlo sin poder evitar que se me cierren los ojos.

Siento que me acarician, pero estoy muy cansada. Me susurran al oído y me encojo porque me hacen cosquillas. Procuro abrir los ojos con todas mis fuerzas y lo consigo a duras penas, y entonces lo veo frente a mí. Me está pidiendo disculpas por haber tardado tanto, y lo beso. Tengo una nube en la cabeza y apenas soy consciente de lo que hago, pero mi cuerpo se encarga de trabajar por mí. Grito cuando lo siento en mi interior y en cada embestida.

Cierro los ojos y él me pide una y otra vez que los abra, que no me duerma, y me susurra unas palabras al oído que jamás hubiera soñado oír.

Tiemblo, sudo, me acoplo a su pecho y esta vez cierro los ojos sin que nadie me lo impida.

—Está en mi casa, debo ir... —oigo la voz de Luca muy suave. Abro los ojos y lo veo mirando a través del ventanal; no sabe que estoy despierta—. Consígueme un vuelo para hoy mismo, por favor... —No me muevo, no quiero que sea consciente de que lo estoy escuchando—. Aquí, lo sé... —Veó que se lleva una mano a la cabeza, parece nervioso—. ¿Me puedes hacer el favor y darme la charla en un rato, cuando me haya despertado?

No sé con quién habla, pero está atento a lo que le dicen justo antes de dar las gracias y colgar. Cierro los ojos y me hago la dormida... hasta que oigo que abre una maleta.

—¿Te vas?

—Creía que estabas dormida.

—Lo estaba. —Me siento en la cama, me tapo con la sábana y me froto las sienes—. ¿No tendrás algo para la resaca?

Niega en silencio mientras sigue guardando las pocas cosas que se ha traído. Me levanto para ir al baño, cogiendo mi ropa por el camino.

Cierro la puerta y me miro al espejo. Vaya desastre de pelos, de cara... Es normal que ni tan siquiera me mire, ¿cómo va a hacerlo si soy lo menos sexy que hay de buena mañana? Veo sobre el lavabo dos cepillos de dientes y cojo uno para eliminar cualquier resto de vino, champán y otro tipo de alcohol de mi boca.

Veó la ducha y no lo dudo un segundo: me adentro en ella rápidamente y, en apenas cinco minutos, estoy frente al espejo con otro rostro, uno totalmente renovado.

Entro en la habitación y lo descubro otra vez hablando con alguien por teléfono. Cuando me ve, finaliza la llamada y nos miramos a los ojos; intento analizarlo, saber cómo debo actuar.

—Tengo que irme, me ha surgido... trabajo, así que voy a coger el primer vuelo hacia Los Ángeles.

—No tienes que darme explicaciones —le aclaro, mintiéndome también a mí misma, porque siento que he cometido el peor error de mi vida, que Luca no es sólo un polvo de una noche, que mi maldito estómago se ha revuelto desde el instante en el que ha sido consciente de que se marchaba—. Me voy a mi casa a cambiarme y a despedir a los tortolitos.

Actúo como si no me importara que se fuera, como si estuviéramos hablando el día anterior, cuando todavía no había probado sus besos, ni había descubierto lo habilidosas que son sus manos, pero eso es lo que él esperaba de mí. Recuerdo perfectamente que anoche me preguntó si iba a ser igual de pesada que ellas, y no, no tengo intención de serlo.

—¿Te llevo?

—Tienes prisa. Será mejor que te vayas, cogeré un taxi.

—¿Estás bien? —Me mira fijamente y asiento tragando saliva—. Noelia...

—A ver si vas a ser tú el que se cuelgue de mí y no me vas a dejar en paz. —Consigo que se ría y camina hacia mí para besarme como sólo él sabe hacer, y yo pienso que he sido una verdadera estúpida—. ¿Te quieres largar de una vez y dejar de acosarme ya?

Lo separo a regañadientes pero disimulando y soy testigo de cómo desaparece maleta en mano. Me quedo en la habitación, mirando al vacío y sin saber muy bien qué debo hacer.

—¿Luca? —oigo la voz de Ian y el sonido que hace al llamar a la puerta y, sin pensármelo dos veces, abro—. Noelia, perdona...

—¿Me llevas a casa?

Le pongo cara de pena y él asiente sin dudarlo un segundo.

—¿Lo tienes todo?

Miro el bolso que cuelga de mi hombro y, cuando dirijo la vista hacia atrás, observo cómo se detiene junto a la copa y la botella vacía que hay en el suelo; luego mira la que aún permanece en la mesilla de noche.

—Sí, ya podemos irnos.

Cierro la puerta y los dos avanzamos en silencio hacia el ascensor. Para él resulta evidente que me he acostado con su amigo, y también le ha quedado claro que éste ha salido corriendo. De todas formas, la verdad, ahora mismo no me apetece hablar mucho.

Ian pulsa el botón del subterráneo y bajamos sin decir palabra alguna hasta que descubro ahí el descapotable de Luca, aparcado donde lo dejamos anoche.

—La empresa de alquiler vendrá a buscarlo en un rato. —Ian es el que me saca de dudas, sin haberle preguntado al respecto; sabía que estaba dudando acerca de qué hacía el coche ahí. Veo el asiento del conductor y recuerdo sus ojos a apenas unos centímetros de los míos. ¿De verdad lo de ayer se va a quedar en nada?

Supongo que no soy la única que se ha sentido así tras pasar una velada con él. Muchas serán las que le hayan preguntado «y, ahora, ¿qué?» y no hayan obtenido respuesta, o simplemente no lo han vuelto a ver. Sólo de pensar en ello, se me encoge la tripa y se me encharcan los ojos, pero no quiero que Ian me vea llorar, y mucho menos que le diga nada a él.

Cuando se para frente al vehículo, se me escapa la risa; es el mismo coche.

—Os hacen descuento al alquilarlos, ¿no?

Él también se ríe.

—La verdad es que no; la próxima vez lo pediré.

Nos montamos en el vehículo y siento que estoy en el mismo que con Luca, pero él ya no está y, al mirar a Ian, desde luego no experimento lo mismo que el día anterior. Si en algún momento llegué a pensar que podría estar con cualquiera de los dos, ahora ya no lo hago. Ian es guapísimo, un moreno de infarto, pero Luca tiene una mirada que sólo la encuentro en él.

—¿Me das tu dirección? —oigo su voz, pero no le hago ni caso; sigo con la mirada perdida—. ¿Noelia?

—¿Qué? Perdona.

—No sé dónde vives

Asiento y, rápidamente, tecleo mi dirección en el navegador del coche para que me pueda llevar.

Capto el rugir del motor y lo miro sonriente; me encanta ese sonido. Salimos del parking bastante rápido y no me sorprende la seguridad con la que conduce. Sin embargo, decido picarlo un poco.

—Pensaba que sólo se te daban bien los aviones.

—Todo lo que se tenga que pilotar es lo mío.

Me agarro a la puerta cuando se cierra en una curva para adelantar a una guagua, —así es cómo llamamos a los autobuses en Canarias—, y disfruto del viaje hasta llegar a mi casa.

—No es necesario que me esperes. Puedo coger un taxi para ir a despedirme de Adriana y Campos.

—Sube y cámbiate; iremos juntos a ver a los recién casados.

—Entonces... mira, aparca ahí y sube conmigo. No pienso dejarte esperando en la calle; si lo hago, me pondré nerviosa.

—Está bien.

Estaciona donde le he dicho y me sigue hasta el interior de mi casa.

Mi madre, al verlo, se queda boquiabierta. Sé que se está reservando para soltarle una de las suyas y la temo, pero así es Consuelo... y no pienso esconderme ante nadie de ella.

—Mamá, éste es Ian, un amigo de Campos y Luca.

—Encantada. ¿Quieres comer algo?

—No, gracias.

—No tardo.

Mi madre, como anfitriona de la casa, le enseña el salón y lo invita a sentarse en el sillón. Mi padre lo saluda con un simple «hola», como si no hubiera venido nadie a casa, y sigue mirando la tele.

Voy a mi habitación, rebusco en mi maleta, me pongo unos tejanos con sandalias, para poder caminar mejor, junto a una camiseta blanca y una americana azul cielo que me encanta y me recojo el pelo en un moño bajo,

pues siempre me ha encantado cómo me queda. Para terminar, me maquillo un poco. Luego salgo al salón, donde Ian está comiendo un pastel hecho por mi madre.

—Mamá, no lo estarás obligando, ¿no?

—De verdad, ¡qué poco conoces a tu madre! Por cierto, ¿dónde has pasado la noche? —La miro con los ojos bien abiertos al ver que Ian mira hacia otro lado, intentando hacerle comprender que la pregunta, en estos momentos, está fuera de lugar.

—¿En una boda?

—Sí, claro, toda la noche y media mañana, ¡que yo también he sido joven! —replica justo antes de irse hacia la cocina, y miro a Ian, que ya no puede más y comienza a reírse y yo con él, porque no puedo hacer otra cosa.

—Cuando quieras, nos vamos. —Asiente y no sabe dónde dejar el plato, así que me adelanto y se lo cojo de las manos para llevarlo a la cocina y así despedirme de mi madre—. Mami, esta noche haz cena; no pienso moverme del sofá hasta que salga mi vuelo.

—Ay, hija, un día solamente... podrías haberte quedado por aquí unos días más.

—Tengo trabajo.

—Estás lisiada. ¿Una baja laboral?

Se me escapa la risa y niego con la cabeza, dándole luego un abrazo y saliendo por la puerta.

—Ten cuidado con tanto hombre, no te vayas a confundir.

La vuelvo a mirar y, tras negar en silencio y ver cómo se muere de la risa, salgo de la cocina hacia la puerta principal, donde ya me espera Ian.

—Adiós. Cuando vuelvas, te haré otro pastel de esos.

—Gracias, señora.

Vamos directos a casa de Adriana, donde hemos quedado para despedirnos, porque ellos se marchan hoy de luna de miel. Han decidido viajar a Japón y,

después, perderse por los miles de islas que conforman Filipinas. Adriana me ha confesado que, allí, hubo un antes y un después en su relación.

Capítulo 12

—Pero ¿dónde te metiste anoche? —me dice Adriana nada más verme, y yo abrazo a mi amiga para que deje de hablar tan alto delante de tantas personas —. Bueno, no me lo digas, ya sé quién desapareció también —me susurra al oído justo antes de mirarnos a los ojos y que las dos sonriamos como dos crías.

—Disfruta de tu luna de miel y ya te contaré.

—Sólo dime si... —La miro con cara de «¿ahora?» y, tras un suspiro, afirmo con la cabeza—. Lo sabía. Ains..., al final te quedarás a vivir allí para siempre.

—No digas tonterías. Sólo ha sido una noche.

—Sabemos que no.

—¿Podemos hablarlo en otro momento y otro lugar?

Me giro para que vea a sus padres, a sus suegros y, finalmente, a su recién estrenado marido, que luce una sonrisa gracias a la cual todos deducimos que su noche de bodas ha sido mágica.

—Quién la ha visto y quién la ve —me dice la hermana de Adriana; la verdad es que la miro y parece otra persona.

—Eso mismo podríamos decir de ti. ¿Cómo te va por la India?

—Genial. He encontrado mi lugar, no sabes lo importante que es nuestra ayuda.

—Cuánto me alegro por ti, Idaira. Cuando tu hermana me lo explicó, pensé que te había dado una chaladura de dos días, pero nos has demostrado a todos que no era así.

—Gracias.

—No tienes que dármelas.

Las dos somos testigos de cómo todos comienzan a despedirse de los novios, que ya tienen las maletas metidas en el coche, y esperamos nuestro turno.

Ian espera a mi lado, e Idaira no deja de mirarlo; no me extraña. Sin embargo, conociéndolos a ambos, concluyo que no tienen nada en común. La madre de Adriana se despide feliz de la vida, al contrario que Antonia, que llora desconsolada, como si no se volvieran a ver, en contraste con la madre de Campos, que parece que esté más que acostumbrada a estar lejos de su hijo y por eso se mantiene en un segundo plano, al lado de su exmarido y padre de Bruno, que está pendiente de su nueva pareja, la madre de Adriana. Mi amiga es la única persona que conozco que tiene un culebrón dentro de su propia familia; creo que, si tuvieran perro, éste tendría alguna relación con alguno de ellos.

—Quiero que hagas miles de fotos —le pido cuando me toca el turno.

—Las colgaré en Instagram, te lo prometo. —Me abraza y nos miramos a los ojos—. Cuídate mucho, y no dejes que Luca juegue contigo.

—Sabes que no pienso dejar que lo haga.

Nos volvemos a abrazar y, al unísono, nos decimos al oído que nos queremos y que nos veremos pronto.

Tras acabar de despedirse de todo el mundo, se montan en el coche. Campos se encarga de hacer sonar el claxon varias veces mientras se alejan y todos les decimos adiós con la mano.

—¿Ya estás aquí?

—Sí, me ha traído el padre de Adriana en coche. Estoy deseando comer y tirarme en el sofá.

—No has dormido nada, ¿verdad?

—Muy poco...

—Esta juventud alocada. ¿Qué tal es el amigo? —Me da un codazo justo cuando me dejo caer en el sillón y me sigue para sonsacarme información.

—Mamá, estoy cansada.

—Hija, la sin hueso no se cansa.

—No te creas, que depende de cómo...

—¡Noelia! Te doy, ¿eh? —Me regaña levantando la zapatilla, y no paro de reírme a carcajadas, hasta el punto de molestar a mi padre, que se marcha del salón enfadado por haberle roto su tranquilidad.

—Venga, ¿qué quieres saber?

—Cuánto te duele la patata frita por su culpa.

—¿La patata frita? ¿Has dicho eso? —Vuelvo a troncharme, esta vez llorando de la risa que me provocan las ocurrencias de mi madre.

—Que poco sería eres —me suelta toda indignada, y es cuando dejo de carcajearme y me sincero con ella.

—Mamá, tiene a las mujeres que quiere, y paso de ser una más. Con él nada es serio, todo es vivir la vida, y yo, en el fondo, no quiero eso.

—Hija, todos maduran. Te voy a contar algo... —Mira hacia el pasillo y, tras esperar unos segundos, supongo que para comprobar que mi padre no la oye, se sienta a mi lado y, en voz baja, me dice—: Cuando vi a tu padre por primera vez, yo era una jovencilla enamorada de la vida que no sabía nada del amor. Iba vestida de fallera, era el gran día y estaba muy nerviosa, tanto que no me di ni cuenta de que estuvo persiguiéndome todo el día. Imagínate, andaba preocupada por mi vestido, el peinado... ¡como para mirarlo a él!, pero, cuando la fiesta terminó y los padres nos dejaron un rato a solas, nos juntamos todos los chiquillos... y ahí fue cuando el muy canalla me robó un beso para darle celos a una chica.

—¿Papá?

—El mismo. Estaba intentando ligarse a una muchacha y me utilizó; eso lo descubrí después, porque mi mejor amiga me lo explicó, y menos mal que fue

a toro pasado, si no llega a ser así... imagínate el bochorno que habría pasado.

»Él, en ese entonces, era bien guapo. No lo volví a ver hasta el año siguiente y para entonces ya estaba hecha una buena moza, mucho más guapa, y, cuando nos vimos, él se me quedó mirando, tanto que aquel año fui yo la que besó a otro chico para vengarme de él... y vi en su cara cómo le dolía, pero debía hacérselo para que sintiera lo mismo que sentí.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Se pasó un año entero detrás de mí, hasta que decidí hacerle caso y nos hicimos novios... y míranos ahora.

—Estáis bien.

—Estamos aburridos.

Siento la desgana de mi madre y me duele en el alma. Jamás me había explicado cosas así, y no me gusta saber que la monotonía les está pasando factura.

—Salid de viaje. ¿Cuánto hace que no os movéis de aquí?

—El año pasado fuimos a Valencia.

—Mamá, una isla...

—Hija, ya vivimos en una.

—Otra, fuera de casa. A un hotel en el que os lo hagan todo, donde podáis bailar, beber, reír... No sois viejos como para pasaros la vida encerrados y aburridos en casa.

—No sé, me lo pensaré.

—Así me gusta, pero, mientras lo meditas, prepárame algo de comer.

Le pongo cara de pena y la pobre asiente feliz y se va a la cocina, donde sé que me va a hacer algo con lo que me voy a chupar los dedos; luego tengo intención de irme a la cama, a descansar todo lo que pueda; paso del sofá.

—¿Lista para regresar a Los Ángeles? —me plantea Ian cuando cierra el

maletero y me ve en los brazos de mi madre.

—Sí, con ganas de volver al curro. —Le doy un beso a mi padre en la mejilla y le guiño un ojo a mi madre antes de decirle—: Yo de vosotros aprovecharía que estáis solos para viajar a algún lugar especial.

—Anda, vete ya, que vas a perder el vuelo, y eso sí que debe de ser caro. —Noto claramente que mi madre quiere que me calle y no toque ese tema.

—¡Qué va!, Ian nos conseguiría otro, aunque tuviéramos que ir metidos en cabina —bromeo, provocando que ella sonría y olvide por un instante el mal trago de que su única hija vuelva a irse.

—Puedo conseguir algo mejor, no le haga caso a su hija.

Ian estrecha la mano a mi padre y a mi madre le da dos besos, sin que ella pierda la ocasión de achucharlo un poco. Si es que mi madre no tiene remedio.

Nos montamos en el descapotable y, tras las gafas de sol, disfruto del aire que impacta contra mis mejillas y de cómo mi melena castaña vuela libre con el viento; durante el trayecto, muevo la cabeza al ritmo de la música que suena en el equipo; en este momento, una canción muy relajante, que me ha cautivado desde el primer segundo que la he oído.

—Te veo muy contenta.

—Es que he dormido tanto hoy... Supongo que es eso.

—Me alegra verte así, y no como estabas ayer.

—Lo siento, fue un día raro.

No quiero dar explicaciones, y mucho menos hablar más de la cuenta del desaparecido en combate; sé que son muy amigos y se defenderían el uno al otro sin dudarlo.

—Luca tuvo una urgencia, por eso se marchó tan rápido.

—No tienes que darme explicaciones; él ya me lo dijo, y la verdad es que me da igual. —¡Cómo me va a dar igual! Si es que debería ser actriz, porque mentir se me da de fábula—. Que quede esto entre nosotros: Luca y yo no podríamos estar juntos.

—Y, eso, ¿por qué?

—Nos mataríamos el uno al otro.

Le señalo mi nariz y sonrío justo antes de volver a concentrarse en la conducción.

No entiendo cómo lo hace Ian; yo no soy persona tras dos vuelos tan largos. Estoy medio zombi en su todoterreno, que hemos recogido del hangar de Los Ángeles, y me está llevando a casa. Ha insistido en traerme, aunque a mí me sabe fatal que el pobre no se haya ido a casa a descansar; sé perfectamente que al día siguiente le espera otro largo vuelo, en este caso hacia Asia, y lo último que quiero es que vaya cansado. Eso pondría en riesgo la vida de muchas personas.

Cuando para frente a mi puerta, lo primero que hago es mirar hacia la de Luca. No parece que haya nadie. Me doy la vuelta y veo que Ian me está observando; sabe perfectamente que estaba buscando con los ojos a su amigo, pero no dice nada y se lo agradezco.

—¿Estarás bien?

—¿En mi cama, calentita, durmiendo...? —Sonríe—. Por supuesto, sobreviviré.

—Entonces no te molesto más, descansa.

Bajamos del vehículo, me deja mi equipaje al lado de la puerta de mi casa y se dirige otra vez al todoterreno. Le digo adiós con la mano y saco las llaves del bolso para poder entrar. Me apoyo en la puerta y miro hacia delante; es una casa preciosa, seguro que carísima, pero no la siento mía.

Me gustaría tener un hogar con mis fotos, con detalles que hubiese elegido personalmente, incluso pondría un ramo de flores frescas cada día, y... si me apeteciese, podría cambiar los muebles sin pedir permiso.

Dejo la maleta abandonada en el recibidor, camino hasta llegar al sillón y me dejo caer en él. Saco el teléfono del bolso y miro las fotos del enlace; al

final hice muchas... Las hay de la ceremonia, del convite y del baile, en estas últimas haciendo el tonto. En muchas de ellas aparece Luca, aunque no a mi lado, sino en un segundo plano, pero sale muy guapo.

Me levanto para dirigirme a la puerta acristalada y accedo al jardín. Desde mi posición veo su salón, que permanece a oscuras; obviamente no hay nadie... No tengo ni idea de si ha vuelto o no de España; quizá ha tenido que irse a otro lugar, a uno que desconozco.

La brisa nocturna comienza a correr y me encojo cuando el aire me provoca un escalofrío. Sin dejar de mirar hacia su casa de tanto en tanto, entro en el salón y cierro la puerta acristalada para dirigirme a la cocina.

Cuando abro la nevera me doy cuenta de que, una vez más, no hay nada para comer, al menos nada que me apetezca. Veo justo al lado el folleto de la pizzería y lo cojo para leerlo, aunque en el fondo lo único que hago es recordar el día en el que le pedí una. Se me escapa una pequeña carcajada cuando rememoro a la Barbie huyendo del *pepperoni*; si es que no se puede ser más tonta.

Al final he subido la maleta y me he dedicado a deshacerla mientras hago tiempo para que llegue la pizza que he pedido, la misma que elegí para Luca y su *amiga*. Bajo de la habitación y, justo cuando me voy a lanzar al sillón, llaman a la puerta.

—¿Desde cuándo comes *pepperoni*?

El repartidor de la pizzería levanta la mirada y, al verme a mí y no a Campos, se queda parado y mudo.

—La verdad es que desde hace siglos.

—Perdona.

—Tranquilo. ¿Qué te debo?

—Veintidós dólares.

Le entrego el dinero, incluyendo una buena propina, porque prefiero tenerlo de mi parte, ya que nunca se sabe cuándo lo voy a poder necesitar, y me acomodo sobre la alfombra del salón para comérmela yo solita.

Bocado tras bocado, miro y remiro las fotografías que mi amiga ha ido colgando de su viaje. Me dan una envidia espantosa... Los dos salen perfectos, y sus miradas son tan cómplices, denotan tanto amor, que me alegro por ellos, y espero y deseo que sigan así durante años y años.

Aburrida del silencio reinante, enciendo el televisor y me quedo mirando un programa en el que reforman casas; veo una tras otra, hasta que el cansancio del viaje puede conmigo y me quedo dormida tumbada en el sofá.

Cuando abro un ojo son las siete de la mañana. Me estiro con todas mis fuerzas y siento el dolor de mi dedo roto. Me incorporo para analizarlo y compruebo con espanto que todavía está bastante inflamado. ¡Qué mala pata he tenido! Lo apoyo en el suelo y aún me duele lo suficiente como para no poder dar clases, así que, sin otro remedio, tendré que pedir a mis compañeros que me sigan cubriendo.

Me voy directa a la ducha para arreglarme y comenzar el día.

—¿Cuándo has vuelto? —Erika se cuela en el despacho donde estoy comprobando si se han inscrito nuevos clientes en mi ausencia—. Pensaba que te reincorporabas mañana.

—Me aburro en casa, así que prefiero estar aquí y ponerme al día, aunque tenemos un pequeño problema... —Alzo la pierna señalando el extremo y la pobre me mira atónita—. Me he roto el meñique del pie, y no me veo haciendo la posición de tabla en este estado.

—Pues mira, estás de suerte: ayer vino una chica ofreciéndose para hacer unas prácticas.

—¿Prácticas? —No se me había ocurrido, la verdad, pero, ahora que lo menciona, puede ser una buena idea—. ¿Tiene algún tipo de formación? ¿Ha hecho prácticas antes? ¿Qué te explicó, algo interesante?

—Me dejó su currículum. Espera, que te lo traigo.

—Todo informatizado, ¿lo recuerdas?

Soy consciente de que soy muy pesada con este tema, pero debemos ser muy metódicos y organizados, y la tecnología en estos momentos juega a nuestro favor, no sabemos cuándo podemos necesitar la información.

—No me ha dado tiempo a introducirlo todavía; por eso lo tengo guardado, para hacerlo en cuanto tenga un hueco —se disculpa mientras veo cómo sale hasta la recepción y coge un papel que tiene guardado en un cajón—. Es esta chica; me pareció maja, ciertamente, y está dispuesta a venir días puntuales... Para cubrir bajas o cualquier circunstancia imprevista nos vendría genial.

Reviso su currículum y me sorprendo de la cantidad de cursos que ha realizado; además, me gusta cómo ha enfocado su presentación.

—La voy a llamar.

—¿Cómo ha ido la boda? —Sé que está impaciente por saber detalles, pero Campos es su jefe, así que no creo que deba dar demasiados—. ¿Estaba allí tu vecino Luca?

—Es su mejor amigo, ¿cómo no va a ir? Había muchos invitados.

—Como todos sean iguales que...

—¿No tienes una clase que dar?

La miro fijamente y ella capta perfectamente que no pienso hablar de ellos, así que sale del despacho hacia el privado, para cambiarse de ropa y estar lista cuando lleguen los clientes.

Me centro en revisar las facturas y los gastos mensuales del centro. Este tipo de temas no me gustan en absoluto, pero son muy importantes y es preciso tenerlos controlados..., tanto que tomo mis primeras decisiones, como recortar

alguno que me parezca innecesario o excesivo. El primero que me llama poderosamente la atención es uno relacionado con mejoras tecnológicas; estudio las facturas de la empresa que aparece bajo ese epígrafe y busco el teléfono de la misma en los papeles.

Lo primero que hago es llamar. Me responde una chica muy amable, que me explica en qué consisten exactamente los servicios que nos cobran cada mes. Me asombro al saber la magnitud del coste que tiene que las taquillas estén controladas digitalmente con una pulsera o que, para entrar en las clases, se deba identificar cada cliente con dicha pulsera... y así un sinfín de aplicaciones tecnológicas que me desbordan y me parecen superfluas. Por ello, le digo a la chica que quiero cancelarlo todo.

Puede que Campos me mate cuando se entere, pero de verdad que es un gasto innecesario que no nos aporta nada. Los clientes no pasan la pulsera por la máquina al entrar a las clases, ni mucho menos las reservan antes de entrar. Satisfecha por mi primera decisión en este sentido, me dispongo a bajar a por mí café cuando mi teléfono comienza a sonar y veo que es él, Luca. Dudo sobre sí cogérselo o no, pero, como no insiste mucho, en cuanto deja de sonar lo meto en el bolsillo de mi cazadora tejana y salgo del despacho. Sin embargo, antes de que cruce la puerta vuelven a llamar; esta vez se trata de un número que no conozco y respondo inmediatamente.

—¿Por qué has cancelado las mejoras tecnológicas del centro?

—¿Y tú cómo lo sabes? —Parezco idiota... ¿cómo no lo va a saber? Debería haber relacionado una cosa con otra y deducir que es él quien se encarga de ellas—. Luca, no se usan.

—En ese caso, es un fallo por vuestra parte. No sé si estás al corriente de eso, pero en Filipinas sufrimos un problema de seguridad muy grave y, desde entonces, Bruno ordenó tener instaladas las últimas aplicaciones tecnológicas que facilitan control y protección en todos sus centros, para que no se vuelva a repetir.

—¿A qué te refieres?

—Será mejor que te lo explique él.

—Se supone que dirijo este negocio. ¿Cómo queréis que lo haga correctamente si no lo sé todo? —Oigo un molesto suspiro a través de la línea telefónica—. Haré como si no lo supiera.

—Es personal, Noelia. —Oír mi nombre en su voz me encoge el estómago—. De verdad, hazme caso. Además, Bruno está de viaje, en su luna de miel, y no pienso molestarlo por este tema.

—En fin... si es tan importante para él, no he dicho nada.

—Gracias.

—Pero no entiendo por qué no puedes contármelo.

Él ya no me escucha, pues le está indicando que todo sigue igual a la que supongo que es la chica con la que he hablado hace un ratito.

—Tengo que dejarte, estaba en una reunión.

No me da tiempo a decirle nada más, porque me cuelga y me quedo mirando el teléfono como una idiota. Miro a mi alrededor y, sin entender qué ha pasado, me dirijo a tomar el café tal como tenía pensado hacer.

Capítulo 13

Me siento con el café entre las manos justo en la ventana desde donde puedo ver el centro de yoga y no puedo evitar pensar qué es lo que ha ocurrido para que Campos haya instalado un sistema inteligente... porque no estamos hablando de cámaras, que también, sino de reconocimiento de cada cliente por donde pasa, y eso sí que me extraña mucho. Puede que haya tenido una clienta desquiciada que se haya escondido y lo haya acosado.

—Hola, Noelia. —Oigo la voz de una chica que me resulta muy familiar, pero, al girarme y verla vestida de azafata, me cuesta reconocerla—. Soy Amber, acudo a tus clases.

La miro con atención y entonces caigo en quién es.

—Perdona, no te había reconocido. ¿Eres azafata?

—Sí. No me ha dado tiempo de pasar por casa, pero estoy tan estresada que necesitaba mi momento. —¡Cómo la entiendo! En muchas ocasiones las clases de yoga me han servido para huir del mundo; incluso dando yo las clases, sigo haciéndolo—. ¿Te importa si me siento contigo?

—No, para nada; me irá bien para desconectar y, además, aquí no tengo amigos... aún... así que...

No pretendo parecer una marginada, ni mucho menos, pero es cierto. Apenas he salido por esta ciudad y la verdad es que esta chica me transmite muy buenas vibraciones.

—¿De dónde eres?

—Soy valenciana, pero he vivido toda mi vida en Lanzarote. —Hablar de la isla me hace sonreír. Ahora entiendo a mi amiga cuando regresaba y, por ese

simple hecho, derrochaba felicidad; por aquel entonces no la entendía, porque no había vivido fuera de la tierra oscura de mi isla—. Y, tú, ¿eres de aquí?

—Qué va, soy de Montana. Mis padres son vaqueros y tienen una granja de vacas.

—Guau, debe de ser impresionante. ¿Y qué haces en Los Ángeles?

Si ya me parecía una chica interesante, con esa explicación acaba de despertar toda mi curiosidad y mi vena marujil, para que engañarnos, así que quiero saberlo todo de ella.

—El caso es que el rancho familiar se me quedaba pequeño, ¡y mira que es grande! —Se le escapa una sonrisa que me contagia—. Pero allí nunca pasa nada. —Se encoge de hombros; al contrario que a mí, pensar en su tierra le apaga la luz, y eso me hace pensar que algo hay allí, o algo le ocurrió, que le duele mucho.

—Y decidiste ser azafata.

—Más o menos. La verdad es que mi intención era otra, pero no me quejo.

—Eso es lo importante. Yo tampoco pensé que terminaría aquí. Me ofrecieron el trabajo y no pude decir que no, me encanta el yoga.

—Hacemos lo que nos gusta y encima estamos en una ciudad de ensueño. Muchos querrían estar en nuestros pellejos.

—Eres de las mías. Choca ese café. —Le acerco mi vaso, en el que hay escrito mi nombre, y veo que en el suyo pone «Ber»—. Por las forasteras.

—Estoy genial aquí contigo, pero quiero ir a clase, así que te voy a abandonar.

—Subo contigo. No puedo hacer clases porque me he roto el dedo pequeño del pie, pero tengo trabajo pendiente.

—¿Qué te ha pasado?

—Le di una patada a una llave inglesa gigantesca. —Me rasco la frente en el mismo momento en el que se me escapa la risa cuando la veo a ella contenerse—. Puedes reírte, tengo asumido que estas cosas sólo me pasan a mí.

—Tendrías que venir conmigo al rancho, allí te haces fuerte en dos días.

—Seguro que me tendríais que llevar a un hospital, mejor no tentemos a la suerte. Venga, vámonos antes de que Erika no te deje entrar en la clase.

Me acabo el café de un trago, lanzo el vaso a la papelera que hay justo al lado de la puerta y salimos a la calle en la que está el centro de yoga. Amber es muy maja; la verdad es que ésta ha sido la primera vez que he conversado un poquito más con ella, y me ha encantado conocerla. Creo que puede convertirse en una amiga en este solitario lugar.

Voy a entrar en el despacho cuando Jamie me corta el paso y me mira sonriente.

—¿Qué te sucede? ¿Tengo pelos de loca o algo por el estilo?

—Como siempre. —Lo miro con cara de pocos amigos y consigo que hable —. Acaban de llamarte porque no te localizaban en el móvil.

—¿Quién?

—De una clínica; no me han dado más datos, sólo me han dicho eso.

Lo miro contenta, porque sé de qué se trata. Antes de venir a Los Ángeles, en mi última visita hospitalaria, me ofrecieron la posibilidad de realizarme una segunda operación para dejar perfecto mi tabique nasal, y me la habría hecho encantada de no ser porque me mudaba al día siguiente y no podía hacerle esa faena a Campos a última hora. Mi médico de allí me habló de un colega suyo de aquí y me explicó que le traspasaría la información de mi caso. Sin duda es eso: habrá aceptado solucionar mi problemilla.

Cojo el teléfono que ha apuntado en un trozo de papel y me encierro en el despacho para sentarme sobre la mesa. Con la mirada perdida al frente, respiro profundamente para asimilar lo que estoy a punto de hacer.

—Hola, buenos días. Me han llamado hace un rato, pero no estaba, y han indicado que pregunte por el doctor Davis.

—¿Su nombre?

—Noelia Plaza.

—Sí, un segundo, que le paso la llamada al doctor. No se retire.

Espero impaciente, moviéndome al ritmo de la melodía que suena en el teléfono mientras aguardo.

—¿Noelia?

—Sí, soy yo.

—Encantado de conversar con usted. Mi amigo, el doctor Rojas, me dijo que, tras una primera operación, necesitaba someterse a una segunda intervención quirúrgica con el fin de corregir el tabique y devolverlo a su posición original.

—Tengo un poco de aplastamiento y un pequeño hueco, agujero... No se ve apenas, pero para mí es importante.

—Hay que valorarlo, y no sólo por el complejo que pueda ocasionarle, sino porque puedo ver en el informe que esa desviación afecta a su respiración, y eso sí que es un problema. Me gustaría poder hacer una evaluación en persona y así poder estudiar cuáles son las opciones.

—Cuando me diga, puedo acudir a su consulta.

—Esta tarde.

—¿Esta tarde? —Me sorprende de lo rápido que está yendo todo; pensaba que este asunto se demoraría mucho más, pero no quiero esperar, por supuesto que no—. ¿A qué hora?

—¿Le va bien a las seis? Tengo un hueco a esa hora.

—Sí. Si me da la dirección, allí estaré.

Apunto todas las indicaciones que me facilita por teléfono y termino la llamada, sabiendo que todo ocurre en el momento adecuado... y ahora lo es. Justo en ese instante suena mi teléfono y veo un mensaje de Teo.

Morena, ¿qué tal fue la vuelta?, ¿dura?

Pues no tanto; esto es como estar de vacaciones. Tendrías que venir a verlo.

Ojalá pudiera, pero estoy a tope con las clases de surf en el hotel.

No te quejes, que estás sin jefa... y la tuya es una plasta de narices.

Ya se lo diré, ya... Cuando vuelva de luna de miel, te vas a enterar.

Qué envidia me dan, quiero irme de viaje.

Pero ¿no acabas de decir que estás como de vacaciones?

Ya, pero me siento sola. Os echo mucho de menos.

Puedes volver cuando quieras. Necesitamos una camarera sexy. Cambiando de tema, ¿cómo va tu pie?

Va... Necesita unas semanas, pero va. Me ha alegrado charlar un rato contigo, pero ahora tengo que abandonarte.

Tranquila. Un beso.

Dejo el móvil sobre la mesa y en lo único en lo que puedo pensar es en esa cita con el cirujano. Por instinto, me llevo la mano a la nariz y acaricio el largo del tabique una y otra vez hasta que veo la hora y no me entretengo más. Sigo con todo el trabajo que me había propuesto hacer antes de irme a la consulta.

Al recoger mis cosas, veo la carpeta de la comunidad. ¡Vaya marrón me ha pasado Campos, con lo poco que me gustan a mí estas cosas!, pero tengo que ayudarlo, así que meto la carpeta en mi bolso y me digo que después, en cuanto llegue a casa, me encargaré de todo.

Circulo por las calles del centro de Los Ángeles en la moto de Campos. El aire despeja mi rostro y respiro profundamente para inhalar los olores de la ciudad. Apenas corro, más bien paseo sobre el asfalto; hacía años que no

podía disfrutar de las pequeñas cosas sin estrés. Aparco justo delante del número que andaba buscando de la calle que me ha indicado. Es un gran hospital; no sé por qué, pensaba que me dirigía a una consulta pequeña y privada, pero de eso nada.

Me dispongo a entrar cuando me asombro al ver a Luca salir por la puerta. Lo miro fijamente mientras me quito el casco; él no me ha visto. Avanza con el rostro serio, demasiado. No lo llamo, porque no sé qué decirle después de que se fuera como si nada tras nuestra tórrida aventura, quedando claro que lo nuestro había sido una simple noche de borrachera, y obviamente no voy a ir detrás de él. Poco a poco se aleja caminando. He seguido su rastro hasta que ha cruzado y se ha adentrado en una calle paralela.

Mientras estoy sentada en una pequeña sala de espera, vuelvo a pensar en Luca. ¿Para qué habrá acudido al médico? ¿Estará enfermo? No me da tiempo a pensar demasiado en ese asunto, porque aparece una enfermera y me hace pasar a la consulta, donde el que deduzco que es el doctor me hace sentar; veo cómo relee las páginas de un informe.

—Para ser sincero, me lo esperaba mucho peor. —Me dice mientras me visita. Me encojo de hombros, ansiosa por saber qué opina—. Va a ser muy rápido y simple, ya lo verá.

—¿Usted cree?

—Por supuesto. ¿Cómo se lo hizo?

—Me dieron un golpe con una barra de hierro.

—¿Intencionadamente? —me pregunta curioso, aunque doy por hecho que en el informe ya lo ha debido leer.

—No, accidentalmente. Tuve la mala fortuna de entrar en una habitación en obras y me golpeé.

—Sin duda tuvo que doler. —Mientras hablamos, me va moviendo la

cabeza con las manos para ver el tabique desde distintos ángulos y analizar la forma de mi nariz—. Sí que detecto un poco de aplastamiento, y aquí deberemos enderezar y evitar esa carencia de hueso que le produce ese pequeño vacío.

El agujerito que me tiene frita, ¡si yo sabía que no eran manías mías!

—¿Será rápido? Acabo de comenzar a trabajar y no me gustaría faltar demasiado.

—En cuanto hablemos de un asunto burocrático, le haré un hueco y en unos días estará como nueva.

—Perfecto.

Volvemos a su mesa y, mientras hace una serie de anotaciones, imagino que resumiendo sus impresiones de lo que ha visto que tengo y de lo que debe hacer, entra una enfermera y le ofrece un papel.

—Vamos a ver, Noelia... el seguro médico de España le cubre la mitad del coste de la operación, y el seguro que ha contratado aquí, el veinticinco por ciento; por tanto, en cuanto nos confirme que dispone de la cantidad de mil dólares, podremos programar su intervención.

No es tanto... Parece absurdo que esté aliviada cuando en realidad tengo que desembolsar para una operación una cantidad que bien podría ser el sueldo mensual de cualquier persona, pero venía con la idea de que sería mucho más.

—Sí, dispongo de ella.

—Entonces, si le parece bien, coordino la operación y, en cuanto lo tenga todo programado, la aviso.

—Perfecto.

Me estrecha la mano y, esbozando una sonrisa nerviosa, salgo de la consulta. Por fin voy a tener mi nariz de siempre. Me dirijo al ascensor, pero veo a muchos pacientes esperando, algunos de ellos tosiendo de una forma tan exagerada que me da repelús y me decanto por bajar por la escalera, a pesar de mi pie.

Capítulo 14

—¿Desde cuándo los recibos de la comunidad se entregan en mano?

Luca mira el sobre que le ofrezco y lo coge justo antes de abrirme del todo la puerta y dejarme entrar. Pensaba que no lo haría.

—Desde que soy tan maja y simpática.

Mi respuesta lo ha pillado por sorpresa, y no me extraña; miedo me daría a mí oírme, sabiendo lo que va a descubrir en breve.

—¿Y soy el único vecino que tiene este privilegio?

—Eso me han dicho, pero no se lo digas a nadie, y también me han dicho que este vecino es un poco gilipollas.

—Alguna fémmina insatisfecha, supongo.

—¿Alguna? —Se me escapa la risa—. ¿Me invitas a una copa mientras me explicas qué narices pasó en ese club de yoga para que no pueda cancelar ese servicio tecnológico en el mío que aumenta tanto mi partida de gastos?

—Noelia, eso es cosa de Bruno...

—Perdona, pero trabajo allí y, si hay peligro de que ocurra algo, debería saberlo.

—No va a suceder nada.

Noto el desdén en su tono. No quiere hablar del tema, pero no pienso irme sin descubrirlo.

—En ese caso, lo puedo cancelar, ¿no?

—¡No!

Aparece por mi espalda con una copa de vino en las manos que puedo ver por el reflejo de la cristalera de su salón, a través de la que estoy mirando hacia mi jardín; me sorprendo de la gran visibilidad que tiene de él.

—Entonces tienes que decirme la verdad. Es muy sencillo: yo no le diré a Campos que lo sé, y tú serás un gran amigo... y me lo contarás.

—Su ex se coló en el centro de Filipinas —termina soltando, y me ofrece la copa, supongo que para que me olvide del tema.

—¿Y? Se la echa y punto.

No entiendo qué hay de tan criminal en eso que cometió la arpía, porque supongo que habla de Nina, la misma ex que casi consigue que mi amiga no acabe con su marido.

—No resulta tan fácil... Ella es muy retorcida, y Bruno quiere saber en todo momento quién está en las instalaciones, además de cuándo.

—Eso es enfermizo. ¿Adriana lo sabe?

—Por supuesto. Ella también accede con pulsera, y le parece bien.

—Pues nada, ya sé la verdad. —Le doy un gran trago a mi copa de vino mientras veo cómo me mira fijamente—. Ah, por cierto... Tu factura de la comunidad es sustancialmente más elevada que la del resto. —Le señalo el sobre y, extrañado, lo abre y saca el primer recibo que he elaborado, ese que le he preparado expresamente para vengarme de él.

—Estás de coña, ¿no? —Niego muy seria, disfrutando de este momento—. ¿Me estás pidiendo mil euros, además de los gastos habituales?

—Es mi cirujano quien te los pide —le aclaro rápidamente, ante la sorpresa de ver que le estoy cobrando la operación nasal a la que debo someterme por su culpa—. Tómalo como una indemnización por daños y perjuicios provocados por tu torpeza.

—¿Mi torpeza? —Se le escapa una carcajada—. Querrás decir la tuya.

—¿Qué son mil dólares para ti?

Dejo la copa sobre la mesa de centro y me dispongo a irme, cuando interviene de nuevo.

—Noelia, no cuentes con ello.

—Tú mismo —replico envalentonada, ya que suponía que no me lo iba a dar por las buenas, pero al menos le he tocado un poco las narices... Nunca

mejor dicho.

—Mira —me dice, y me giro justo antes de salir por la puerta; entonces veo cómo rompe el recibo en varios pedazos. ¡La madre que lo parió! Niego con la cabeza, divertida, al tiempo que cierro la puerta, satisfecha, y me cuelo entre las plantas que separan nuestras puertas para acceder a la mía.

Cuando cierro la puerta de mi vivienda, respiro profundamente. No me puedo creer que no le haya echado nada en cara, que no le haya recordado que me dejó tirada como una colilla tras pasar la noche con él después de la boda de nuestros amigos, aunque también sé que eso se lo hubiese hecho a cualquier chica con la que hubiera estado, y por ello mi actitud ha sido la mejor, como si no me importara... aunque en el fondo, desde el momento en el que me ha abierto la puerta, no he podido dejar de pensar en lo guapo que está... porque hoy lo estaba a rabiar, al igual que lo estaba cuando lo tuve entre mis brazos.

Me dejo caer en el taburete de la isla de la cocina, sintiéndome más sola que nunca. Adriana está de viaje, así que no puedo llamarla para contarle que me voy a operar, ni tan siquiera para sonsacarle qué hay de misterio en la Nina esa... porque me da a mí que Luca la conoce más de lo que me gustaría. ¿En qué momento me he puesto celosa?

Niego en silencio y me levanto a mirar la nevera. No me apetece cocinar; es más, lo odio; en casa siempre prepara la comida mi madre. Cojo un sobre de pasta medio preparada, lo caliento en el microondas y espero a que termine para tirarme al sofá a comer.

Se me cierran los ojos y se me cae la cabeza una y otra vez. Intento no dormirme, pero soy incapaz, así que me pongo de pie, apago el televisor, que no estaba viendo, y me dispongo a irme a la cama... cuando oigo unas risas en la casa de mi querido vecino. Sé que, si me asomo desde el salón, me verá, así que decido subir a la habitación y espiarlo desde allí; puedo ver que Ian está

con él... y no sólo ellos, pues hay tres chicas, y una de ellas está muy interesada en enseñarle sus virtudes a Luca.

No sé por qué, pero soy incapaz de dejar de mirarlos; tanto es así que abro la ventana y en ese momento Ian mira hacia mí. Nos miramos fijamente a los ojos; ninguno de los dos dice nada, ni tan siquiera hacemos un mínimo gesto; luego mira a su amigo, que está riendo y bebiendo como si nada, y cierro la ventana para no verlo más, ni tampoco oírlo, porque en el fondo quería pensar que algo habría significado para él, me refiero a la noche que pasamos juntos, pero está visto que no es así.

Me meto en la cama con la intención de volver a dormirme, aunque soy muy consciente de que ahora, precisamente, no lo voy a conseguir, pero no vuelvo a asomarme; es más, me pongo la almohada sobre la cabeza hasta que, horas después, caigo rendida y no me entero de nada más.

Se me escapa la risa cuando percibo ruidos en el interior y me aparto de prisa para que no me pille. Acabo de pasar por debajo de su puerta el sobre que he preparado esta misma mañana y luego he llamado al timbre. Éste se va a enterar de quién es Noelia Plaza.

El caso es que me he despertado bastante molesta, más bien del mismo humor con el que me acosté, así que se me ha ocurrido la brillante idea de volver a hacerle el recibo de los mil dólares y aquí estoy, corriendo como una niña para que no vea que se lo he colado bajo su puerta.

Abre la puerta y lo veo... Acaba de darse cuenta de que hay un sobre en el suelo, así que se agacha y, antes de volver a cerrarla, mira hacia la mía, pero lo que él no sabe es que estoy escondida al otro lado, justo en la casa de su vecino de la derecha. Niega con la cabeza antes de meterse el sobre en el bolsillo de la cazadora vaquera y sube a su coche para desaparecer de mi vista.

Bien. He conseguido, al menos, que de momento no lo rompa. Con un poco de suerte, conseguiré que me la pague, aunque ya tengo mi plan B, que no es otro que tirar de los ahorros que mi madre depositó en un banco cuando se enteró de que me iba a vivir tan lejos.

Arranco la moto de Campos y me dirijo hasta el centro de yoga, pero no sin antes hacer una pequeña parada en el Starbucks para poder pedir mi *frappuccino* favorito... que estoy a punto de dejar caer sobre la acera cuando veo su coche aparcado en la puerta.

¿Ha venido? ¿Para qué? Sin esperar un segundo más, cruzo la calzada lo más rápido que mi pie me permite y subo la escalera de igual modo, esperando encontrármelo en recepción, pero no es así.

No hace falta que le pregunte a Raquel, nuestra recepcionista, porque ella está mirando hacia mi despacho con una sonrisita de oreja a oreja y sé perfectamente dónde se ha metido.

—¿Te has confundido de despacho?

—Buenos días a ti también. —Me cruzo de brazos y lo miro de arriba abajo sin remilgos, al igual que él hace conmigo—. ¡Me has traído el café!

—Ni lo sueñes. —Agarro el vaso con mucha más fuerza para que le quede meridianamente claro que no pienso compartirlo con él—. ¿A qué has venido?

—Pasaba por aquí...

—Sí, claro.

—En realidad he venido a invitarte a una fiesta que se celebra la semana que viene.

¿Fiesta? ¿Ha dicho fiesta? Por fin voy a salir y pasarlo bien.

—¿Y por qué me invitas a mí? ¿No tienes a ninguna Barbie que llevar colgada del brazo?

—Si no quieres acompañarme, le digo ahora mismo a Ian que no y no pasa nada.

—¿Va Ian también? —Sé que le acaba de fastidiar mucho que me interese por su amigo, pero no voy a reconocer que si tengo ganas de acudir a esa fiesta

es por acompañarlo a él—. Entonces lo pensaré.

—No esperaba menos de ti. —Se acerca para salir del despacho y lo sigo con la mirada hasta que se sitúa a mi lado. De repente se para y me da un beso en la mejilla, muy cerca de los labios, tanto que, si me hubiese movido un centímetro, hubiera vuelto a sentir los suyos—. Ah, antes de que se me olvide..., tienes algo sobre la mesa.

Me giro para ver cómo se aleja con esa sonrisa ladina que me desequilibra y luego doy dos pasos y descubro encima de mi mesa el sobre que le he colado hace un rato bajo su puerta y una pulsera negra sobre un pósito en el que pone «Póntela y haz que la utilicen también los demás».

No puedo evitar que se me escape la sonrisilla, al tiempo que me coloco la pulsera y abro el sobre, quedándome boquiabierto al vaciar su contenido y comprobar que el recibo cae hecho añicos. Otra vez lo ha roto, pero no voy a parar hasta que asuma que debe pagarlo. Ya es puro orgullo.

Vuelvo a mirar hacia la puerta, pero ya no está; el único rastro que queda de él es un correo electrónico que me acaba de llegar.

De: Luca Martín
Para: Noelia Plaza
Asunto: Instrucciones de uso

Buenos días, señorita Plaza.

Doy por hecho que no ha leído el manual que en su día le entregué a mi cliente, el señor Bruno Campos; por ello, me adelanto y le hago llegar el documento en formato pdf que resume las características de nuestro sistema y el uso del mismo.

Reciba un cordial saludo,

Luca Martín
Martín Innova Security

¡Será idiota! Pues, si quiere formalidad, la va a tener. Pulso sobre la opción de responder y medito mucho antes de lanzarme a escribir.

De: Noelia Plaza

Para: Luca Martín

Asunto: RE: Instrucciones de uso

Le agradezco el detalle de enviarme el documento, pero déjeme decirle que, la verdad, el servicio ganaría considerablemente en calidad si usted me impartiera una pequeña sesión formativa en modo presencial, para que así, a mi vez, pudiera impartirla con posterioridad a mis colaboradores.

Imagínese que, por equivocación, se hiciera un mal uso de su tecnología y tuviéramos que molestar a su equipo más de lo debido.

Por cierto, aprovecho para comunicarle que ha habido un error, ya que me ha sido devuelto un recibo que está pendiente de pago; supongo que la causa es que, por alguna extraña razón, se ha deteriorado y desea que vuelva a emitir uno igual. Recuerde la importancia de la ejecución de su transferencia, para evitar así posteriores comisiones incómodas.

Reciba un cordial saludo,

Noelia

Pulso «Enviar» y sonrío satisfecha. Me encanta jugar y Luca me acaba de enseñar un juego al que creo que le voy a sacar un buen partido. No me da tiempo a pensar en nada cuando en mi bandeja de entrada veo que tengo otro correo suyo; es una convocatoria de reunión para esta misma tarde, a las ocho. Es la hora en que se imparte la última clase de Erika, así que, sin pensármelo dos veces, le propongo que quedemos una hora más tarde, a lo que contesta al momento, aceptando el cambio.

Una de dos: o se está riendo de mí, y me voy a quedar esperando hasta que me den las uvas o, efectivamente, es tan competente que ha decidido presentarse para enseñarme en persona cómo funcionan sus aparatos.

Nerviosa y divertida a la vez, continúo mi trabajo, con la esperanza de que las horas pasen rápido y termine la jornada de una vez.

—¿Te puedo pedir un favor?

Alzo la mirada y me froto los ojos al ver borroso. Llevo demasiadas horas delante del ordenador y la verdad es que no estoy acostumbrada.

—Dime, Erika.

—Tengo que salir diez minutos antes, puedes hacer los estiramientos por mí.

No me gusta mucho que los clientes noten nuestras ausencias, y mucho menos que no se terminen correctamente las clases, pero tengo tantas ganas de que mi puñetero dedo me deje dar clases que no lo dudo.

—Tranquila; justo cuando falten diez minutos, te relevo.

Y eso hago. Acabo lo que estoy haciendo y me cambio de ropa para poder entrar en la clase. Sin que suene la puerta, me adentro y me coloco en el sitio de ella, quien, en silencio, se despide de mí para salir.

—Abrazaros las rodillas... contra el pecho. —Lo hago yo al mismo tiempo y me miro el dedo vendado, que resalta mucho—. Si queréis que sea más difícil, estirad los brazos y aguantad el equilibrio, con las rodillas todavía en el pecho. —Espero unos segundos y veo cómo todos están concentrados en no dejar caer los pies—. Estirad la espalda sobre la colchoneta y elevad las piernas... Más arriba, piernas completamente estiradas; si os sentís más cómodos, elevad las caderas y subid más. —Lo hago para que me vean y luego, poco a poco, me incorporo para ayudar a una chica que no logra elevar el culo y poder hacer el ejercicio correctamente.

—Despacio, bajamos las piernas, lentamente, apoyando vertebra a vertebra... muy poco a poco, despacio —repito cuando veo que una chica se desploma y sonrío al darse cuenta de que así no tendría que bajar.

Me aproximo al interruptor y bajo la intensidad de la luz hasta quedarnos casi a oscuras. Entonces les pido que se acomoden, que busquen su postura y cierren los ojos, relajando las extremidades, que liberen tensiones.

—¿Cómo estáis? —inquiero al cabo de pocos minutos. Comienzan a incorporarse y se ponen los calcetines—. *Namaste*. —Junto las palmas de las manos y ellos repiten el gesto, para luego seguir calzándose y empezar a salir,

no sin antes dejar la colchoneta en su lugar. Me despido uno a uno hasta que me quedo sola en la sala.

—Si vengo a una de tus clases, ¿saldré con esa cara de placer? —Me giro de repente al oír su voz. Nos miramos a los ojos durante unos segundos y es él el primero en hablar—. Porque, si es así, mañana mismo me verás en primera fila.

—Seguro que las chicas estarían encantadas de ver un culo masculino, no suele haber muchos. —Se está divirtiendo de lo lindo, lo sé por su forma de sonreír—. Ahora, si no te importa, creo que tienes algo que explicarme. — Paso por su lado como si nada y espero que me siga para cerrar la puerta; nos dirigimos hacia la recepción, donde me sorprende ver que ya no hay nadie.

—Le he dicho a Raquel que podía irse —me anuncia tan tranquilo.

—Y, eso, ¿por qué?

Capítulo 15

—Porque mis formaciones son exclusivas y carísimas; que te regale unos minutos a ti no quiere decir que lo vaya a hacer con todo el mundo.

—Qué privilegio, por favor —me burlo, sabiendo que en el ambiente hay mucho más que una formación laboral—. No quiero que pierdas el tiempo, que es muy valioso. —Esbozo una sonrisita que obviamente no le pasa desapercibida.

—En esta pantalla —se aproxima tanto para señalármela que creo que se va a tirar encima de mí—, que debería estar encendida... —se separa de repente y siento cómo el aire vuelve a circular entre nosotros. Rodea el mostrador y la enciende—, se reservan las clases que se van a realizar, aunque también pueden hacerlo a través de la página web.

—¿Y si alguien, al final, no puede venir? Ocupará una plaza que bien podría utilizar otra persona.

—Si el cliente no pasa su pulsera por este detector —se acerca a la barrera, que está abierta, aunque debería estar cerrada, y que tendría que volver a trabarse cada vez que alguien accediera al aula—, se anula la reserva, siempre diez minutos antes de cada sesión; en ese caso, si alguien viene sin reserva y quedan plazas libres, puede ocupar una.

—Buena idea.

—Mis ideas siempre son buenas.

—Permíteme que lo dude.

No me hace ni caso a lo que le digo. Camina hasta los vestuarios y se detiene delante de la entrada de uno de ellos.

—¿Nunca has deseado que te follen en este vestidor?

—No. —Siento que mi cuerpo reacciona y me alejo para poder respirar mejor—. ¿No serás tú el que tiene el morbo de hacerlo?

—No te lo voy a negar.

Lo esquivo y veo cómo apoya la mano sobre una de las taquillas, bastante frustrado.

—A ver si me voy a tener que preocupar.

—¿Por qué, si se puede saber?

—Por haberme acostado con un acosador. —Se está divirtiendo; sé que éste es el juego que le gusta a Luca, y conmigo no va a tener otra cosa—. Mira que hoy ya has venido dos veces —le muestro un par de dedos, por si no sabe contar—, y yo a eso lo denominaría «un ligue pesado».

—Tú me has hecho venir la segunda vez.

—No te he dicho cuándo; has sido tú quien no ha podido resistirse a mis encantos y, corriendo, me has contestado que vendrías hoy mismo.

—¿Y a qué encantos te refieres? —Esta vez sí que me agarra de la cintura y percibo cómo el bulto de su erección topa contra mi cuerpo—. ¿A esta cintura que puedo rodear con facilidad? ¿A estos pechos que suben y bajan cada vez que te excitas? —Siento un calor que me muero, pero debo resistirme... Yo no soy una más, no como las que él conoce—. ¿O serán estos ojos que brillan cuando estás cachonda? —Parpadeo en cuanto lo oigo—. Ah, no, son estos labios. —Los acaricia y ya no puedo hacer más que cerrar los ojos a la espera de lo que creo que va a pasar—. Pienso devorarlos sin control hasta que me supliques que ya no puedes más.

¡Vaya si lo hace! Luca besa como nadie, y sus besos son de necesidad, de pasión. Yo soy la única, en este momento, que los está saboreando, y pienso hacerlo sin pensar en nada, sin importarme lo que ocurrirá después, mañana..., sólo nuestros besos, sólo él y yo.

—Te vas a enterar de quién soy yo. —Me coge en volandas y camina hasta las duchas, donde sin dudar abre el agua y, bajo la cascada que cae sobre mi cabeza, continuamos besándonos... pero necesito más, mucho más.

Le subo la tela de la camiseta y, con su ayuda, se deshace de ella. Él hace lo mismo con la mía y, sin apartarse, mirándome fijamente a los ojos, se desabrocha los pantalones; aunque están pegados a su cuerpo, caen un poco, pero no lo suficiente, así que me dejo caer de rodillas frente a él y, desde mi posición, lo miro fijamente. Corta un suspiro y veo cómo lo desea, cómo quiere que lo haga. Le bajo los pantalones por completo, luego los calzoncillos, y acaricio su ahora mojada erección. Mis manos pasean por el largo de su miembro y consiguen que se endurezca mucho más, como una piedra, y poco a poco, sin ninguna prisa, acerco mis labios hasta la punta para besarla. Apoya su espalda a la pared justo en el momento en el que el agua deja de caer y adentro su erección en mi boca, para que mi lengua juegue con ella; mis labios la absorben y capto el gemido que no puede resistir cuando casi llego al final.

—Dios, me encanta tu jodida boca malhablada.

Continúo disfrutando al saber que él lo está haciendo.

Enrolla sus dedos en mi pelo y sus manos me mueven, me guían en busca de su placer, uno que estoy segura que no esperaba, pero que yo estoy encantada de regalarle. Mis labios friccionan, mi lengua pasea con fuerza y, poco a poco, sus gemidos se convierten en rugidos que no cesan hasta que decide parar, sacándola y elevándome hasta quedar a su altura.

Mira mis labios, justo antes de besarlos, de saborear su esencia mezclada con la mía... y sin esperar más se introduce en mi interior y me embiste de una forma mucho más agresiva que lo que conocí en el hotel. Ahora es él el que arranca gritos de mi garganta, y quien se encarga de acallarlos con sus besos. Me embiste al tiempo que me muerde el labio. Vuelve a hacerlo llevando sus manos a mis pechos, y yo me muero de placer; una sensación de dolor y gusto que apenas me deja pensar, y mucho menos decir nada, más que emitir pequeños gemidos que poco a poco disminuyo porque me obligo a no gritar como una loca cuando muerdo su hombro y me dejo llevar.

Siento que las piernas me flaquean cuando él sale de mi interior y,

apoyando su miembro en mi vientre, se deja llevar, apretando mi cuerpo con fuerza contra el suyo; ambos permanecemos unos segundos abrazados e intentamos recobrar el aliento.

—Estoy perdido por tu culpa —dice, y se le escapa una carcajada.

Lo miro sin comprenderlo.

—¿A qué te refieres?

—A que es la primera vez que me acuesto más de una vez con una mujer.

—Eso es una broma. —Me separo de él y abro el paso del agua para conseguir bajar la temperatura de mi cuerpo—. Conmigo no tienes por qué mentir y hacerte el bueno.

—¿El bueno? Creo que no me has oído bien. —Vuelve a abrazarme y me susurra al oído—: Normalmente todas me odian porque, tras la primera noche, las mando a paseo, pero contigo es diferente. Cada vez que te veo, me vuelves más loco.

—Al final serás tú el que te colgarás de mí, ya te lo advertí.

Me hago la dura, pero en el fondo estoy que no me lo creo. Luca, el rompenarices, el que se acuesta con todas las Barbies de Los Ángeles, me está diciendo estas cosas a mí...

—Lo dudo.

Agarra mi barbilla y me besa, me abraza y, sin saber ni cómo, vuelvo a estar entre sus brazos, disfrutando de su contacto.

—¿Tú te has dado cuenta de que estás empapado?

Mira hacia abajo y ve sus pantalones, bajados y chorreando. Se gira y ve la camiseta en el suelo, completamente mojada, y los dos comenzamos a reírnos al unísono.

—Bruno no tendrá ropa por aquí, ¿no? —Niego con la cabeza, riéndome más alto al ver su cara de circunstancias—. Joderrrrr...

—No debería apiadarme de ti, pero Jamie debe de tener ropa en el privado. —No le hace mucha gracia, pero es lo único que puedo ofrecerle—.

Eso... o te vas chorreando o te vas desnudo... Dudo que alguien se fije en eso, ¿no?

—Está bien, dame lo que sea.

—Acompáñame.

Me coloco la ropa en el sitio, al igual que él, y ambos, empapados, vamos hasta el vestuario que es sólo de los que trabajamos aquí. Es mucho más pequeño, mixto, pero suficiente como para darnos una ducha y cambiarnos de ropa.

Abro la taquilla de Jamie, y descubro que tiene un pantalón de chándal, una sudadera y unas bambas, todo por estrenar.

—No les quites las etiquetas. Él mañana entra a las doce, así que lo dejaré todo de vuelta, como si no lo hubiéramos tocado.

—Eso es de muy mala persona.

—Eso es como si te compras una prenda, vas a una fiesta y al día siguiente la cambias.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—Yo no he dicho eso, claro que no.

—Estás mintiendo. ¡Sí lo has hecho!

Detecto su tono de diversión. pero no voy a reconocer algo que, obviamente, sí que he hecho.

—Que no, pesado.

Camino hasta la otra punta del vestuario, donde tengo mi taquilla, y cojo una toalla para mí y le lanzo otra a él. Me quito la ropa y me siento para secarme y entonces veo el vendaje del pie completamente empapado. Lo retiro con cuidado y descubro mi morcillita aún inflamada. Camino hasta el botiquín y pillo lo necesario para volver al banco y colocármelo.

—Déjame que te ayude.

Me coge las tijeras de la mano, corta un trozo de esparadrapo y lo pega en el borde de la venda que acaba de enrollar entre mis dedos. No le digo nada, disfruto de sus atenciones.

—Así que eres un poco ladronzuela.

—Hablo más de la cuenta...

Veo cómo sonrío al tiempo que se quita la ropa, se seca y los dos nos vestimos para irnos.

Compruebo que todo está en su sitio, bien colocado, y me dirijo hasta la recepción, donde él ya está esperándome. Lo miro de arriba abajo y sonrío al ser testigo de lo bien que le queda la ropa de Jamie; hasta me gusta más.

—¿Nos vamos? —le pregunto enseñándole las llaves.

—Espera. —Me agarra del brazo y lo miro a los ojos sin entender qué pretende—. Cuando salga el último —me sube la manga del brazo para que vea la pulsera—, la luz del sensor cambiará de color y se apagará el monitor solo. Es muy importante que el último compruebe que todo se apaga correctamente; en caso contrario, si hubiera un robo, la alarma no sonaría.

—Entendido.

—Lo dejo todo preparado para que mañana ninguna puerta se abra a no ser que se pase la pulsera; por favor, avisa a todo el personal.

—Lo haré, de verdad. Me ha quedado claro que es algo importante para Campos y a partir de ahora aplicaré sus normas.

—Eres una chica lista.

—Y tú, un poco idiota.

Justo cuando voy a salir por la puerta, me da una cachetada en el culo que no esperaba, y por ello me giro para recriminárselo, cuando pasa su brazo por encima de mi hombro y me besa la mejilla.

—Noelia, Noelia, Noelia... —me susurra al oído la canción de Nino Bravo, como si fuera el primero que lo hace.

—Eres muy original.

—Lo sé.

Comienzo a bajar la escalera dejándolo atrás sin saber si me está siguiendo o no, pero no pienso girarme para comprobarlo. Cuando llego a la calle, como si nada, me pongo el casco y me voy a subir a la moto cuando lo veo llegar.

—Nos vemos en otro momento.

Supongo que mi despedida era lo último que esperaba, a juzgar por la confusión que denota su rostro.

Arranco y me incorporo a la circulación sabiendo que unos metros atrás está Luca, seguramente pisando el acelerador más de lo que debería con el fin de adelantarme, pero juego con ventaja, y es que yo puedo meterme entre los coches y él no.

Divertida, llego a casa y aparco en la puerta. Es una de las pocas veces que no uso el garaje, pero la verdad es que quiero que la vea ahí al llegar, que sepa que estoy aquí y que, si quiere algo de mí, ya sabe dónde encontrarme.

Subo a mi habitación con la idea de ponerme un pijama. Me apetece sentarme en el sofá, calentita, y no hacer nada más que ver cómo pasa el tiempo hasta que mis ojos se cierran sin poder remediarlo. Y eso hago, me quito la ropa y, cuando ya estoy vestida de nuevo, bajo al salón, donde lo veo sentado.

—A esto lo llamo acoso.

—Te he traído lo que no es mío. —Me señala la ropa que hay sobre la mesa y me extraña lo rápido que ha llegado—. Deberías cambiar de ruta, sé de una por la que llegas en la mitad de tiempo.

¡No! Y yo pensando que había llegado la primera y resulta que el muy listillo tiene un atajo que desconozco.

—Cuando quieras, me la enseñas; nunca se sabe cuándo la voy a poder necesitar.

—Si no tienes nada más que decirme, me voy.

—Ah, sí... Tengo una cosa para ti.

—¡No! —Se le escapa la risa al adivinar de qué se trata.

—¡Sí! Tú me la rompiste, tú debes asumir las consecuencias.

—Joder con la dichosa nariz.

—No es la nariz, es que no respiro bien. ¿Quieres que un día me ahogue por falta de oxígeno? Este huequecito —me acerco mucho para que pueda

fijarse bien, pero lo único que consigo es que se separe de mí—, ¿lo ves?, es muy enano, pero me falta aire; no respiro bien y me ahogo... y todo por tu culpa.

—Por eso tengo que pagarte la operación.

—No, de eso nada, paga mi seguro español y mi seguro de aquí; tú sólo debes abonar la parte que nadie me cubre.

—Págatela tú. Dile a Campos que te suba el sueldo, porque, con lo que lloras, me da a mí que no te paga muy bien.

—¿Te quieres callar, idiota?

Tal y como oye la última palabra, camina hasta mí.

—Como vuelvas a insultarme, te meto en la cama y te follo como nadie lo ha hecho hasta que se te quiten las ganas de volver a llamarme de ese modo.

—¿Cómo?, ¿idiota?

—Noelia... —apenas se para de repente frente a mi rostro, tengo que levantar un poco la cabeza para mirarlo a los ojos—, no juegues conmigo.

—Me gusta.

—Ya lo sé, pero el que juega con fuego se quema.

—Uf, fuego, calor. ¿No tienes calor? —suelto mientras me abanico con la mano como si nada, y deduzco su frustración en cómo deja caer los hombros y se aleja hasta la puerta acristalada para irse a su casa.

—Será el clima de esta ciudad —dice mientras cojo el sobre de mi bolso y camino hacia él.

—Será... No olvides hacer el ingreso y nos llevaremos bien.

—¿Es una amenaza?

—Tómalo como quieras.

Le guiño un ojo justo en el instante en el que niega, resignado, y da un salto al muro para irse hacia su propiedad. Me quedo con las ganas de que permanezca aquí un ratito más, pero no..., así que me tiro en el sofá, tal y como tenía pensado hacer momentos antes de que llegara.

Capítulo 16

Abro la puerta y dejo mi pequeña maleta de mano en el recibidor, tras haberme bajado del taxi que me ha traído desde el hospital hasta casa. Parece mentira que ya haya pasado una semana desde la última vez que lo vi; una semana en la que no he parado ni un instante, sobre todo para dejarlo todo listo antes de mi intervención.

Lo que más me costó fue que Erika y Jamie entendieran que, a partir de ese momento, la rutina del centro iba a cambiar; ellos debían ser los encargados de que las normas se cumplieran, y por ello les expliqué todo el circuito, tal y como Luca me enseñó a mí la última noche que lo vi.

Aún recuerdo aquella velada, cuando saltó el muro para irse a su casa. Supongo que ha estado muy liado, igual que lo he estado yo, porque no hemos coincidido desde entonces. Ayer estuve a punto de enviarle un mensaje para informarlo de que me operaban ese mismo día, pero al final rechacé la idea. No quería ser la pesada de turno y mucho menos que viniera a verme por obligación; por otro lado, Adriana sigue de viaje de novios, así que tampoco he querido molestarla. A la única persona a la que he llamado, y la pobre lo ha pasado verdaderamente mal, ha sido mi madre. He hablado varias veces con ella desde la clínica y, por suerte, al verme ayer en vídeo a las pocas horas de la intervención, no se asustó tanto; imagino que ya está curada de espanto de la anterior vez.

Decido coger la maleta, ya que más tarde la desharé, y subir a mi habitación, pues me apetece mucho cambiarme de ropa; necesito ponerme algo cómodo y descansar un poco.

Luego voy a la nevera, vierto un poco de zumo de naranja en un vaso y me

preparo dos antiinflamatorios para pasar mejor la noche... cuando de pronto oigo que se cierra su puerta.

«Está en casa», me digo. Disimuladamente, salgo al jardín y me siento para que no parezca que lo estoy espiando, aunque en realidad eso es exactamente lo que estoy haciendo. Veo cómo deja un maletín sobre la mesa del comedor y se va, desapareciendo de mi campo de visión, así que, de puntillas, me asomo un poco más... Está abriendo la nevera y, tras coger una cerveza, le da un trago y la deja sobre la isla, para volver a la mesa y sacar unos papeles del interior del maletín.

Mi teléfono empieza a sonar de repente y veo cómo Luca mira hacia donde me encuentro; sin duda ha oído el móvil, así que me escondo a toda prisa, con la respiración entrecortada. Corro hacia al salón y descuelgo la llamada, pues compruebo que es Adriana.

—¡Pero si estás viva! En realidad pensaba que debías de estar nadando entre tiburones o perdida entre las sábanas.

—¿Qué voz más rara tienes? ¿Estás constipada?

¿Tanto se me nota?

—Me he operado la nariz —lo digo en varios tonos más bajo de lo normal, porque sé lo que está a punto de decirme y, por ello, me aparto un poco el aparato de la oreja.

—¡¡¿Y no me lo has dicho?!! Pero vaya amiga de...

—Mierda; no lo digas, así sólo hablo yo.

—Eso mismo. ¡¡¡Tía!!!

—Lo siento, pero es que estás de luna de miel y no he querido molestarte —me justifico con la verdad, pues no se trata de otra cosa. Debe comprender mis motivos.

—Noelia, para este tipo de cosas sí que quiero que me molestes. En fin, ¿cómo te encuentras?

—Bien, inflamada, y rara, pero no me duele tanto como esperaba. Supongo que la primera vez fue tan horrible que me figuraba que sería lo mismo.

—¿Quieres que vaya a verte? Necesitarás ayuda...

—No, tranquila, estoy bien.

—¿Seguro?

—Que sí, te lo juro por Snoopy.

Se me escapa la risa y la enmudezco porque me ha dolido bastante.

—¡Luca, por favor! —oigo el grito de una mujer en la casa de al lado y desconecto de la conversación con Adriana, pues dejo de atender lo que me dice.

—Adri, te llamo en otro momento.

—¿Qué pasa? No me asustes, que cojo un avión ahora mismo.

—No, que estoy oyendo algo en casa de Luca y voy a ver de qué se trata, y si hablo contigo, me pillaré.

—¿Otra vez espiándolo? Lo tuyo no es ni medio normal; después dices que no te gusta.

—Y no me gusta. Te dejo.

No le doy opción a réplica y finalizo la llamada. Luego salgo al jardín sigilosamente para poder oír mejor.

—¡Estás loca!

Luca se lleva las manos a la cabeza mientras mira a una niña pequeña con la cara desencajada.

—Nunca te he pedido nada. Fuiste tú quien me dijo que siguiera adelante con el embarazo si era eso lo que quería; afirmaste que me ibas a ayudar, a apoyar... y lo único que has hecho durante todo este tiempo ha sido enviarme dinero.

—¿Y qué pretendías?, ¿qué esperabas? Me he encargado de que no os falte de nada.

—Eso no es amor, ni cariño. Esta criatura necesita mucho más, y yo sola no puedo dárselo. Ahora es el momento de brindarme realmente tu ayuda.

—No me pidas eso.

—Hazlo por ella. ¡Joder, tiene tu sangre!

Se me encoge la boca del estómago de tal forma que me duele. Mi garganta se ha secado y, de pronto, mi cuerpo está paralizado.

«Luca es padre.»

—Ya lo sé, pero no voy a ser capaz de cuidar a una niña. No me pidas eso, Ivy.

—Lo siento, pero ya sabes lo que ocurre. Debo hacerlo, aunque sea con todo el dolor de mi corazón.

—Llévala con...

—¿Con la abu? —oigo por primera vez la voz dulce de la pequeña, que está sentada en el sofá, aún con la mochila colgada de su espalda y una muñeca que tiene la misma coleta que ella, y se me parte el alma de que esté presenciando cómo su padre reniega de ella.

—Sí, con la abu. ¿A que te gustaría ir con ella unos días?

La peque niega con la cabeza, haciéndole morritos de pena, y veo cómo le cambia el semblante a él.

—Te prometo que, en cuanto salga, vendré a por ella.

—Está bien.

Suspira, la chica lo abraza, él enmarca su rostro y se miran fijamente durante unos segundos; no sé si son muchos o pocos, pero algo dentro de mí se rompe. A continuación le besa la frente y, justo después, le retira las lágrimas que le ruedan por las mejillas.

—Cariño, vas a pasar unos días aquí, ¿vale? —Seguida por la mirada de Luca, la chica se sienta al lado de la cría y ésta asiente lloriqueando.

—Nos lo vamos a pasar muy bien, y vamos a comer muchas chuches.

—¡Luca!

—Oye, tendrá que divertirse, ¿no?

—No —le advierte a la niña, que niega mirando a Luca con cara de enfadada, y la madre sonrío mientras le quita la mochila de los hombros y luego le da mil besos, provocando las risas de la pequeña.

Decido no espiar más. Con el cuerpo sobrecogido, camino hasta el interior

del salón y me siento en el sofá, para respirar profundamente. No me puedo creer lo que acabo de vivir.

Cojo el teléfono, llamo a Adriana por Skype y ésta me responde al primer tono.

—¿Estás bien?

—Luca tiene una hija preciosa.

—Pero ¿tú estás chalada? ¿Luca? ¿El rompenarices? ¿Ese al que siempre le tiramos el agua por encima?

—El mismo.

—Eso es imposible —replica, pero asiento en silencio y ella me mira confusa. No la culpo, yo estoy del mismo modo, lo que me extraña es que Campos no lo sepa—. Le sonsacaré a...

—¡No! —grito, y se calla de repente—. No quiero que sepa que he estado escuchando esa conversación.

—Campos no se lo va a decir. —Alucina por mi negativa.

—Por favor, no le cuentes nada. Es obvio que la tiene y supongo que lo llevará muy en secreto si tú no lo sabías.

—Lo que tú prefieras, pero ¿estás bien?

—Sí.

—Pues no lo parece.

Sé que espera una réplica, una respuesta más convincente, pero en este momento soy incapaz de ofrecerle una mejor, así que le doy una callada por respuesta.

«Una hija.»

Eso no entraba en mis planes; si ya no tenía planes de pareja, porque lo nuestro ha sido puro sexo, aún menos esperaba tener que compartir mi tiempo con una mocosa.

—¡Noe!

—Sí, nada... Voy a descansar un poco, que estoy agotada.

—¿Seguro que estás bien?

—Seguro.

—Si necesitas hablar, llámame, por favor.

—Lo sé. Disfruta de tu marido. —Intento bromear para que no se preocupe por mí.

—Te quiero.

—Y yo —termino diciendo.

«Madre mía.»

Me bebo lo que me quedaba de zumo de un trago y, cuando vuelvo a salir al jardín, no veo a nadie en el salón. Decido entrar de nuevo en casa antes de que me descubra; no creo que le gustase nada la idea de que haya descubierto su secreto.

Miro la hora, las nueve de la noche; toca cenar y descansar un poco. Camino hasta la cocina y me hago un sándwich de pan de molde con queso, que coloco en una bandeja; me preparo también un yogur bebible y subo, bandeja en mano, hasta mi habitación, donde tengo el lujo de cenar en la cama mientras veo una de mis series favoritas.

—Es sábado, ¿quién me despierta un sábado, y encima tan temprano? —Me coloco la almohada sobre la cara y pego un berrido cuando me duele horrores la nariz—. Joder, no me acordaba.

Me siento en la cama y me miro al espejo que hay justo delante; veo que el morado, esta noche, ha decidido extenderse hasta mis ojos. Estoy preciosa. Niego con la cabeza y cojo el teléfono de la mesita de noche; quien me ha llamado, e insiste, es Jamie.

—¿Cómo estás?

—Horrible.

—Lo imagino.

—Ah, vale, muchas gracias —farfullo, para que sepa que me encanta que

suponga que, después de una operación, mis pintas no son las estándares de los cánones de belleza actuales—. ¿Ocurre algo?

—No, las clases están controladas, todo ha ido tal y como lo habíamos preparado; sólo quería saber cuándo vendrás.

—El lunes. Me maquillaré un poco e iré.

—Si no estás completamente recuperada, puedes quedarte más días en casa, incluso puedes trabajar desde ahí... Si quieres, te llevo las nuevas altas y trabajas relajada desde tu sofá.

—¿Ha habido muchas?

—¡Sorprendentemente, sí! Por eso te llamo. Creo que debemos de ampliar una clase al día.

—¿Tantas altas nuevas ha habido?

—Cincuenta esta semana.

—¿En serio? —No me lo puedo creer, es la semana más exitosa desde que abrimos—. Fantástico. Si no te importa, tráeme los documentos y el portátil del centro, así miraré de organizar una sesión más al día.

—Esta misma tarde me acerco a verte.

—Genial, te espero.

Termino la llamada y, más feliz que una perdiz, me levanto de la cama para irme al baño, donde vuelvo a mirarme y me horrorizo. Me quito el vendaje para darme una ducha.

Me masajeo la cabeza, cierro los ojos y sonrío sola porque al fin veo frutos al trabajo que he estado haciendo estos días atrás, en los que he dedicado la mayor parte del tiempo en presentarme a tiendas de la zona de ropa deportiva, así como a centros especializados en belleza y bienestar; incluso he ofrecido nuestros servicios a los hoteles de nuestra área. Supongo que todo ello ha conseguido que corra la voz.

Capítulo 17

Aprieto la taza de café que tengo entre mis manos y salgo al exterior a tomarla relajada; estando allí, veo que algo se mueve por el jardín de Luca, es la niña. Está jugando con una muñeca; la eleva por los aires como si fuera un bebé y la vuelve a coger, riéndose a carcajadas. Lleva la coleta muy mal hecha, parece que se la haya hecho ella misma. De repente mira hacia el interior y luego camina hasta llegar al borde del canal; al ver hacia dónde se dirige, me preocupo de que se pueda caer, así que me asomo y descubro que el salón de Luca está vacío; no sé dónde está. No me lo pienso en ningún momento, camino por mi jardín hasta que me apoyo en el muro colindante con el suyo y me detengo justo a su lado.

—Hola, pequeña. Sabes que te puedes caer si no tienes cuidado, ¿verdad?

—Sí —susurra.

Apenas oigo su respuesta. La miro a los ojos y veo los mismos grandes ojos azules que tiene Luca, incluso su misma nariz; no hay duda de que la cría es suya.

—¿Estás sola?

—No.

—Porque no deberías estarlo tan cerca del agua. Me llamo Noelia; soy tu vecina, vivo en esta casa. —Le señalo el interior y me mira extrañada, pero no me dice nada; es normal, no me conoce en absoluto—. ¿Cómo te llamas?

—Abril.

—Me encanta ese nombre, ¿a ti te gusta?

—Sí.

—¿Vienes mucho a esta casa?

Me dice que no con la cabecita y con la carita triste, y me muero de pena. ¿Cómo una persona puede ser tan irresponsable?

—¿Abril?! ¿Abril?! —Luca la llama a voces, pero la cría no responde, aunque sí que se gira para mirar de dónde procede la voz.

—Está aquí —respondo en su lugar, y le señalo el sitio en el que está la pequeña; en cuanto la ve cerca del canal, sale a toda prisa para cogerla de la mano.

—No debes salir sola y mucho menos acercarte al agua. —Ella me mira sin soltarse de su mano. Luca me mira sorprendido—. ¿Qué te ha pasado?

—Podría haberse caído al agua, ¿no eres consciente de lo peligroso que es dejar sola a una cría tan pequeña un solo momento? —Sin saber por qué, he elevado el tono de voz. No voy a perder más tiempo con él. Camino por mi jardín levantando los brazos de una forma bastante exagerada.

—¡Noelia!

No me giro, ni le contesto, sino que lo ignoro y me adentro en mi casa sin cerrar la puerta acristalada, simplemente refunfuñando para mis adentros, sin saber muy bien por qué estoy tan molesta, si por asumir que tiene una hija con otra mujer o realmente porque la pobre chiquilla podría haberse hecho daño.

Ya es casi la hora de la cena; el día me ha pasado volando y no he vuelto a ver a Luca, ni tan siquiera ha intentado hablar conmigo desde esta mañana. Menos mal que ha venido Jamie y me ha traído el ordenador, porque así he podido distraerme un poco, a pesar de tener que soportar sus miradas, muy poco discretas, a mi cara. Sin embargo, lo ha compensado con su compañía, ya que últimamente me siento muy sola, y al final he podido incluir una nueva clase diaria, que impartirá Erika, y así podremos repartir mejor los asistentes para evitar masificar las ya existentes. En el fondo ha sido un día bastante productivo, más de lo que me esperaba.

Me dispongo a entrar y subir la escalera cuando siento que alguien me agarra de la cintura y me da media vuelta; voy a gritar, pero lo veo a él y, sin emitir sonido alguno, lo que hago es apartarlo como si su contacto me quemara.

—¿De qué vas?! —suelto después, y levanta las manos para que pueda ver que no me va a hacer nada, además de darme tiempo para respirar un poco y reaccionar—. ¿Ya la has vuelto a dejar sola? ¡Esto es increíble!

—Si me permitieras hablar, te diría que está viendo los dibujos. —Me aferra de la mano y, sin preguntar, tira de mí, arrastrándome hasta el porche; desde allí la puedo ver, ensimismada y riendo frente a la televisión—. ¿Más tranquila?

—Pues sí, la verdad. —Le giro la cara y voy a darme la vuelta cuando le oigo decir:

—Ella es...

—No me des explicaciones, no las quiero, pero, ya que está a tu cuidado, deberías vigilarla mejor. —No lo dejo hablar, no quiero que se sienta obligado a contarme nada, ni tampoco me hace falta, porque él no sabe que ayer les oí y sé perfectamente de quién se trata.

—Y lo intento, pero no me resulta fácil; nunca he cuidado a un niño.

—¿En serio? No se nota —me burlo de él.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

Lo último que voy a hacer en este mundo es lloriquearle, y mucho menos darle a entender que voy detrás de él como una idiota.

—¿Tu nariz? Al final te has operado.

—Qué observador. —Le sonrío y me digo mentalmente que para nada estábamos pensando en lo mismo—. Estoy bien, gracias.

—¿Has ido sola al hospital? Si me lo hubieras dicho, te habría acompañado.

—¿No te ha dicho Ian que he ido con él? Creía que erais más amigos —le

miento como una bellaca, porque quiero hacerle daño... mucho, a decir verdad, e Ian es con el único que sé que se va a molestar.

—No creo que Ian consiga que te retuerzas como lo haces conmigo.

Al decir esto, su mirada se torna oscura, lasciva, y, aunque está intentando disimularlo con todas sus fuerzas, la rabia emerge por cada uno de los poros de su piel.

—No te puedes imaginar de lo que es capaz tu amigo.

Sé que se está cabreando mucho.

—¿Ah, sí? Y él consigue esto —me agarra de la cintura y me apoya contra el muro que separa nuestras casas; luego acerca sus labios a los míos, consiguiendo, para mi desgracia, que mi pecho se eleve con cada una de mis respiraciones.

Lo miro fijamente a los ojos, al igual que está haciendo él, y atrapa mis labios como siempre lo hace, con necesidad y deseo, y yo le respondo, lo beso, mientras cuele sus manos por debajo de mi camiseta y aprieta mi espalda hacia delante para tenerme más contra él.

—No puedo más, llevo días deseando que llegue este momento.

—¿Dónde has estado? —Esta vez no dudo en preguntarle, sin miedo a que sienta que le estoy pidiendo explicaciones, sin necesidad de sopesar si estoy haciendo bien o mal; simplemente quiero saberlo.

—Muy lejos, demasiado trabajo lejos de esta ciudad.

—¿Tan atareado como para que ni tan siquiera me hayas enviado un mensaje?

—Nunca lo he hecho —sentencia.

Atrapa con sumo cuidado mis mejillas y me besa lentamente, deteniéndose en mi labio inferior, que mordisquea, y poco a poco siento que mi cuerpo reacciona, que ya no se conforma con ese tímido contacto. Mi cuerpo sabe lo que Luca consigue con él, y al muy egoísta no le importa lo que yo sienta, sólo quiere volver a tenerlo... y no lo culpo, yo también lo necesito.

—¿Luca? —oigo la voz de una mujer y me giro de repente, con tan mala

fortuna que chafó mi nariz contra la suya y grito de dolor—. ¿Estáis bien? — pregunta, y miro hacia el suelo; entonces me llevo las manos a la nariz y veo cómo cae líquido de ella.

—Estás sangrando.

—Ivy, trae el botiquín de mi baño. —Luca procura que lo mire a él, pero no lo hago; intento caminar hasta mi salón, pero no me deja.

—¡Sí, voy! —La chica, a toda prisa, tira su bolso al suelo y sale disparada hacia el interior, supongo que en busca de lo que Luca le ha pedido.

—No, no, estoy bien. —No lo estoy en absoluto: me duele muchísimo, tanto que se me caen las lágrimas sin que pueda evitarlo.

—Siéntate, por favor. —Esta vez sí que le hago caso, porque debo reconocer que me he mareado al ver la sangre—. ¡Salta! —Nervioso, le pide a Ivy que cruce el muro—. Está muy pálida.

—Pero ¿qué le ha ocurrido?

—Acaba de operarse el tabique nasal, y se ha golpeado conmigo. Puedes curarla, ¿no?

—Tranquilo, sabes que puedo. —Veo cómo le sujeta un hombro y cómo se miran, y estoy a punto de llorar más, pero no debido al dolor de nariz, que sigue siendo muy intenso, sino del que está destruyendo mi corazón, haciéndolo pedazos—. No te muevas; soy enfermera, sé lo que hago.

Genial, encima es salvadora del mundo, cómo para competir con ella.

Me quita las tiritas que mantienen el tabique en su sitio y, con sumo cuidado, palpa la zona, supongo que para comprobar que todo sigue en su sitio.

—El tabique está intacto, pero muy sensible, de ahí el sangrado. Voy a limpiarte.

Asiento y veo cómo Luca la mira con admiración, y poco a poco me voy hundiendo más y más en la miseria; no me puedo creer que su, supongo que, ex, me esté curando la nariz con tanto cariño que me siento mezquina.

—Debe de ser Ian —nos informa Luca cuando los tres oímos el timbre—,

ahora vuelvo. —Salta el muro y va corriendo a abrir la puerta—. Aquí estamos —anuncia poco después.

Están a mi espalda, así que no puedo verlos hasta que saltan de nuevo y se ponen a mi lado.

—¿Estás bien, Noelia? Hola, Ivy. —Le da dos besos en la mejilla y ella sigue poniéndome las tiritas para terminar con la cura, mientras el recién llegado me mira bastante sorprendido.

—Te he dejado un poco de algodón; mantenlo ahí un rato hasta que deje de sangrar, después lo retiras.

—Gracias. —Mi voz es la más cómica del mundo, pero es la que tengo en estos momentos con la nariz taponada.

—Pero ¿qué te ha ocurrido? —Ian insiste en preguntar, ya que nadie le está contando nada.

—La he golpeado sin querer. —Luca es quien contesta por mí, sin pretender dar muchas explicaciones—. Ya me podrías haber comentado que ibas a llevarla al hospital, podría haberlo hecho yo, que estoy más cerca.

Ian me mira confundido y yo me encojo de hombros, consciente de que le he dicho una mentira a Luca, pero lo que no sabía era que éste lo vería tan pronto y se lo echaría en cara; menos mal que el pobre Ian no parece que tenga intención de sacarlo de su error.

—Fue un placer, tranquilo. —No sé si su respuesta le ha gustado un pelo, pues debo reconocer que no dejo de meter cizaña entre ellos dos—. Ivy, Abril está enorme y preciosa. Hacía mucho que no la veía, ¡vaya cambio ha dado! —Desvía el tema rápidamente y me mira de soslayo, sonriente, hecho que no le pasa desapercibido a Luca, pero que todos simulamos no ver.

—¿A que sí? Es un amor de niña, nada que ver con su padre. —Mira directamente a Luca, que se enfada muchísimo, a juzgar por la fuerza que ejerce con sus mandíbulas.

—Es igual de preciosa que su madre.

—Eres un halagador, Ian.

—Sabes que nunca miento, ¿verdad, cariño?

¿Cariño? Cómo que cariño, si apenas te conozco, y encima acabas de mentir por mí, pero no me queda otra que callarme, así que asiento y le doy la razón.

—¿Estás mejor? —Me aprieta un hombro, sintiéndose bastante culpable.

—Sí, sobreviviré. —Levanto el puño doblando el brazo, enseñándole lo fuerte que soy—. ¿No teníais que ir a la fiesta?

—¿No vas a venir?

A pesar de su pregunta, es evidente la respuesta: cómo lo voy a hacer, con el pimiento que tengo en la cara y, encima, después de haber sangrado; prefiero no moverme, no vaya a ser que termine de nuevo en el hospital.

—Es mejor que descanse. —Al final voy a tener que darle la razón en todo a esta mujer, y me joroba soberanamente, porque la muy asquerosa es perfecta; es imposible que pueda competir con ella, me ganará siempre.

—No quiero que estés sola después del golpe. ¿Y si vuelves a sangrar o te mareas? —Noto la preocupación en la voz de Luca y siento que, aunque ella esté cerca, nuestra química no se está viendo resentida.

—Se puede quedar conmigo y con Abril, ¿qué te parece?

Luca espera mi respuesta mientras Ian me mira en un segundo plano, un poco sorprendido. No lo culpo, hasta yo lo estoy por estar metiéndome en este lío, pero ¿qué voy a hacer? Asiento en silencio.

—¿Seguro? —insiste.

—Que sí, pesado. —En parte me encanta saber que se preocupa por mí.

—Estará bien. —Ivy lo empuja para que se vayan ya—. Ian, me ha encantado verte; espero que un día, con más calma, podamos charlar un poco.

—Eso está hecho. —Le da un fuerte abrazo y le besa la mejilla con mucho cariño. Es obvio que se conocen muy bien—. Me debes una, y una conversación a solas.

—Gracias, y lo siento —me disculpo con cara de «no me odies mucho».

—Cuídate esa nariz, por favor.

—Lo haré. —Los dos saltan el muro y yo permanezco al lado de Luca, que aún no se ha ido de mi porche, mientras vemos cómo ellos entran en el interior de su salón. Luego me mira fijamente antes de volver a abrazarme y permanecer a pocos centímetros—. No deberían vernos.

—Si quieres, me quedo contigo.

—Ya te he dicho que no; vete a buscar a una Barbie de esas que después te acosan y no te dejan vivir.

—¿Eso quieres que haga? —Es una pregunta con doble filo, lo sé muy bien—. Contesta.

—¿Qué quieres oír? ¿Que sí? Pues sí. ¿Que no? Pues no.

No soy clara, pero parece que le ha gustado mi contestación, porque, sin decir nada más, me besa en los labios y yo le respondo, consciente de que estoy siendo una estúpida, una imbécil y una idiota por no decirle que lo que realmente quiero es estar con él, y lo último que deseo en este mundo es que otra persona bese esos labios..., pero no se lo confieso, ni siquiera se lo dejo entrever.

Finalmente él también salta el muro y me quedo paralizada en mi porche, sin saber muy bien qué pensar. Si estuviera en Lanzarote, ahora llamaría a mi amiga y en pocos minutos estaríamos las dos conversando y ahogando las penas en una botella, pero no está a mi lado; estamos tan lejos, y tan ocupadas, que, como ya sabía, nada es lo mismo.

—Noelia, ¿vienes?

Capítulo 18

—Sí, sí —le respondo a Ivy, que está esperándome en el porche mientras observo cómo ellos se marchan a la fiesta.

—Abril, hoy cenamos con ella. Como está malita, ¿qué cenamos cuando uno está malito?

—¡Sopa!

Las miro y sonrío; la niña es un amor y es la primera vez que me sonrío. Supongo que, al estar su madre, ya no le parezco tan desconocida.

—¿Te importa? —me susurra para que Abril no la oiga y yo niego con la cabeza para que no se preocupe; la verdad es que, con tal de no ponerme a cocinar, comería cualquier cosa.

—¿Qué te ha pasado?

La niña va a tocarme la nariz y me alejo rápidamente, ante su sorpresa.

—Cariño, tiene pupa, no se la toques, ¿vale?

—Un chico bastante feo me dio un golpe y me la rompió hace unos meses, y ayer volvieron a operarla para dejarla como nueva.

—No me digas que él te la... —Ivy no termina la frase, porque se lleva las manos a la boca, y afirmo para que sepa que Luca fue quien me la partió.

—Sí, aunque evidentemente se trató de un accidente; digamos que entré en una habitación en el segundo oportuno sin darle tiempo a verme y me atizó con una barra de hierro que usaba a modo de guía.

—Ostras. Vaya porrazo te dio.

—Si te digo la verdad, no me enteré de casi nada. Creo que mis amigos lo pasaron peor que yo.

—Normal, se asustarían mucho. ¿Sucedio aquí?

—No, en el nuevo hotel de Campos, en Lanzarote.

—¿De Bruno? Hace mucho que no lo veo. Luca me ha dicho que se ha casado y todo.

—Con mi mejor amiga; por eso vivo en su casa, lo ayudo con el centro de yoga de Los Ángeles que acaba de inaugurar —le explico para que conozca un poquito mi situación.

—Vamos a la cocina y seguimos charlando. Abril, no salgas fuera, ¿de acuerdo? —le advierte, y la pequeña acepta, sentándose de nuevo en la alfombra y abrazando a su muñeca para luego continuar viendo los dibujos animados en la televisión—. Ya me había extrañado verte en su casa, él nunca la ha alquilado.

—Mientras encuentro una para mí, me deja vivir en ella.

—Pues aprovecha todo lo que puedas, que los alquileres en esta zona están por las nubes; te lo digo yo, que vivo cerca.

Eso no lo sabía... así que la ex vive cerca... Genial, lo que me faltaba, y encima es muy simpática; si al final no voy a poder odiarla.

—Prefiero buscarme algo y no depender de su casa.

—¿*Nuggets* de pollo, además de la sopa? —me pregunta encogiendo los hombros, consciente de que no es el menú ideal para los adultos, pero sí para Abril.

—Con salsa barbacoa.

—Eres de las mías. —Vacía la bolsa en la freidora y veo cómo las burbujas del aceite suben unos segundos—. Así que conoces a Ian y a mi Luca. Joder, comenzamos bien; ha dicho *mi*. Intento disimular mi resignación.

—Algo...

—Estás con Luca, ¿no?

—Estar, estar, pues no; es complicado de explicar.

—Luca es muy especial, te lo digo yo —venga, que ya nos adentramos en las curvas, a ver cómo termina esta conversación—, pero, cuando te lo ganas,

lo consigues todo. Para él sus relaciones personales no han sido fáciles, y por ello se ha cerrado en banda y no quiere nada serio con ninguna.

—Eso nos sucede a todos en alguna etapa de nuestra vida.

—Ya, pero a él le he complicado un poco la vida y, aunque me duela haberlo hecho, no he tenido más remedio.

—Por... —No quiero decir su nombre para que Abril no me oiga, y mucho menos quiero que sepa que hablo de ella.

—Sí. Yo estaré un tiempo en su vida, no sé cuánto, pero ella lo estará siempre... y creo que Luca tiene miedo a que le fastidie su vida sentimental. — Voy a decir algo, pero me corta y espero que acabe de hablar—. Ya sé que tener una niña a su cargo no es plato de buen gusto, para nadie, y mucho menos para una chica que no tenga hijos y quiera comenzar de cero, pero Abril está en el mundo y él es el único que le puede dar el cariño que necesita. —Va conversando conmigo mientras remueve la sopa y la huele.

—Supongo que, si esa mujer se enamora de él, no le importará —mientras lo digo, yo misma asumo mi frase, porque es lo que me espera en mi vida, y la verdad no sé si me veo inmersa en ella.

—No es tan fácil, te lo digo yo. He intentado rehacer mi vida con otras personas y no me ha sido nada sencillo.

—A veces no hay que pensar tanto y se trata de dejar que la vida nos muestre el camino.

—Me gustas para Luca, eres sincera y sé que te importa.

No soy capaz de responder; la miro mientras intento comprender la situación y, sobre todo, descubrir si tiene dobles intenciones, porque la verdad es que no me veo capaz de decirle eso a una chica que se enamore de mi ex. Al contrario, hablaría pestes de él. Puede que, al tener un hijo en común, todo cambie, pero de igual modo me resulta extraño.

—Mami, ¿es de estrellas?

La voz de Abril me obliga a regresar de mis cavilaciones. La observo y de verdad que, cada vez que lo hago, me recuerda más a su padre.

—No, aquí no hay de esas, pero sí de letras. Podemos escribir tu nombre.

—Bien.

—¿Me ayudas a poner la mesa?

Rodeo la isla y cojo los cubiertos que me ofrece y los llevo a la mesa. Abril viene cargada con las servilletas y las deja de cualquier manera.

—¿Quieres que te eche una mano? —La pequeña asiente curvando la comisura de sus labios hacia arriba y me dan ganas de achucharla, es una chiquilla preciosa. Cojo el montón de servilletas y pongo una a cada una, y el resto las dejo a un lado, para que no estorben—. No te importa que cene con vosotras, ¿verdad?

—No.

—¿Cómo nos va a importar? Así no lo hacemos solas; cuantas más seamos, mejor lo pasaremos.

Nos sentamos a la mesa y compruebo que Ivy se preocupa en todo momento de que Abril no se queme; para ello, comienzan a apartar letras del caldo y, dejándolas sobre un plato plano vacío, van formando el nombre de Abril, después el de Ivy y, para terminar, escriben el mío y me siento emocionada y contrariada por estar viviendo este momento.

Apenas intervengo en la conversación, porque Ivy sólo se preocupa de que se lo coma todo, mastique con la boca cerrada, esté bien sentada a la mesa... y el resto del mundo no existe, así que ceno en silencio y, cuando ya he terminado, me encargo de recoger la mesa. Abril se ha quedado dormida en el sillón mientras veía la tele.

—Gracias por la cena, no os molesto más.

—Espera, no te vayas. —Coge a su hija en brazos y la sube al piso de arriba; espero de pie en el salón a que regrese, sin saber muy bien qué hacer—. Ya está. Espero que hayas estado cómoda y, sobre todo, que te vuelva a ver.

—Supongo. Vivo al lado, en algún momento coincidiremos.

—Ten paciencia con Luca.

—Me apodan santa paciencia —bromeo y, antes de que me dé cuenta, se acerca para darme dos besos.

—Luca odia las arañas.

—Y eso me lo dices, ¿por?

—Por si necesitas algo con lo que molestarlo mucho.

—Me lo apunto, nunca se sabe. —Si es que, de verdad, no puedo ser borde con esta mujer, es puro amor.

—Cuídate esa nariz, y no dejes de tomar el antiinflamatorio.

—Gracias.

Le digo adiós con la mano y vuelvo a pasar a mi casa saltando el muro. Agotada por el día, me voy directa a la habitación, donde me pongo el pijama y veo un capítulo de la serie que estoy siguiendo... aunque poco a poco siento que se me cierran los ojos, así que decido apagar la tele y dormir de verdad.

Abro los ojos al oír varias veces que llaman a la puerta. Miro el reloj y compruebo que son las siete de la mañana de un domingo. Estiro las piernas y los brazos al tiempo que bramo y vuelvo a oír el maldito timbre. No tengo más remedio que bajar antes de que me lo fundan.

—¿Has visto la hora que es?

—¿Aún estás así? —Me mira de arriba abajo y se queda observando mi querida nariz, que supongo que aún tiene una pinta espantosa.

—Es domingo, ¿lo sabes?

—Sí, lo sé. Me tengo que ir un par de días, pero te quería dar esto. —Me ofrece un sobre y lo miro sin saber qué es.

—¿Y ya está?

—¿No lo vas a abrir? —Lo miro adormilada y no, no me apetece abrirlo ahora mismo. Voy a cerrar la puerta cuando él me detiene—. Es el dinero de tu operación, te lo debía, y ella quiere decirte adiós.

Me asomo al exterior de la casa y, apoyada en la puerta del parking, veo a una tímida niña de tres años que me mira con los ojos vidriosos.

—Si vuelvo a venir, ¿estarás aquí? —me pregunta.

—¡Claro! Sólo tendrás que llamarme por la terraza y me asomaré.

—Gracias. —Me abraza una de las piernas y miro a Luca, que sonrío embelesado por la ternura de esa cría. Luego corre hasta el coche, donde la espera Ivy, que me dice adiós con la mano.

—¿Se van ya?

—Sí, tengo que llevarlas.

—Cuando regreses, ¿me avisarás? —Mientras digo esto me fijo en su forma de vestir; va muy arreglado y está más guapo que nunca.

—Te avisaré.

Me acaricia la mejilla y, cuando pienso que va a besarme, se aleja hasta llegar a su coche, sube y se marchan. Me quedo parada en la puerta hasta que los veo desaparecer de mi campo de visión y me adentro para pasar un domingo aburrida en casa sin hacer mucho más que ver la tele.

Capítulo 19

Tras una larga hora en la que he estado maquillándome para disimular los moratones de mi rostro, y asumiendo que el antiinflamatorio se ha convertido en mi mejor aliado, creo que estoy decente para presentarme en el centro. Podría quedarme en casa, que para eso Jamie me acercó mis cosas, pero no me apetece, prefiero relacionarme un poco y no sentirme tan sola.

Cojo todos mis enseres y me miro una vez más en el espejo de la entrada para comprobar que todo está correcto, y así es. Me coloco el casco y, cuando salgo, veo la moto aparcada en la puerta, pero antes de montarme en ella me detengo a mirar su casa, aun sabiendo que no está aquí, él mismo me lo dijo el día anterior.

Me subo a la moto y poco a poco me alejo, con la imagen de Luca en mi cabeza, preguntándome cuándo ha sido el momento en el que todo ha cambiado, cuándo he pasado de no poder ni verlo y odiarlo hasta la saciedad a pensar en él como persona, como amante, por no querer mencionar la palabra «sexo»; con él ha sido todo diferente, atípico, y supongo que por ello ha conseguido algo que otros no han logrado jamás, llamar verdaderamente mi atención.

Capto el claxon de un coche y levanto el brazo para que sepa que ya lo he oído y arranco al comprobar que el semáforo lleva unos segundos abierto para mí, y me dirijo, ahora sí concentrada exclusivamente en la conducción, hasta el centro de yoga.

—Pero ¿qué haces aquí? —me dice una voz en el instante en el que paso la pulsera por el detector; me giro y descubro a Erika a mi espalda.

—Trabajar.

Me mira como si hubiera visto un fantasma.

—No estás nada mal. —Se detiene a estudiar mi nariz y, aunque me incomoda un poco, dejo que siga haciéndolo, sin quejarme, porque al menos sé que tendré una opinión sincera—. Realmente, tu cirujano es una maravilla.

—Aún la tengo hinchada, pero parece que va a quedar bien.

—Apenas se nota. —No sabe la alegría que me acaba de dar—. Te habrá costado una pasta.

—Algo... bastante, no te voy a engañar, aunque he jugado con los seguros.

—Me tendrás que pasar la dirección o el teléfono de tu médico, me gustaría ponerme más labios. —Mientras lo dice, hace morritos como si estuviera haciéndose un selfie.

—Cuando quieras, te los doy.

—¿Y tu vecino?

—¿Qué? —le pregunto sin comprender a qué se refiere y espero a que siga hablando.

—¿Cómo que qué? ¡Está muy bueno! Te lo vas a ligar tú o puedo lanzarme sobre él un día.

No me lo puedo creer, esta tía no pierde ocasión.

—Quieres trabajar un poco, por favor. —Hago aspavientos con una mano para que camine hasta la sala y deje de decirme tonterías, provocando que se ría.

—Lo capto, es tuyo.

—Yo no he dicho eso —resoplo y, negando con la cabeza, camino hasta mi despacho, donde dejo todas mis pertenencias y me preparo para trabajar y dejar de cotillear.

Enciendo el ordenador y lo primero que hago es mirar la cuenta de correo electrónico del centro. Tengo bastantes *emails* nuevos de pequeñas tiendas que están aceptando nuestra publicidad a cambio de pequeñas aportaciones, incluso tengo un correo de un hotel de Venice Beach que quiere una

masterclass para sus clientes, así que, más feliz que nunca, les voy respondiendo... hasta que leo uno suyo.

De: Luca Martín
Para: Noelia Plaza
Asunto: Baja laboral

Buenos días, señorita Plaza.

¿Usted sabe lo que es una baja laboral? Se trata de un permiso al que todo trabajador tiene derecho cuando no está en condiciones de trabajar, como es su caso.

¿Qué haces en el centro? ¿Quieres darte otro golpe y que tengan que llamar a una ambulancia?

Un saludo nada cordial,

Luca Martín
Martín Innova Security

No me lo puedo creer, ¡me ha hecho reír y todo! Ahora parece que mi vecino, alias rompenarices, se preocupa por mí. Pues se va a enterar de quién soy yo.

De: Noelia Plaza
Para: Luca Martín
Asunto: RE: Baja laboral

Si acudir a mi puesto de trabajo supone que tendré contacto directo con el mismísimo señor Martín, ese que está tan ocupado, cuyas formaciones son exclusivas y tan... personalizadas, pues tendré que venir sin falta.

Todavía recuerdo cómo terminamos en el lugar en el que estoy ahora mismo, pero por desgracia tú no estás... y no sé si te encuentras lejos o cerca, quién sabe.

Noelia

Sé que me va a responder, se lo he puesto a huevo, y espero ansiosa a que aparezca en la bandeja de entrada su correo.

De: Luca Martín
Para: Noelia Plaza
Asunto: RE: RE: Baja laboral

Señorita Plaza,

No me tientes, porque desafortunadamente estoy más lejos de lo que me gustaría y no puedo presentarme en tu centro de trabajo para obligarte a irte a casa. Es más, yo mismo te metería en la cama y te obligaría a descansar.

Por favor, utiliza WhatsApp.

Luca Martín
Martín Innova Security

En otro momento no le haría ni caso, pero, sabiendo que los correos de empresa puede leerlos otra persona, pillo el teléfono y busco su nombre; primero escribo «Luca» y no aparece en los contactos. Se me escapa una carcajada y entonces busco por «rompenarices» y lo veo escrito junto al icono de una caquita muy simpática; aún recuerdo el día que lo guardé en la agenda, cuando éste me entregó la carpeta de Campos con los datos de los vecinos para ayudarlo a gestionar la comunidad.

Tecleo el primer mensaje y espero que me responda.

¿Por aquí mejor?

Mejor.

Me aburría en casa.

No deberías haber ido, recuerda cómo sangraste.

Ya estoy bien. Por cierto, ¿cómo sabes que he venido?

Monitorizo las entradas, ¿lo recuerdas?

Qué control, por Dios.

Díselo a tu jefe.

Se lo diré, vaya si lo haré. En cuanto termine
su viaje de tortolitos.

Te tengo que dejar, cuídate.

—¿Te apetece un café?

Alzo la vista hacia la puerta y veo a Amber ya cambiada, y no me lo pienso dos veces, me pongo en pie y cojo mi bolso.

—Vamos.

—Genial, cuento con tres horas antes de tener que ir al aeropuerto para el siguiente vuelo.

—No sé cómo no vives angustiada.

Le abro la puerta y la invito a salir del centro.

—¿Quién te ha dicho que no lo haga? —Me sonrío y comienza a bajar la escalera; la sigo hasta que llegamos a la entrada—. La verdad es que te acostumbras, pero no resulta fácil.

—Menos mal que no tienes familia.

—¿Quién te ha dicho que no la tenga? Tengo una pequeña de siete años que vive con mis padres; voy a verla todo lo que puedo, pero aquí no puedo tenerla, no tendría con quién dejarla mientras trabajo.

—Me acabas de dejar de piedra.

—¿Por qué?, ¿tan mala madre te parezco?

No quiero que piense eso, y por ello me explico de inmediato mientras nos dirigimos a la cafetería.

—Yo no he dicho eso, ni mucho menos, pero sí me sorprende que tengas a tu hija a tantos kilómetros de distancia debido al trabajo.

—Perdona, pero es que es un tema sensible para mí. El caso es que siempre me han juzgado porque elegí cumplir mi sueño por encima de todo, mis padres los primeros. Supongo que debería haber pensado en ella y no haberme mudado sola a Los Ángeles, pero... lo hice.

—Puede que, al no ser madre, mi opinión no sea tan válida, pero para mí lo que has hecho es de valientes, y más sabiendo que tu pequeña está bien con tus

padres.

—La echo mucho de menos.

Veo el brillo en sus ojos y puedo sentir lo mal que lo está pasando y el apoyo que le ha faltado desde que está aquí.

—No me extraña, pero aquí tienes a una amiga que nunca te va a juzgar.

—Entonces, a este café invito yo. —Nos miramos sonriendo y nos acercamos a la barra para pedir—. ¿Qué quieres?

—Un *frappuccino* descafeinado con leche de avena y *topping* de caramelo.

Me mira sorprendida, aunque no es la primera que reacciona así; en realidad todo el mundo lo hace cuando lo pido, pero es lo que me gusta.

—Otro igual, pero sin *topping* de caramelo.

—Oye, esto sí que es una sorpresa. —Ahora soy yo la que la miro alucinada y ella rompe a reír.

—¿Nombre? —El camarero espera que le digamos los nombres que debe poner en los vasos y es ella la que le responde.

—Ber y Noe.

Nos entregan las bebidas y nos sentamos a la misma mesa del otro día, desde la que puedo ver el centro.

—¿A dónde vuelas?

—Hoy me voy a Brasil. —Se nota que le entusiasma su trabajo por la intensidad de su mirada, el brillo que desprende conforme habla de ello—. Mi sueño es llegar a pilotar el avión, pero las mujeres no lo tenemos fácil. Nos piden un número de horas de vuelo, pero, por ser mujeres, no nos dan la oportunidad de hacerlas; siempre son hombres las que las acumulan y nosotras quedamos relegadas a un segundo puesto, a la espera de que alguno falle y no tengan más remedio que contar con nosotras. —La escucho y no doy crédito; esto tengo que hablarlo con Ian; quizá él, que conoce a tanta gente, pueda ayudarla. No es justo lo que le está ocurriendo—. Así que, mientras tanto, me conformo con volar, aunque sea de azafata.

—Yo me pondría en plan de guerra, vaya...

—¿Y qué pretendes que haga? Los dueños de las compañías son arcaicos.

—¿Yo? Me plantaría en medio de la pista y el avión no despegaría hasta que me asegurasen un cambio. Perdona, soy demasiado radical.

—Me gusta tu idea, y tal vez, llegado el momento, la tenga en cuenta. —Si es que soy una loca, sólo a mí se me ocurriría algo así, pero no le ha molestado mi idea. A juzgar por sus risas mientras lo decía, le ha parecido muy graciosa.

—Si llegas a hacerlo, me avisas y te echo una mano.

—Hecho.

Doy un trago de forma brusca y el contenido del vaso me entra en la nariz.

—Joder, joder, si es que... —Cojo un par de servilletas y, con mucho cuidado, me limpio para no hacerme daño—. ¡Qué torpe soy!

—¿Quieres un poco de maquillaje? Siempre llevo en el bolso.

Rebusca en el interior y saca un neceser del que me ofrece un corrector, una base y unos polvos que agradezco.

—Me acabo de operar y me duele un montón.

—Lo he imaginado. Tranquila; ve al baño, te espero aquí.

Acepto lo que me ha ofrecido y busco la puerta de los servicios.

En cuanto entro, me miro en el espejo y compruebo que, con la servilleta que acabo de usar, me he quitado parte del maquillaje y se ve un poco de morado y rojo en la zona de la punta de la nariz. Vierto un poco de corrector y, con ligeros toques, va desapareciendo. Por si acaso, aplico la base y los polvos y finalmente vuelvo a mirarme; apenas se aprecia nada.

—Mil gracias. Ya he disimulado mi pimiento —le digo cuando vuelvo a la cafetería.

Se me escapa la risa y ella me mira con cara de «menuda exagerada».

—No es para tanto.

—Porque no me viste hace tres días, parecía Miss Potato, si es que vaya mala pata tuve rompiéndome el tabique.

Pone cara de dolor y asiento con la cabeza, ¡vaya si me dolió!

—Pues ahora estás fantástica, lista para ligar.

—Uf, no, no me apetece ahora mismo.

—¿No? No me lo puedo creer, debes de tenerlos haciendo cola.

No puedo evitar reírme. La verdad es que no he sido de tener muchas citas, más bien de utilizar lo que he tenido a mano, aun sabiendo que no debía seguir con ello. El ejemplo más claro ha sido Teo.

—Qué va, y en este momento, el único que parece estar, me va a volver loca.

—Eso es normal.

—Y tú, ¿no hay ningún *cowboy* esperándote?

Sólo de imaginarlo con la cuerda en el aire haciendo círculos, con botas de montar y ese olor a hombre, me entran ganas de irme con ella a su granja.

—En absoluto; mi ex era un donjuán y me dejó embarazada para dejarme luego más tirada que una colilla.

—Cabrón.

—Amén —me responde, y choca su vaso, ya casi vacío, contra el mío—. Así que vamos a tener que quedar para irnos a ligar, ¿no?

—Cuando quieras. Estoy deseando disfrutar de esta ciudad, apenas lo he hecho desde que he llegado.

—Pues eso hay que cambiarlo, pero ahora, si me disculpas, debo irme, un avión me espera.

—Apúntate mi número y, cuando estés por aquí, me avisas si quieres.

—Claro.

Se lo digo y lo guarda en su teléfono; luego me hace una llamada perdida y yo la añado a mis contactos como Amber.

Capítulo 20

—¡Joder, qué susto! —Me llevo las manos al pecho e intento respirar más tranquila cuando veo que al gracioso de Luca se le ha ocurrido tirarme del bolso cuando me disponía a abrir la puerta de casa—. Apareces de la nada, ¿y crees que eso es gracioso?

—He estado tentado de violarte en la misma puerta, pero he rechazado la idea por el riesgo de que algún vecino me denunciara por escándalo público; ni te imaginas lo remilgados que son algunos habitantes de esta calle.

—Si tienes narices, lo intentas.

—¿Qué te pasa?

—Nada, Luca; estoy cansada, déjame en paz.

Intento cerrar la puerta, pero no me lo permite, pues la agarra con todas sus fuerzas y decido entrar en casa sin importarme que permanezca en ella. Desde luego no puede pretender que vaya detrás de él o que lo reciba como si nada cuando no he sabido nada de él en tres largos días. Claro que no; ante todo tengo dignidad y ni él ni nadie me la va a pisotear.

—¿Quieres dejar de ignorarme? Llevo un día de mierda.

—Pues mira, ya somos dos.

Dejo mi bolso de mala gana sobre la mesa, provocando un gran estruendo, y camino hasta la cocina; en ésas estoy cuando me agarra de la cintura, como acostumbra a hacer, y me gira para mirarme a los ojos.

—No sabes las ganas que tenía de volver a besarte.

—Ya se ha notado. Mira, Luca, no voy a estar disponible cuando a ti te apetezca; estoy cansada, de verdad.

A pesar de mis palabras, no me hace ni puñetero caso y me besa, pero, a

diferencia de los otros días, no le respondo del mismo modo; en realidad, ni me muevo.

—He tenido mucho lío, no he podido llamarte.

—No te he pedido que lo hagas —suelto antes de girar la cara para evitar un nuevo beso.

—Sí lo estás haciendo, aunque no me lo digas explícitamente. —Me muerde el cuello y dejo caer mi peso en la isla de la cocina, para que no note que poco a poco me estoy dejando vencer—. No me digas que no tienes ganas.

—Ningunas.

—Mentirosa.

—Ya te gustaría. —Le doy un toque con la rodilla en sus partes bajas y veo cómo se encoge de dolor—. Será mejor que te vayas.

—¡Estás loca! No sé cómo lo he dudado un instante.

—Mira, ¿sabes qué?, idos a la mierda tú y tu dinero. —Voy al mueble del comedor para coger el sobre que me entregó cuando se marchó y se lo devuelvo—. Y ahora, si no te importa, te vas a tu casa y me olvidas, o mejor te buscas a otra que esté disponible cuando te dé la gana.

—¿Te ha venido la regla o qué?

No ha terminado la frase todavía y ya lo estoy mirando con ganas de cogerlo del cuello y apretar hasta que no pueda respirar, pero no merece que pierda un segundo en él.

Subo la escalera hacia mi habitación y cierro dando un sonoro portazo para que lo oiga. Luego voy al baño, me siento en el váter y me cambio el tampón.

«Y no, no estoy de mala leche porque tenga la regla, sino porque eres un capullo integral.»

Me lavo las manos y bajo para disponerme a cocinar, tal y como tenía previsto antes de que irrumpiera. Saco el pescado fresco que compré ayer y troceo todas las verduras sobre la madera con cortes secos y rápidos; a continuación las coloco en el escurridor y abro el chorro de un manotazo para limpiarlas.

—¿Podemos hablar?

—Creía que te habías ido —contesto como si nada, y enciendo el horno para precalentarlo—. Lo he dicho en serio, estoy muy cansada y no me apetece discutir.

—Ni yo quiero hacerlo. —Se sienta en uno de los taburetes de la isla y me mira fijamente—. Perdona... por lo de antes.

—Perdonado —respondo autómatamente, cerrando el grifo y moviendo el escurridor para que se vaya toda el agua de las verduras.

—He tenido unos días muy complicados.

—No sé si debería alegrarme. —Nota el sarcasmo en mis palabras y curva la comisura de los labios en una pequeña sonrisa.

—Pues no, no deberías. Siento no haberte llamado, pero he estado con Abril y apenas he tenido un minuto libre. —Bueno, parece que quiere darme explicaciones sin necesidad de que le haga ninguna pregunta—. ¿Me podrás perdonar?

Me giro para mirarlo con los ojos bien abiertos y por un instante dudo acerca de si se está riendo de mí o bien habla en serio.

—Vale, y no tengo nada en la nevera y ese pescado tiene una pinta deliciosa.

—Sólo hay uno, así que te vas a quedar con las ganas. —Alzo ambas cejas y se me escapa la sonrisa, aunque lo intento evitar por todos los medios—. Aunque, si quieres, podemos compartirlo... es bastante grande.

—No te digo que no. —Se levanta y viene hasta el fregadero, donde ve las verduras troceadas y, sin preguntar, abre la nevera y coge más para preparar más cantidad.

Lo miro de soslayo, con la mala fortuna de que me pilla y me da un caderazo, consiguiendo que casi me desequilibre y me caiga.

—No quiero tener que llevarte al hospital.

—No, por favor... que, como siga a este ritmo, me arruino. —Cojo el trapo que cuelga del mueble y me seco las manos—. ¿Patatas?

—¿Quieres jamón ibérico? —Le cambia la cara al decirlo; ambos sabemos que me chifla, y sólo de pensar en él se me hace la boca agua.

—Por favor. —Junto las palmas de las manos y, sonriente, desaparece de mi cocina para saltar el muro del jardín y coger de la suya el jamón, que ya estoy saboreando mentalmente—. No me lo puedo creer —digo cuando regresa, con el sobre entre mis manos; a pesar de estar cerrado al vacío, ya puedo oler su aroma.

—Dale las gracias a mi tía.

—Mejor le das un abrazo y un beso de mi parte. Esa señora se merece todo lo que te pida. —Niega con la cabeza, divertido, y se frota la frente—. ¿Te hago gracia?

—Me sorprendes.

—A ver, ahora, ¿qué he hecho?

—Nada. —Me agarra de la cinturilla del pantalón y me rodea con sus brazos para besarme, y esta vez lo dejo.

Me cuelgo de su nuca y lo beso como llevo deseando hacer desde el día que se fue. Me lleva hasta el frigorífico, pero no parece estar contento, porque me coge en volandas y me sienta sobre la encimera de la isla. Me mira fijamente de arriba abajo. Su mano comienza a desabrochar el botón del pantalón, cuando la alarma del horno empieza a sonar y me río al ver cómo niega para que lo ignore.

—Tengo que poner el pescado o no cenamos.

—Creo que ya tengo la cena delante.

—Luca...

Bajo de un salto y abro la puerta del horno. En ese momento siento que se pone justo detrás de mí, pegado a mi trasero, mientras me enfundo un guante y coloco la bandeja con el pescado; en ésas ando cuando se agacha para terminar de desabrocharme el pantalón.

—Tenemos... —mira el temporizador del horno—... doce minutos.

—Pues va a ser que no. —Me lo quito de encima como puedo y me cruzo

de brazos, ante su sorpresa—. Tengo la regla, así que no vas a tocarme.

—¿Estás de broma? —Niego riendo—. ¡Ves como tenía razón!

Me saco el guante de la mano y comienzo a atizarle en la cabeza con él para que deje de carcajearse.

—Vale, vale, entendido, no volveré a repetirlo... pero ¿me vas a dejar así?

Me enseña la erección que muestra el bulto de sus pantalones y me encojo de hombros y respondo:

—Con el vientre lleno. —Le señalo el horno y se lleva las manos a los ojos, para frotárselos.

—No me lo puedo creer.

—¿Un poco de jamón? —Vuelvo a coger el paquete que ha traído y, con la ayuda de unas tijeras que saco de un cajón, lo abro y comienzo a colocarlo en una fuente plana—. No me mires así; lo siento, pero no es culpa mía.

—Ni mía, pero no me dejes así.

—¿Y yo? ¿Crees que me gusta quedarme así?

No responde, supongo que no sabe qué decirme.

—¿Tienes pan? —Camino en dirección a él y lo aparto para poder abrir el mueble que hay justo detrás; de allí saco una barra para poder cortarla. Cuando me dispongo a hacerlo, me agarra y me aprieta contra él—. Aunque no pueda follarte, puedo besarte, ¿no?

—No te puedo decir que no.

Tal y como se lo digo, me besa y me abraza como hasta este momento nunca había hecho. Noto cómo respira profundamente y veo cómo cierra los ojos. Por primera vez no hay sexo de por medio, ni una necesidad feroz de tenerme; hay algo diferente, él es otra persona y creo que me gusta mucho más.

Se separa de mí y me mira fijamente, acariciándome las mejillas.

—Estás preciosa. —Me da un beso en la punta de la nariz—. La tienes perfecta. ¿Aún te duele?

—No quiero tocármela por si acaso, pero ya respiro bien, profundamente —se lo demuestro, inspirando aire—, sin ningún tipo de obstáculo.

—Eso es lo más importante.

Me da un casto beso en los labios y se separa de mí para coger el cuchillo que había dejado sobre la encimera; luego se encarga de cortar el pan.

—¿Aceite?

—Si te oyera Bruno, ahora mismo tendría deseos de matarte. —No entiendo por qué dice eso y supongo que mi cara se lo deja patente, porque no tarda en aclarármelo—. Pan con tomate, cosa de catalanes.

—Campos tiene toda la razón.

—Pero ¿tú no eras valenciana?

—¿Y tú cómo lo sabes? —No recuerdo habérselo explicado; en realidad apenas sé nada de él, al igual que no le he contado casi nada de mí.

—Digamos que tu madre me puso al día en el hospital.

—No quiero saber qué más te soltó. —Se le escapa una carcajada y me temo lo peor—. ¿Algo bochornoso? —Espero, impaciente, que responda.

—Nada, tranquila; Adriana se encargó de que no me contara mucho. —Un hurra por mi amiga, menos mal que siempre está cuando más la necesito—. ¡Prueba!

Me acerca un trozo de pan con una loncha de jamón y abro la boca para darle un mordisco, quedando un hilillo de embutido fuera de mi boca que no dudo en recogerlo con la lengua... y gimo como si estuviera teniendo el mayor orgasmo de mi vida.

—Tengo que conseguir de éste.

—Ya te dije que siempre tengo en casa. —Veo cómo muerde lo que ha quedado de mi rebanada y lo saborea.

—¿Cuánto has dicho que tienes? —Cojo del paquete una loncha entera y me la llevo a la boca ante su cara de asombro—. No me mires así, es irresistible.

Cuando el horno nos avisa, ya hemos terminado el sobre e incluso hemos puesto los cubiertos sobre la isla para cenar.

—Está muy bueno —me felicita poco después de empezar a comer.

—Gracias.

No es que sea una cocinera tipo chef, pero debo reconocer que el pescado siempre me ha salido muy bien.

Hablamos de que Campos y Adriana por fin vuelven a la vida real; ya se les ha terminado el viaje y me alegro de que volveré a tener a mi amiga disponible, al menos un poco más que ahora, que apenas tiene el teléfono encendido.

Poco a poco el pescado se va acabando, al igual que las verduras y el humor de Luca, que parece que se ha ido apagando lentamente, sin comprender muy bien la causa.

—¿Dónde he dejado mi teléfono?

—¿En tu casa?

—No, lo llevaba en la mano. —Se pone de pie y mira por encima de la cocina, sin encontrarlo—. ¿Me puedes llamar?

—Claro. —Cojo mi teléfono, que estaba dentro de mi bolso, y le hablo a Siri—. Siri, llama a... —Se me escapa la risa al recordar cómo lo tengo guardado en la agenda y me mira sin saber por qué me troncho—. Voy, voy... —Haciendo un gran esfuerzo, detengo la risa y, al fin, le doy la orden entera —: Siri, llama a rompenarices. —No lo miro a la cara, porque me voy a reír a carcajadas, aunque supongo que me está mirando.

«Llamando a rompenarices pequeño excremento sonriente», dice la aplicación, y no puedo más. Me río cuando Luca me quita el teléfono de la mano y ve que junto al nombre de su contacto aparece el emoticono de una caca.

—¿Te parece gracioso?

¡Y vaya si me lo parece! «Pequeño excremento sonriente»; es la primera vez que oigo a Siri describir los emoticonos y me muero de la risa.

Me tengo que sentar en el sofá para no mearme encima y, cuanto más intento parar de reírme, más lo hago, hasta el punto de que me comienzan a caer las lágrimas y me duele el estómago.

Veo cómo se acerca hasta mí al oír sonar su teléfono a mi lado y me aparta

de malas maneras para cogerlo, porque continúo riéndome como una desquiciada, cabreándolo tanto que se marcha sin decirme adiós ni darme las gracias por la cena.

Capítulo 21

Me acuesto en la cama y no puedo dejar de reírme, ¡qué inoportuno el dichoso asistente del teléfono! No tenía ni idea de que la aplicación leía los nombres a los que llamar incluidos los emoticonos. A partir de ahora será mejor que no los utilice o me puedo meter en algún que otro lío.

Vuelvo a recordar su cara y me desternillo de nuevo, si es que no puedo parar, y aún lo hago mucho más cuando oigo varios golpes a la pared. No me puede estar oyendo... ¿o sí?, ¿tan finas son las paredes? Me tumbo y me tapo con la colcha fina para que no me oiga y poco a poco consigo calmarme.

—Buenos días, ¿ya estás menos cabreado?

Me lo encuentro de buena mañana, cuando voy a entrar después de dar un paseo, antes de darme una ducha e irme a hacer mi primera clase de yoga. Al fin me veo capaz de ello y estoy deseando llegar.

—No tengo tiempo para tonterías.

Su tono de voz me molesta, mucho; no me puedo creer que, por lo de ayer, me tenga que hablar tan mal, así que no lo dudo y le contesto del mismo modo.

—Que te den, Luca.

—Perfecto, que tengas un buen día.

¡Vaya si lo voy a tener!, éste se va a enterar de quién soy yo... Como que me llamo Noelia que se va a arrepentir de haberme hablado con ese tono de macho alfa.

Cierro la puerta entre resoplidos y me voy al piso de arriba, donde abro el

agua y me doy una ducha lo más rápido posible, pero, cuando estoy completamente mojada, se me ocurre una idea que sé que a mi vecino de Lanzarote lo sacaba de quicio y siempre se lo recriminaba a mi madre en la escalera. Me seco las manos y salgo con cuidado de no resbalarme para poner la canción en la que se repite el estribillo «triki, triki, mamabu» y, sobre todo, la opción en bucle a toda pastilla y, continúo con mi ducha mientras contoneo las caderas.

Cuando salgo del baño, me aplico la crema hidratante al tiempo que canto a viva voz, y sigo haciéndolo mientras me visto y termino de arreglarme para marcharme; intento ser lo más escandalosa que puedo, hasta al cerrar la puerta, pues lo hago de un sonoro portazo.

Oír, me ha tenido que oír, y espero que le haya desesperado un poco; desde luego ésa ha sido mi intención. Arranco la moto y, antes de ponerme a circular, hago que ruja el motor, varias veces, para salir luego disparada al centro de yoga.

Llego la primera y me encargo de activar el ordenador para que cuando aparezca Raquel lo tenga listo para comenzar la jornada. Voy hasta el privado y me cambio de ropa. Soy la primera en impartir una clase, así que quiero estar lista lo antes posible.

Me quito la ropa y me descalzo. No puedo evitar mirar mi dedo, que ya no me duele tanto, al menos no como para que no pueda practicar yoga. Me coloco los calcetines y las deportivas, sin apretarlas mucho por si acaso, y salgo a la recepción, donde veo a Raquel, que ya está hablando con los primeros clientes.

—Buenos días, chicos.

—Buenos días, Noelia.

Ella me mira contenta, y es que, al reincorporarme a mis clases, les quito la

preocupación de tener que andar rehaciendo los horarios.

—¿Hoy das tú la clase? —Reconozco la voz de Amber al instante y me giro para asentir, feliz, con la cabeza—. Genial, tengo que reconocer que eres mi preferida.

—Oh, eso es todo un honor. Vamos, podéis ir pasando.

Les muestro el detector de la pulsera y uno a uno la van pasando, recibiendo el mensaje de bienvenida.

Cogen una esterilla que cuelga de la pared y se van descalzando y sentando sobre su propia toalla para empezar la sesión. Mientras ellos se preparan, también me descalzo; luego me coloco un micrófono, que sitúo sobre mi oreja y que se activa desde la cinturilla que me acabo de abrochar.

—Hoy veo muchas caras nuevas. ¿Quién es la primera vez que viene? —Seis de los veinte que hay en este momento en la sala levantan la mano—. ¿Alguna vez habéis practicado yoga? —Niegan, y entonces sé que debo hacer una clase más *light*, rollo inicial—. Comenzaremos a calentar con los saludos al sol. Tumbaos y, poco a poco, os vais estirando como si os acabarais de despertar en vuestra cama. Cerrad los ojos. Despacio, muy despacio, moved los dedos de los pies, los dedos de las manos. Encoged las rodillas... poneos de lado... y os vais incorporando, para terminar de pie.

Les voy guiando para que exhalen e inhalen siempre por la nariz, que eleven sus brazos y hagan un saludo al sol, que bajen hasta colocarse en la posición de tabla y que alcen la cabeza con los hombros atrás. Son pequeñas indicaciones que a muchos de ellos les cuesta seguir, y por ello lo hago yo también, para que puedan copiarme.

—Calentamiento hecho. ¿Tenéis calor? —Muchos de ellos se ríen, porque claro que lo tienen; el yoga es un ejercicio pasivo, pero que trabaja cada uno de los músculos—. Vamos a pasar a los equilibrios; para aquellos de vosotros que sea el primer día, podéis ponerlos cerca de la pared y agarraros.

Y así, sin darme cuenta, los cuarenta y cinco minutos han pasado y ya están todos relajados sobre las esterillas, escuchando mis susurros, que les indican

cómo deben relajarse, cómo deben sentirse... hasta que, poco a poco, les pido que se vayan incorporando y les pregunto cómo se encuentran. Algunos están medio adormilados; otros, comenzando a calzarse para salir pitando porque tendrán que ir al trabajo, y otros, sin ninguna intención de moverse; entre este último grupo se encuentra Amber.

—Si quieres, puedes seguir con Erika.

Me acerco a ella mientras voy despidiéndome del resto con la palabra *namaste*.

—No me quiero mover, estoy K. O.

—Es viernes; venga, un poco de energía —intento animarla cuando veo que ya estamos solas las dos—. Cualquiera diría que has volado... ¿cuántas horas?

—Dieciséis, y he venido directa.

—Lo que necesitas es una buena cama. —Sonrío y ella comienza a ponerse las deportivas para abandonar la sala.

—Y una buena cena. ¿Te apuntas?

—¿Hoy?

—¿Tienes algún plan? —Niego. Hace tanto que no tengo planes que ya me he olvidado de qué son—. Pues esta noche nos vamos a cenar y después nos vamos a una fiesta a la que he sido invitada.

—Eso suena interesante.

—Habrá pilotos, además de gente muy importante de Los Ángeles, así que ya puedes ponerte bien guapa.

—¿Sexy?

—Si quieres ligar, mucho.

—Dime hora y lugar.

—Así me gusta. —Salimos de la sala y, cuando va a entrar al vestuario, se gira para añadir—: Te mando un mensaje con la dirección.

—Lo espero impaciente.

Vuelvo a mirar el mensaje de Amber y veo la dirección que corresponde a un local de hamburguesas, pero no es uno cualquiera, sino uno en el que también se sirve comida vegana. No sabía que ella lo era y la verdad es que a mí no me importa en absoluto; es más, me encantan las hamburguesas de tofu.

Abro la puerta y la busco entre la multitud, porque el local está lleno; hay gente en las mesas, en la barra comiendo sentada en taburetes e incluso de pie, apoyada en minibarras que sirven para dejar los vasos y poco más. Al fondo veo la melena morena de Amber y camino sobre mis tacones hasta ella.

—Aquí estoy.

—Estás muy guapa. —Me miro la camiseta de escote, negra, por la que me ha costado la vida decidirme, pero que, al combinar con unos vaqueros y unos tacones bien altos de aguja, me ha convencido—. Siéntate y aviso al chico para que nos sirva.

—¿Has podido descansar un poco?

Asiente sonriente; ya se le nota, ahora mismo tiene otra cara.

—¿Menú vegano o no?

—Yo sí, ya lo sabes. —El camarero le sonrío, y me doy cuenta de que es una clienta habitual.

—Yo también, quiero la hamburguesa de tofu más grande que tengáis.

—¿La más grande? —Espera mi confirmación y asiento varias veces, convencida, mientras veo que él, no muy seguro, lo apunta, al igual que anota las Coca-Colas que hemos pedido y ya de paso unas patatas fritas.

—Hoy vas a saber lo que es una fiesta en Los Ángeles.

—Tengo muchas ganas, porque desde que he llegado no he ido a ninguna.

—Después querrás apuntarte a todas.

—No os importa compartir mesa, ¿verdad?

Me giro al oír su voz y no me puedo creer que tenga tanto morro. Al contrario que yo, que al verlo le he girado la cara para no seguir haciéndolo, Amber lo mira de arriba abajo, al igual que a su amigo.

—Búscate una, ésta está ocupada, ¿no lo ves?

No me importaría hacerle un sitio si no fuera un idiota, pero, como se comporta como tal, que espere una hora hasta que logre un hueco, que, a juzgar por la cantidad de gente que hay ahora mismo, le va a costar lo suyo.

—Pero ésta es mi mesa.

—¿Pone tu nombre? —Tanto Amber como su amigo nos miran como si estuvieran en medio de un partido de tenis, hasta que Luca decide sentarse en el banco y me empuja con su cadera, aposta, para que me desplace un poco más hacia la ventana—. ¡Te he dicho que no te sientes!

—En esta mesa caben cuatro personas, y sois dos, ¡qué más te da!

—Mucho; a decir verdad, demasiado. —Cómo estoy disfrutando en este mismo momento—. Mira, vamos a hacer un trato: cuando digas «soy un capullo» y «te pido perdón», aceptaré que tú y tu amigo os sentéis con nosotras.

—Me parece un buen trato. —Amber es muy inteligente y se ha dado cuenta de que entre Luca y yo hay algo.

—Tengo uno mejor: si nos dejas sentar con vosotras, haré que os dejen entrar a una fiesta esta noche.

—¿No será la fiesta de Zac?

—Sí, esa misma. —Le sonrío a Amber, creyendo que se va a salir con la suya—. A tu amiga le hace ilusión, no la dejarás sin ir por una tontería, ¿verdad?

—Pues no te vas a creer qué tontería voy a decir —consigue toda la atención de Luca y yo me río porque intuyo lo que va a soltar—, pero resulta que Zac es uno de mis mejores amigos y ya estamos invitadas.

Luca cree que es un farol, pero no lo es.

—Así que sólo te queda aceptar mi petición o te vas a comer a la calle.

—Perdona.

—No te he oído —me burlo, consiguiendo que su amigo, que ha permanecido de pie y en segundo plano, se ría de Luca—, ¿qué has dicho?

—Noelia, he sido un capullo, ¿me perdonas?

—«No estás loca, eres la mejor de todas» —añado, para que lo repita.

—Te estás pasando —me advierte Luca, y, riéndome de él, me desplazo para que se pueda acomodar a mi lado—. Os presento a Eddie; Eddie, mi vecina Noelia y su amiga...

—Amber —intervengo, ya que me mira con cara de «no tengo ni idea de cómo se llama». Nos saludamos todos y mi amiga también le deja un hueco a Eddie a su lado; al final resulta que no vamos a cenar solas.

—Eddie, ¿lo de siempre? —le pregunta Luca a su amigo y éste confirma; luego espera a que el camarero lo mire—. Lo de siempre.

—Así que sois vecinos... —plantea Amber, y la miro con cara de «por favor, no hables más de la cuenta».

—Has dicho que eres amiga de Zac.

Mira, por primera vez agradezco la intervención de Luca, porque ha conseguido que Amber no pregunte por nosotros.

—Digamos que nos hacemos favores mutuamente.

¡Toma ya!, así se hace, lo ha acallado de repente.

—Aquí tenéis todas las hamburguesas —anuncia el camarero al ratito—. Veo cómo le da a Amber la suya, luego la de Luca y la de Eddie...—. La tuya la traigo ahora mismo.

—Gracias —contesto amablemente y veo que Luca va a dar el primer bocado de su cena—. Entonces, Ian vendrá esta noche, ¿no? —Conforme menciono al piloto, se atraganta y comienza a toser, dejando la hamburguesa sobre el plato y colocándose una servilleta delante de la boca para no comenzar a dispararnos trozos—. ¿Estás bien?

—Sí, ya está. —Da un trago a la bebida antes de responderme—. No va a poder, está fuera de Los Ángeles.

—Qué pena... —Sé que le molesta soberanamente y por ello lo digo con voz de que realmente me apetecía mucho verlo.

—Y ésta para la campeona. —El camarero deja delante de mí una

hamburguesa que casi no cabe en la mesa y abro tanto los ojos que casi se me salen de las órbitas al ver esa pedazo de hamburguesa de tofu.

—Pero ¿esto qué es?

Capítulo 22

—Has pedido la hamburguesa más grande, ¿no?

Digo que sí con la cabeza, sin dar crédito a lo que veo, al tiempo que Luca y Amber comienzan a reírse como locos y, además, me observa la mitad del local. Empiezo a sudar y a ponerme colorada, y me dan ganas de dejarme hundir en el asiento para terminar debajo de la mesa.

—Pero...

—No recordaba que eran de este tamaño, debería haberte avisado —se disculpa Amber.

Luca no me mira, porque está evitando la risa a toda costa, y Eddie la contempla de arriba abajo, alucinando por su magnitud.

—¡Esta hamburguesa es para diez personas como mínimo! —suelto mientras me llevo las manos a las cejas y me las acaricio sin saber muy bien qué hacer.

—Te vas a poner las botas —interviene, muy gracioso, y le doy un codazo antes de decirle:

—¿Te quieres callar ya?

—No puedo. —Y vuelve a reírse cuando me ve coger los cubiertos, porque es imposible comerla de otro modo. Aunque sea un trozo de esta enormidad, tengo que cenar algo. —¿¡A quién se le ocurre pedir la más grande!?

—Bueno, ya está bien. —Doy el primer bocado del tofu que he conseguido cortar y, para mi sorpresa, está buenísima—. ¿Queréis? Está muy rica.

Intento comer como si nada, consciente de que todo el mundo me observa, entre ellos mis amigos, que no me están ayudando mucho, pero ¡qué le voy a

hacer! He sido la tonta que no ha preguntado cómo de grande era antes de pedirla, así que ahora no tengo otra que comer todo lo que pueda.

—Luca, me dejas salir —pido al rato.

—¿Ahora? —Se gira y lo miro con cara de pena, pero, para mi desgracia, no se mueve.

—Necesito ir al baño.

—¿No puedes esperar?

Lo mato, ¿cómo narices le suelto finalmente que me estoy meando encima sin pegar dos voces y que se entere todo el local?, que bastante espectáculo he dado ya con la hamburguesa.

—No. —Le doy un caderazo y le dejo claro que o se mueve o lo tiro al suelo, no hay más.

—Espera. —A desgana, pero me deja pasar; justo cuando salgo, aparece el camarero con la cuenta.

—Hoy paga él. —Curvo la comisura de los labios en una sonrisa ladina y veo cómo eleva una ceja, intentando jugar un poco conmigo—. No te quejes, que esa hamburguesa debe de ser muy barata... y quizá quieres un táper para llevarte los restos, ¿no? Podrás comer hamburguesa una semana seguida.

—Puede que la quieras tú.

—Para nada, ya he tenido suficiente para varios días.

Camino hasta el baño riéndome, sin saber que me está siguiendo; lo descubro cuando me miro al espejo y lo veo entrar.

—¿A qué estás jugando? —Se abalanza sobre mí y me besa con una intensidad que apenas puedo seguir—. Ahora mismo te ataría a la pata de la cama y te haría... —Vuelve a besarme, y es entonces cuando me doy cuenta de las ganas que tenía de tenerlo entre mis brazos, y me queda claro que todo mi empeño por molestarlo no es más que la necesidad de llamar su atención... y, visto lo visto, misión cumplida—. Desde que he visto este escote —me agarra de la mano y me adentra en un baño para besarme los pechos, para atraparlos entre sus manos—, he deseado que sean míos.

—No lo son; lo sabes, ¿no?

—No pienso dejar que esta noche nadie los toque, nadie que no sea yo.

—Se supone que estoy loca. —Le beso el lóbulo de la oreja y cierra los ojos al tiempo que clava su erección en mi cuerpo.

—Lo estás, pero me pones a cien como nadie lo había hecho.

Me coge de la cintura y me sube a sus caderas, que rodeo con ambas piernas, y nos besamos... Lo hacemos como si no hubiera un mañana.

—¿Estás bien, Noelia?

—Sí, sí, perfectamente.

Lo aparto de un empujón, me recoloco la camiseta y le pido sin palabras que por favor permanezca en silencio. Tiro de la cisterna y, sin abrir la puerta del todo, ya que él está colocado justo detrás, me dispongo a salir cuando me sujeta de la mano y me suelta para poder hacerlo.

—Pensaba que te habían secuestrado o algo así. —Amber, la muy puñetera, me señala los pies de Luca, que se ven desde fuera, y me encojo de hombros, asumiendo la verdad de lo ocurrido—. Tienes mucho que contarme, vámonos.

Miro hacia atrás y veo como él abre la puerta, consciente de que ella nos ha descubierto; lejos de esperarlo, me marchó con mi amiga hacia fuera del local, caminando feliz por la acera y riendo por el momento.

—Vaya, vaya, y parecías tonta.

—Eso es lo que tú te creías.

—Está muy bueno; ya te digo que de tonta no tienes un pelo. —Las dos reímos a carcajadas—. Quiero detalles, ¿desde cuándo lo conoces?

—No te lo vas a creer: lo conocí porque me rompió la nariz.

—¿Perdona? ¡¿Que te qué?! —Me mira alucinada y le explico enseguida cómo sucedió todo, para que no imagine algo que no es.

—Fue sin querer: yo entraba en un sitio que estaba en obras y, de repente, él me dio un golpe con una barra de hierro que tenía en las manos.

—Madre mía, vaya forma de conocerlo. —Se tapa la boca y espera que continúe—. ¿Ocurrió aquí?

—No, fue en Lanzarote; estoy viviendo aquí porque un amigo suyo, que actualmente es el marido de mi mejor amiga, me ofreció el puesto y no lo dudé, me vine, pero en ese momento no sabía que Luca iba a ser mi vecino; menos mal, porque lo odiaba a muerte...

Y ahora que lo verbalizo, eso era lo que sentía hasta hace muy poco, ¿cómo pueden cambiar tanto las cosas en escaso tiempo?

—¿Qué piensas?

—Que ya ni recuerdo cuándo dejé de odiarlo...

—Cuando descubriste algo en él que te llamó la atención, y debo decirte, amiga, que estás perdida, porque ese hombre y tú estáis destinados a estar juntos.

—Tiene una hija...

—¿Y eso qué más da? Yo también, y tengo todo el derecho del mundo a rehacer mi vida —me interrumpe y la escucho antes de continuar con la historia.

—... y la madre a veces duerme en su casa. La he visto, y resulta que hasta he cenado con ella.

—Uf, pues entonces todo es más complicado. La cuestión es averiguar por qué dejaron la relación, ésa es la clave para saber si él la ha olvidado completamente o no.

—No sé si quiero saber tanto.

—¿Y qué prefieres, acostarte con él y punto? Tú y yo sabemos que eso no es lo que sientes; aunque no desees reconocerlo, ese tipo te gusta, y mucho.

—Eso es cierto, pero ¿qué hago?

—Hablar con él, dejarle las cosas claras.

Es lo que debería hacer, pero, la verdad, no sé si seré capaz de verlo todos los días y saber que pertenece a otra. ¿Por qué es tan difícil esto del amor?

—No es tan fácil... Está acostumbrado a que le vayan detrás, así que no sé cómo podría hacerlo sin que se sintiera presionado, como seguramente ya le ha ocurrido con otras chicas.

—¿Y por eso te metes tanto con él?

—¿Tanto? Si estoy siendo buena.

Recuerdo las veces que he hecho yoga frente a su ventana con la intención de que me vea, cuando llamé a la pizzería... pero apenas le he hecho putadas, podría haberle hecho muchas más.

—Pues esta noche se va a enterar. ¡No te puedes ni imaginar la de tíos buenos que van a querer saber de ti! No suele haber demasiadas chicas nuevas por aquí, así que, si realmente le gustas, lo va a pasar fatal.

—Perfecto, ya tengo un plan esta noche: que tenga un buen dolor de...

—... huevos.

Nos chocamos las manos y Amber para un taxi que pasa por nuestro lado y nos montamos en él para llegar a la casa de Zac, su amigo.

—No te imaginas cuánto te he echado de menos.

Vaya con el amigo Zac; está muy pero que muy bueno. Si al final que Adriana conociera a Campos ha supuesto mi salvación, ¡vaya amigos que tiene el filipino! «Si estuviera Adri aquí, me diría que no lo es, sino que es medio japonés.» Sonríó al pensar en ella y me hago una nota mental de contarle lo que estoy viendo ahora mismo.

—Ella es Noelia, la amiga de la que te hablé.

—Encantado, bella. —Me coge la mano y la besa como un seductor de capa y espada y, aunque me parece gracioso y divertido, no se me cae la baba como me hubiera ocurrido unos meses atrás—. Espero que te sientas como en tu casa y, si necesitas cualquier cosa, no dudes en buscarme.

—Tranquilo, que si necesita algo, yo mismo se lo daré. —Noto cómo Luca me coge de la cintura y me arrima a él, me rodea por detrás con un brazo hasta poner su mano en mi cadera y, en su cara, me besa en los labios, algo que yo no soy capaz de parar—. Veo que ya conoces a mi chica.

—¿Luca? No me lo puedo creer. ¿Qué has hecho para cazarlo? —me pregunta divertido, y miro a Amber, que está esperando que le haga un jaque mate.

—¿Cazarlo? ¡Qué va! —Me acerco hasta aproximarme a su oído para que Luca no me pueda oír y, de paso, darle un poco *por* saco—. Él no lo sabe, pero no soy la chica de nadie. —Le guiño un ojo y Zac comienza a reír en una carcajada escandalosa que a Luca no le gusta nada.

—Lo tienes claro con ella; suerte, amigo.

Le da un beso en la mejilla a Amber después de abrazarla y, tras hacernos una reverencia, continúa saludando a sus invitados.

—¿Qué le has dicho al oído?

—¿Quieres saberlo? —Abro un poco los ojos y me cruzo de brazos, consciente de que mis pechos sobresalen un poco más así y que me los está mirando una y otra vez, teniendo que hacer un esfuerzo para subir la vista hasta mis ojos—. ¿De verdad?

—Sí.

—Pues le he dicho que no soy de compromisos serios y que, cuando quiera, puedo hacerle un hueco para él.

Soy testigo de cómo se oscurecen sus ojos, cómo se tensa su mandíbula... Está a punto de decirme algo, pero al final decide irse sin abrir la boca.

—Así me gusta. —Amber me agarra del brazo y tira de mí en dirección contraria a él, que está saludando a cuatro chicas; no sabría decir cuál de ellas lleva el vestido más corto.

Tendría que haberme arreglado más, aunque no es que me importe demasiado; soy como soy y, a quien no le guste, que no me mire.

—¿De qué conoces al anfitrión?

—En uno de los vuelos, uno de los pasajeros se encontró bastante mal y estuve muy atenta con él, como haría con cualquiera...

—Era Zac.

—Sí. Al bajar del avión me pidió el teléfono y a los pocos días me invitó a

cenar, en señal de agradecimiento.

—¿Y te acostaste con él? —Abro la boca de par en par, mirándolo de arriba abajo.

—Más o menos. —Ella también lo mira y detecto un atisbo de pena en su mirada.

—¿Cómo que más o menos?

—Todo iba perfecto, hasta que mi padre me llamó para decirme que la niña tenía mucha fiebre y que se iban al hospital... y a Zac le entró urticaria al saber que tenía una hija.

—Capullo.

—Eso es lo normal cuando eres soltero y sin cargas.

—Pues yo opino que eso es de idiotas.

Ahora dirijo la mirada a Luca y recuerdo cómo agarraba de la manita a su hija, y lo último que me causa es rechazo; más bien es un amor profundo por los dos.

—Yo de ti, no lo dejaría perder. —Sé perfectamente que sabe que lo observo, al igual que él lo hace cada dos por tres, pero en su caso con cara de enfadado—. Tienes que decidir qué quieres rápido... o esa ave volará muy lejos. Está en tus manos luchar o rendirte.

—Necesito una buena copa para tomar ese tipo de decisiones.

—Eso lo podrías haber dicho antes, vamos a por unas.

Rodeamos el jardín hasta el fondo, donde han situado una barra iluminada justo al lado de un chico que se está encargando de la música.

—Quiero una de éstas —le pido al camarero; me refiero a unas bebidas que llevan unas chicas que salen de la barra con una copa alta y fina en la mano; su contenido es azul y naranja.

—Es fuerte.

—Pues entonces mejor que mejor.

—¡Que sean dos!

—¡Cuatro! —grita Zac a nuestra espalda, y las dos nos damos media vuelta

para saber para quién es esa cuarta copa. El amigo de Amber está acompañado de un chico moreno de ojos verdes guapísimo. Ella le sonríe y él a ella; son tan descarados que Zac se cuelga entre ellos para ponerse a mi lado

—. ¿Has nacido aquí?

—¿Yo? No, soy española.

—Las españolas tienen un magnetismo especial.

—Eso se lo dirás a todas.

—Eso no lo sabes.

—Lo intuía.

—Y, si fuera así, ¿te importaría?

—Pues no, porque podría disimular y hacer ver que es la primera vez que le sueltas ese piropo a una mujer.

Consigo que se le escape la risa justo cuando el camarero nos sirve la bebida, y Zac me ofrece la mía.

—Para no ser su chica, no deja de mirarte.

—Es que se muere por mis huesos, pero le cuesta reconocerlo.

—Los tienes bien puestos.

—Eso intento.

—Me gustas. Si algún día lo vuestro no funciona, ya sabes dónde encontrarme; estaré encantado de recibirte.

—Lo anoto... pero, por si acaso, espera sentado.

Capítulo 23

—¡Me encanta esta canción! —grita Amber y, con la copa en la mano, se va a bailar, al ritmo de Alejandro Sanz y Melendi.

—Te la sabes, ¿verdad? —me susurra Luca por detrás; no sé cuándo se ha puesto a mi espalda, pero acaba de ponerme todos los pelos de punta—. Oh mejor tendría que cantar «triki, triki». —Quiero girarme para mirarlo, pero me lo impide, y me río al saber que realmente le ha molestado la canción que he puesto esta misma mañana a toda leche. Me agarra de la cintura y se balancea, obligando a mi cuerpo a seguir su ritmo, consciente de que Zac no está perdiendo detalle—. Veo que te gusta jugar con fuego.

—Digamos que no quiero ser una pesada más.

Sé que le gusta lo que le estoy diciendo, que otra en mi lugar estaría rogándole su atención, su tiempo, y que sin duda hubiera estado encantada de oír que la llaman «mi chica», pero yo no soy así, no cuando sé que lo espera otra persona; que mientras está conmigo todo es perfecto, pero que al día siguiente lo verá irse con ella. Por eso, aunque sienta por él algo más grande de lo que jamás podría haber imaginado, no le iré detrás como todas las que ahora mismo están mirando cómo baila conmigo.

—No pienso dejar que ninguno de ellos —me gira para que pueda ver a sus amigos, que nos están escudriñando— tenga la oportunidad de bailar contigo.

Me aprieta contra su cuerpo y me rodea con los brazos; lejos de separarme, cruzo los míos detrás de su nuca y quedamos apenas a unos centímetros el uno del otro.

—No sabía que eras tan celoso.

—Sólo con lo que es mío.

—¿Y desde cuándo yo lo soy?

Espero, impaciente, una respuesta, pero parece que no va a hablar y me separo para irme... cuando tira de mi brazo y me arrima de nuevo a él.

—Desde el momento en el que he visto cómo el resto del mundo te mira y me han entrado ganas de matarlos a todos. —A continuación, me besa, ¡vaya si lo hace! Sus labios poseen los míos con la necesidad de que todos los presentes lo vean; quiere dejar constancia de que soy de su propiedad y yo no soy capaz de separarme porque he oído algo que me ha roto la armadura que aún me quedaba—. ¿Te ha quedado claro?

—No, creo que todavía no lo he entendido del todo, es que no soy muy de aquí. —Se me escapa la risa y vuelve a besarme. Cuando se separa, nos miramos a los ojos y ninguno de los dos dice nada más.

—¿Luca? —oigo la voz de una mujer y nos giramos para enfrentarla... y de pronto me percató de que él cambia de actitud. De repente se pone serio, y me agarra con fuerza de la mano a la vez que da un paso adelante, poniéndose de espaldas delante de mí; yo quedo en un segundo plano—. No voy a negarte que sigo esperando tu llamada; creía que lo habíamos pasado bien.

—Y lo pasamos, esa noche.

Otra Barbie. Como no me apetece nada ver cómo alguien le recrimina algo, me suelto de su mano y camino hasta Amber, que está bailando con Zac, y me adentro en el barullo para perderlos de vista.

—¿Te estás divirtiendo?

Asiento, pero por alguna extraña razón no me siento así y, aunque no oigo la discusión porque gracias a la música no logro saber lo que dicen, presiento que estar con Luca me va a volver loca.

—Vamos a por un chupito. —Zac nos coge a las dos de la cintura y veo cómo Luca, al darse cuenta de ese detalle, intenta zafarse de la pesada, pero ésta no lo deja, lo sujeta de la camisa y le grita a pleno pulmón palabras que para mi fortuna no llegan a mí, pero él no deja de buscarme con la mirada y yo a él tampoco—. Tranquila, ésa no es nadie. Tres chupitos.

El camarero se dispone a servirlos de inmediato, como si no hubiera nadie más en la fiesta, y mientras llena nuestros vasos veo de soslayo a Luca, que se pasa la mano por el pelo, bastante enfadado.

—¡Uno, dos...! —Bebemos de un trago el chupito y no puedo evitar abrir la boca y respirar con una sonora bocanada al quemarme la garganta—. Otro. —Vuelvo a girarme y veo que la chica se ha puesto de rodillas, a llorar y a suplicarle—. Bebe —dice Zac. Cojo el chupito de forma automática y vuelvo a beber como si nada, mientras no dejo de mirarlo.

—Zac, nos vas a matar —oigo que le dice Amber.

—¿Tienes algo mejor que hacer? Mañana, todos a dormir.

Zac le hace un gesto al camarero para que nos sirva otro.

—Mañana me voy a hacer *trekking*. —Se le escapa la risa tonta.

—No cambiarás nunca.

—¿Has dicho *trekking*? —Miro a Luca, que está intentando que la chica se levante del suelo, y vuelvo a dirigirme a Amber—. ¿Me puedo apuntar?

—Claro, te pasaré a buscar por tu casa a las siete.

—Estáis majaretas, conmigo no contéis.

Zac se desmarca del plan y bebemos los últimos tres chupitos. Cuando ya no veo a Luca, lo busco entre los invitados de la fiesta, pero parece que no está, y tampoco la encuentro a ella.

«¿Se habrá ido con esa tipa?»

Siento que estoy sudando, que comienzo a marearme, y ya no me apetece seguir aquí; me quiero ir a casa.

—Amber, me voy.

—¿Tan pronto? Espera media hora y me marcho contigo —me responde al mirar el reloj de su pulsera y comprobar la hora.

—Quédate tú, lo estás pasando genial. Pero mañana pasa a buscarme, no lo olvides.

—Eso está hecho.

Le doy un abrazo y, cuando nos separamos, topo contra Zac.

—¿Has visto a Luca? —le pregunto, intrigada por saber dónde se ha metido.

—Acaba de salir con esa chica de antes. —Se encoge de hombros y siento que tengo ganas de vomitar, no sé si porque me ha sentado mal lo que he bebido o simplemente por saber que el hombre que me acaba de besar se ha ido con otra mujer.

—Gracias por invitarme, espero repetir pronto.

—Te quiero ver en la próxima. —Tras decir esto, Zac me da un beso en la mejilla y sigue bailando con Amber como si nada.

Traspaso todo el jardín hasta llegar a la puerta trasera, donde ya no hay nadie. Piso el césped con los tacones y, cómo no, me clavo en él, así que decido quitármelos... pero pierdo el equilibrio y empiezo a caerme... cuando alguien, de pronto, me sujeta.

—¿A dónde vas?

—A casa —logro decir, tambaleándome un poco.

—Yo te llevo.

—¿Ya te has tirado a tu Barbie?

—Noelia, no vayas por ese camino —me advierte muy molesto, e intento controlarme, pero no puedo.

—¿Y por cuál voy? Explícamelo, porque ya no sé qué pensar. —Creo que elevo el tono de voz más de lo que debería, a pesar de que no quiero montarle un numerito como acaban de hacerle... pero me repatea soberanamente que parezca como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros—. ¿Estar contigo significa que voy a tener que aguantar esto cada vez que vayamos juntos a cualquier parte? —No dice nada, permanece en silencio, lo que interpreto como que me está dando la razón... y es más de lo que soporto—. Que te den, Luca.

Camino con los zapatos en las manos, moviéndolos al ritmo de la música que tarareo, en busca de un taxi. Levanto la mano a varios de ellos, pero

ninguno para; supongo que mi aspecto no es el mejor, así que vuelvo calzarme y entonces, con una buena sonrisa, sí que consigo que uno se detenga.

—Buenas noches —me saluda el amable conductor. Le facilito mi dirección, y de pronto la puerta del vehículo se abre.

—No te importa compartir coche, ¿verdad? —El pobre hombre nos mira confundido; a punto está de bajarse y echarlo del taxi.

—Tranquilo, puede seguir, es mi vecino.

—¿Ahora soy sólo tu vecino? —Percibo cómo se le escapa una risa incrédula.

—Sí.

—Genial, pues nada, vecina, vayamos cada uno a su casa.

Espera que lo mire, pero no lo hago; en todo momento miro hacia la calle a través de la ventanilla y recorreremos los kilómetros que nos separan de nuestras casas en silencio.

—¿De verdad no piensas decir nada? —me pregunta justo cuando bajamos del taxi y me detiene agarrándome del codo.

—¿Qué quieres? ¿Que me ponga de rodillas y te suplique que te acuestes conmigo? —Mi frase se refiere a lo que ha ocurrido hace un rato con la otra chica—. Pues no, Luca, yo no soy como esas tías.

—Joder, ya sé que no eres como ésas, por eso me gustas.

—No me digas eso si no es cierto.

—Pero ¿por qué no me crees?

Me cruzo de brazos para replicar algo cuando, al girarme, me doy cuenta de que hay luz en su casa. Perfecto, esta noche no la pasa solo.

—Porque me estás besando y al rato estás con otra; porque me dices que no quieres nada conmigo y a los pocos días me dices que te vuelvo loco... y porque no voy a ser el segundo plato de nadie, eso que te quede claro.

—Yo nunca he querido que seas el segundo plato.

—Contigo, lo soy, y siempre lo seré.

—No te entiendo, de verdad que no te entiendo.

—¿Ah, no?! Pues mira, ahora vas a entenderme mejor. —Pulso de forma continua el timbre de su casa y lo dejo sonar hasta que él me da un manotazo y me retira la mano.

—Pero ¿tú estás loca? ¡Las vas a despertar!

—¡Ves!, yo siempre voy a ser la que no hace las cosas como es debido, la que habla mal y la chiflada que pierde los estribos cuando se enfada.

—¿Luca? —oigo la voz de una mujer mayor y lo miro alucinada—, ¿estás bien? —Justo cuando le hace esa pregunta, aparece por detrás Abril, que se frota los ojos adormilada... y un paso más atrás, veo a Ivy, que la coge en brazos para volver a llevarla a la cama.

—Idos a dormir, ahora mismo entro.

Los dos somos testigos de cómo cierran la puerta y siento que estoy haciendo el peor ridículo de mi vida.

—Ellas lo son todo para ti... y siempre van a estar a tu lado, y yo soy una celosa que no lo va a poder soportar.

—A ver, Noelia, ¿qué coño quieres decir con eso?

—¿Te gustaría que viviera con mi ex? ¿Ver cómo duerme en mi casa y tener que callarte? —Espero que diga algo, pero está paralizado—. ¿Te gustaría darte cuenta de que cuando estoy contigo es porque él no está?

—Espera, espera... ¿Lo dices por Ivy?

—Lo digo por Ivy, por las Barbies... Déjalo. Vamos a hacernos daño, así que es mejor que lo dejemos así. —Levanto las manos para que no me toque y me voy a dar la vuelta cuando oigo:

—Ivy es mi hermana.

—Venga ya, invéntate algo mejor. He visto cómo la miras... y a la niña.

—¿En serio no me crees? —Lo miro a los ojos, pero no lo hago porque ahora mismo estoy tan llena de rabia que, aunque me dijera que es su hermana gemela, no lo creería—. Abril es mi sobrina, ¿cómo no la voy a querer? Ivy es mi hermana pequeña y esa mujer que ahora está preocupada en el interior de mi casa es mi madre. —Parece sincero y de pronto me quedo sin habla—.

Noelia, no te mentiría con algo así. La de esta noche sí que era una pesada con la que me he acostado una maldita vez, pero ellas son mi familia. Mi hermana está enferma, mucho, por eso están en mi casa, para que podamos cuidar de Abril mientras ella acude al hospital y la tratan.

—Lo siento, Luca, de verdad que yo había pensado...

Capítulo 24

—Me gustas, Noelia, realmente.

—¿Y qué somos, Luca? Somos el puñetero ratón y el gato. No sé si quieres algo conmigo o sólo estás pasando el rato.

—No me gustan las relaciones, me agobian, y ahora mismo me estás pidiendo un compromiso, uno que no sé si voy a ser capaz de darte, y me jode, porque quiero estar contigo, pero sin ponerle una etiqueta.

—Y haciendo lo que te dé la gana cuando estés solo. —Curvo la comisura de mis labios en una media sonrisa molesta.

—¿Por qué me da la sensación de que no confías en mí?

—Porque es así. ¿Cómo quieres que lo haga si no eres capaz de decirme que sólo vas a estar conmigo?

—Lo siento, pero, si quieres estar conmigo, tendrá que ser así.

—Pues que te vaya bonito.

Dicho esto, me doy media vuelta y abro la puerta de mi casa dejándolo atrás, sin saber si permanece en el mismo sitio o bien, como yo, está entrando en la suya.

En cuanto me siento en el sofá, cojo mi teléfono y escribo a mi amiga; necesito desahogarme, aunque esté a miles de kilómetros.

Soy idiota.

¿Por qué?

Porque me he enamorado.

¿¿De Luca??

Sí, y me acaba de decir muy claro que no quiere nada serio. Soy imbécil.

No lo eres. El imbécil es él por dejarte escapar.

Necesito un abrazo tuyo.

Estoy muy lejos. Noe, no llores, que te conozco.

Vaya si me conoce, estoy llorando a moco tendido. Me seco las lágrimas con la manga de la camiseta y me sorbo los mocos, haciendo el sonido menos sexy del universo.

¿Luca tiene una hermana y una sobrina?

Veo que tarda en responder, pasa de «en línea» a no indicar nada varias veces y espero su respuesta.

Campos dice que sí; se llaman Ivy y Abril.

Soy la peor persona del mundo. Pensaba que eran su ex y su hija, y se lo he dicho... Me he convertido en una de esas pesadas que él tanto odia.

No quiero que te fustigues. Deja pasar unos días y luego conversas con él. Las cosas se solucionan hablando.

Lo sé. Me voy a la cama, que he bebido más de lo que debía.

Me despido de Adriana y, tal y como le he dicho, me voy a acostar.

Estoy agotada. Me he levantado a las cinco de la mañana sin haber dormido apenas nada y me he puesto a hacer tortilla de patatas y pollo rebozado,

rememorando la comida que mi madre me preparaba cuando me iba de excursión. He añadido también un taco de queso y, además, una botella térmica llena de agua, para no morirme de sed por el camino.

Oigo el claxon de un vehículo y voy corriendo hasta la puerta; allí veo a Amber esperando en su coche.

—¿Estás lista?

—Dame un minuto. —Apaga el motor y entro en el salón, donde tengo mi mochila de montaña lista, y hago un repaso mental de lo que creo que debo llevar, para no olvidar nada importante—. Mierda, las barritas —digo en voz alta, no vaya a ser que me muera de hambre cuando sólo me voy a pasar un día fuera de casa, pero, oye, nunca se sabe. Corro hasta la cocina y cojo una caja en la que vienen veinticuatro e intento quitarle el precinto, pero no puedo; estiro con todas mis fuerzas y nada, así que busco unas tijeras, pero no las encuentro..., así que las meto en la mochila con caja incluida y salgo para irme a pasar un día de relax.

—Noelia, ¿podemos hablar un minuto? —Me detengo de repente cuando me topo en la puerta con Ivy. Tiene unas ojeras muy profundas; no sé si ya las tenía antes y, al decirme ayer Luca que está muy enferma, ahora me he fijado más o bien es que de verdad hoy las tiene excesivamente marcadas—. Será muy rápido, sé que te vas.

—Dime, tranquila.

—Siento la confusión. Luca me ha explicado lo que habías creído que éramos y, en serio, si en algún momento algo de lo que haya dicho te ha hecho pensar que somos más que hermanos, perdóname.

—No me digas eso, que me siento todavía peor; la culpa es mía por no preguntar.

—Mi hermano va a cargar con nosotras mucho tiempo, y no quiero que eso le afecte a su vida. Ayer, cuando os vi discutir, se me partió el alma, y me sentí muy culpable.

—No sólo fue por vosotras; había bebido y pasó algo...

—No tienes que darme explicaciones, los dos sois mayorcitos, pero, igual que le he dicho a él, esta vida es muy corta para dejar que las tonterías no nos dejen disfrutar realmente.

—Lo tendré en cuenta y te prometo que hablaré con él cuando regrese. — Me descuelgo la mochila del hombro y cargo todo el peso con una mano.

—¿Te vas de viaje?

—Nos vamos a hacer senderismo.

—Será si mueves el culo ya, que al final va a pasar todo el día y no nos habremos movido de tu casa. Hola, soy Amber.

—Encantada, soy Ivy. ¿Vais muy lejos? —le pregunta a mi amiga, y reconozco, ahora que sé que no es su ex, que es muy maja.

—No, al National Forest.

—Siempre me ha encantado pasear por ese bosque; a la próxima me apunto... si me queréis con vosotras, claro. —Veo cómo se rectifica antes de que le podamos contestar nada y le doy un abrazo espontáneo que la pilla por sorpresa.

—Gracias por haber venido a hablar conmigo.

—Cuida mucho del cafre de mi hermano; aunque parezca un chulito de playa, es todo amor.

—Déjame que lo dude.

Se me escapa la risa y las dos sonreímos porque sabemos muy bien de lo que hablamos.

—Cuando vuelva, charlamos otro rato si te apetece.

—Vale.

Amber y yo nos montamos en el coche mientras Ivy rodea el arbusto para adentrarse en casa de Luca, y las dos la observamos hasta que la perdemos de vista y arrancamos para irnos hacia el bosque.

—¿Cómo puedes tener esa maravillosa cara? Mira mis ojeras. —Es lo primero que le digo tras estudiar mi reflejo en el retrovisor y ver su gran sonrisa y esa piel tan perfecta.

—Estoy acostumbrada a dormir poco y mal.

—Qué envidia, de verdad.

—Y esa chica, ¿quién es?

—La supuesta ex de Luca. —Se me escapa una carcajada y me mira curiosa por saber qué ocurre—. En realidad se ve que es su hermana, y la hija que le había endosado, su sobrina.

—¿En serio?

—Te lo juro. Anoche hice el ridículo de mi vida. Borracha más enfado no es buena combinación.

—¿Por eso te fuiste?

—Sí. Cuando estábamos bailando apareció una chica a echarle en cara a Luca —veo que eleva los ojos, porque no se enteró de nada— lo típico... que si me has dejado tirada y ahora estás con otra, blablablá. La verdad es que de él ya me lo esperaba, pero, verlo en vivo y en directo, molesta, supongo. —Me encojo de hombros y continuo contando—. El resumen es que preferí desmarcarme e irme, pero me vio y discutimos. Le eché varias cosas en cara, una de ellas lo de su ex y la niña, y fue entonces cuando me aclaró que era su hermana.

—Pero ¿no lo dudaste en ningún momento?

—Te juro que pensaba que eran pareja; la miraba con tanto amor...

—De hermana, amiga. —Se le escapa una carcajada y niega acelerando—. Vamos a darnos prisa, que estoy deseando llegar.

—¿Es como los que he visto en los documentales? ¿Es muy grande?

—Sí lo es, pero no vamos a ir a ninguna ruta oficial; conozco una que lleva hasta el lago Pyramid que me encanta. Prepárate a sudar, guapa.

—Ya lo estoy; llevo agua y barritas energéticas.

—Yo, té. —En eso no he caído, pero, cuando pruebe mi tortilla de patatas, va a saber lo que es la buena comida española.

Apenas ha pasado una hora cuando llegamos a un lugar llamado Vaquero Beach, desde donde veo unas mesas de madera y frente a ellas el enorme lago.

—Vamos a cruzarlo en lancha, y luego subiremos a esa montaña. Es una buena pendiente, ¿verdad?

Asiento en silencio, mirando todo lo que me rodea; estoy deseando empezar.

Veo que se acerca un chico y saluda a Amber, y después me ofrece su mano para que se la estreche. Una vez presentados, nos guía hasta la orilla, donde nos espera otro joven con una lancha, y nos indica que se marcha, pero añade que, si tenemos cualquier problema, lo llamemos al móvil.

—Hola —le digo al joven que espera dentro de la embarcación, que me ofrece su mano para que suba—. Aquí no habrá cocodrilos, ¿no? —Miro el agua y me aterra pensar que una gran boca repleta de dientes pueda engullirme en cualquier instante.

—No debería. Al menos, yo no he visto en mucho tiempo.

—¿En mucho tiempo? Eso quiere decir que sí, que has visto en algún momento.

—Aquí no hay —afirma Amber y me coge la mano y me calma mientras el chico me explica que una vez abandonaron uno y que por eso lo vieron, pero que eso fue una excepción.

Poco a poco el motor de la lancha acelera y cruzamos el lago hasta el otro extremo. Allí el chico para y nos comenta que vendrá a las cuatro de la tarde a por nosotras. Bajamos de un salto, me aprieto bien la mochila a la cintura y comenzamos a ascender. Rodeamos un poco el lago hasta que me indica un pequeño sendero que es mucho más práctico para poder subir.

—¿Quieres un té? Así reponemos fuerzas.

Acepto sin hablar porque me falta un poco el aliento; hacía mucho que no realizaba un esfuerzo tan grande, pero, para mi sorpresa, no me he quejado nada.

—Está muy bueno. —Vuelvo a dar otro sorbo y me siento en una piedra para contemplar el lago, ahora desde las alturas—. Este paraje es increíble, me encantaría venir con Abril.

—Con su sobrina, ¿no?

—Es una niña preciosa y dulce.

—Pues entonces se parece a Ellen. No sabes lo mucho que la echo de menos; ahora mismo estaría animándonos a continuar y, hasta que no llegara a la cima, no pararía de correr.

—Espero conocerla algún día.

No me responde, se limita a contemplar el horizonte, interpreto que recordando a su pequeña. Ojalá algún día encuentre la forma de combinar su trabajo con su hija y puedan estar el máximo de días juntas.

—¿Seguimos?

—Vamos allá.

Capítulo 25

Guardamos las pocas cosas que hemos sacado de la mochila y continuamos ascendiendo bajo el sol abrasador californiano; me seco el sudor varias veces, pero no cesa de caer en ningún momento.

Son casi las doce y media cuando llegamos a la cima y me tiemblan las piernas; me noto los músculos duros como una piedra, pero a la mínima me fallan y tengo que agarrarme para no caerme.

—Bebe un poco, estás agotada.

—Uf, hacía años que no caminaba tanto. —Cojo la botella térmica de la mochila y le doy un buen trago, al tiempo que respiro con dificultad; es algo que no logro comprender, no entiendo por qué. Veo cómo saca de su mochila una fiambarrera con una ensalada de pasta y la coloca sobre un conjunto de piedras que nos van a hacer de mesa—. He traído algo típico de España, te vas a chupar los dedos.

Saco mi tortilla y veo que la mira alucinada. Muy orgullosa de mi trabajo matinal, la corto a taquitos y le doy a probar.

—¿Qué lleva?

—Huevo, patata y cebolla.

—Está buenísima, me da que te voy a pedir un táper de éstos de vez en cuando.

Comienza a reírse, y le doy a probar un poco de pollo rebozado; lo he hecho con ajo y perejil.

—Es fuerte.

—¿Sí? Yo no lo noto así. —Doy un bocado y sí, se nota el ajo, pero tampoco demasiado—. Y aquí está el queso. Ésta era la comida que me hacía

mi madre cuando me iba de excursión. Aunque, si algún día vienes a casa, te haré una paella típica de mi tierra, eso sí que es oro, y no las pepitas que sacan de los ríos.

—Lo apunto en la lista de pendientes.

Seguimos comiendo, compartiendo lo que las dos hemos traído. La verdad es que el esfuerzo nos ha abierto el apetito, porque la tortilla era perfectamente para cuatro personas y no ha sobrado ni un trozo.

—Amber, huele raro.

Estaba concentrada recargándome de la energía de la naturaleza cuando mi olfato se ha alarmado.

—¡Es fuego! —Nos ponemos de pie y subimos corriendo, lo más rápido que podemos, hasta la cumbre, desde la que podemos divisar que hay un incendio justo al lado de la carretera por la que hemos venido—. Tenemos que bajar al lago.

—Está lejos, ¿no? Hasta nosotras no llegará, ¿verdad?

—De momento sí, pero el viento es muy traicionero, sobre todo en la montaña, y las escasas lluvias de este año no juegan a nuestro favor.

—¡No me asustes!

—Tranquila. Bajaremos al lago y llamaremos para que nos recojan con la lancha un poco antes.

—Vale, vale. —Vuelvo a mirar las llamas y se me encoge el alma; veo cómo el fuego se extiende por los árboles y cómo los coches corren para huir de la zona—. Voy —respondo a su insistencia para que la siga cuanto antes.

—Tenemos que ir más rápidas, pero con cuidado de no caernos.

—Sí, sí...

Me coloco la mochila lo más fuerte que puedo y la sigo colina abajo. Mis pies intentan pisar donde lo ven más seguro, pero mis nervios no reman a mi favor y tropiezo varias veces, hasta que en una de ellas caigo rodando hasta golpearme con una piedra en la frente.

—¿Estás bien? ¿Noelia?

—Ha sido sólo un golpe, nada más.

—¿Puedes ponerte de pie?

—Creo que sí. —Me ayuda y, dolorida por todos lados, consigo ser fuerte y seguir bajando la montaña, esta vez agarrándome a los troncos de los árboles... cuando siento que me cae una gota al ojo.

—¿Por qué paras?

—Tengo sangre. —Me toco la frente y veo mis dedos empapados—. ¿Me estoy desangrando?

—¡No! Sólo es un roce un poco profundo.

Coge el agua de su mochila y me limpia la herida, para poder seguir.

—Gracias.

—No nos va a pasar nada, el fuego estaba lejos, ¿vale? —Suspiro y respiro profundamente; no puedo ponerme nerviosa, sino todo va a salir mal—. ¿Vamos?

—Sí.

El olor a humo cada vez es mayor, al igual que cada vez siento que el oxígeno es menor. Estoy deseando llegar a la orilla para que nos recojan y marcharnos.

Ya no queda nada para llegar, cuando desde mi posición veo que el tipo de la lancha está montándose en un coche.

—Amber, mira.

—No, joder. ¡Esperaaaaaaaaaaaaaaaa, estamos aquíiiiiiiiiiiiiiiii! —grita con todas sus fuerzas, pero el tipo no nos oye y se larga.

—Dios, Dios, Dios... —Me dejo caer al suelo y se me escapan las lágrimas, consciente de que estamos metidas en un buen lío.

—Tenemos que rodear el lago y llegar hasta el coche.

—Vamos a tardar demasiado.

—Noelia, no tenemos otra: eso o esperar que alguien nos recoja. ¡Elige!

No tengo elección, así que arrancamos a caminar al tiempo que miramos todas las cumbres en busca de señales de humo del fuego, incluso nos

detenemos para estudiar el viento y nos percatamos de que empiezan a oírse helicópteros que pasan por encima de nosotras, pero ninguno nos ve.

Hacemos señas, gritamos y saltamos, pero nada, somos invisibles para ellos, así que continuamos nuestro camino con la esperanza de que nos descubran tarde o temprano o llegar al coche cuanto antes.

—Dime qué vas a hacer en cuanto llegues a casa.

—No lo sé...

—Sí lo sabes. Tienes una conversación pendiente, ¿no? —Sé que sus intenciones son buenas, pero ahora mismo no he pensado en Luca, ni mucho menos en lo primero que voy a hacer cuando llegue—. Reconócelo, te mueres por estar con él.

—Eso son palabras mayores; él es un donjuán, no lo veo yo en una relación formal conmigo.

—Y ¿por qué no? No sabes qué siente... ¿y si es lo mismo que tú?

—Lo dudo... ¿Y tú qué vas a hacer cuando lleguemos?

—Cogerme los días de vacaciones que me deben e irme a Montana. Pienso pasarme las tardes estirada en la alfombra con mi niña, contándole todas las cosas que he hecho y que ella no ha vivido conmigo. Y no pienso moverme de entre sus brazos.

—Cada vez huele más a quemado...

—Lo sé... pero llegaremos, vaya si llegaremos.

Capítulo 26

Luca

—¿Cómo estás? —Le acaricio la frente consciente de que se está apagando, que su maldita enfermedad está pudiendo con ella, y siento una rabia que me provoca ganas de gritar, de liarme a golpes con lo primero que tenga a mano, pero no puedo hacerlo, debo controlarme para que ella esté tranquila—. Ivy, te vas a poner bien.

—Sabes que no, hermanito, pero gracias.

—No digas eso. Abril te espera ahí fuera y yo no me voy a hacer cargo de ella, así que debes volver.

Sonríe y me mira a los ojos; de pronto veo que una lágrima rueda por su mejilla y me duele, me duele en el alma ver a mi hermana pequeña de este modo. ¿Por qué esta puta vida es así de cruel?

—¿Te puedo pedir un favor?

—Claro, dime.

—Esta mañana he hablado con Noelia. —Sé que pongo cara de extrañado porque veo esa cara de culpabilidad, igual que la ponía de pequeña cuando me quitaba algo y sabía que me iba a enfadar—. Esa chica te quiere, y tú a ella; no seas tan idiota de perderla. Hoy se ha ido al National Forest con una amiga, a hacer senderismo, pero en cuanto llegue quiero que le pidas perdón.

—¿A esa loca?

—A esa que te vuelve loco.

—No creas, que no es para tanto.

—A mí no me engañas.

Cierra los ojos y me asusto.

—¿Ivy? ¡Ivy!

—Lucha por ella, sé que es perfecta para ti y para Abril.

Tengo un nudo en la garganta y, por mucho que me hago el duro, no sé cuánto voy a poder aguantar.

—Lo haré, te lo prometo, pero tú debes hacer lo mismo por mí. Aguanta, y el tratamiento te ayudará.

—Luca, estoy bien, y vosotros lo estaréis sin mí.

—¡No digas eso! —Me coge de la mano y siento que apenas tiene fuerzas—. Ven aquí. —Me siento a su lado y apoyo la cabeza en la suya mientras acaricio su brazo. No me puedo creer lo que está pasando, esto debe de ser una puta pesadilla—. Te quiero, hermanita.

—Y yo...

Permanezco inmóvil, sintiendo cómo el frágil cuerpo de mi hermana se apaga, pero yo sigo sin moverme cuando entran las enfermeras y el doctor y me miran con tristeza.

Apagan las máquinas sin decirme nada, sólo corren la cortina y se marchan mientras yo, por segunda vez en mi vida, lloro desolado abrazado al cuerpo ya inerte de mi hermana.

—Luca, cariño —apenas balbucea mi madre cuando la ve y me doy cuenta de que, agarrada de su mano, mirando de soslayo, se encuentra Abril y voy corriendo hasta ella.

—Cariño, mamá se ha ido al cielo, pero no vas a estar sola. Te lo prometo.

Abril asiente y sigue mirando a su mamá inmóvil, como si no fuera con ella, como si no le importara; supongo que el dolor de los niños es muy diferente al nuestro.

La cojo en brazos, y mi madre, destrozada, nos abraza a los dos frente a Ivy, que parece dormida.

—Pagaré el doble, pero quiero que sea mañana.

Termino la llamada y miro hacia la ventana desde donde veo el jardín, ahora vacío, de Bruno; miro el teléfono y compruebo que son las nueve de la noche.

—Hijo, Abril ya está dormida. Ha sido un día duro, pero mañana lo será más para ella. Debemos descansar todos.

—No puedo dormir, mamá.

—Ni yo... —Vuelve a llorar y se me parte el alma.

—Ven.

Rodeo mi escritorio y la abrazo; no suelo hacerlo, pero lo necesita tanto como yo.

Llevo todo el día haciendo llamadas para organizarlo todo. No me puedo creer que mañana vaya a enterrar a mi hermana, esa renacuaja que me ha desquiciado toda mi vida.

—Ha llamado Bruno —me dice de repente, y le limpio las lágrimas de los ojos para que continúe hablando—. Ian le ha conseguido dos billetes y estará aquí esta madrugada; se irán a un hotel.

—Gracias, mamá. ¿Has llamado a los de España?

—Sí, nos han dado el pésame, pero no pueden venir. No están en una buena situación económica.

—No pasa nada, estaremos bien. Deberías mudarte a casa de Ivy, así estarías más cerca.

—No sé, hoy no puedo pensar en nada.

—Vete a descansar, yo me quedo trabajando un rato.

—Hijo, ¿trabajando?

—Sólo una cosa y te prometo que me voy a la cama.

Llevo todo el día con una puta nube en la cabeza, pero por fin ya estoy

llegando a casa. Bruno es el que conduce y Adriana está a su lado, mientras mi madre, Abril y yo estamos en silencio, sentados en el asiento de atrás de mi coche. Los tres hemos pasado uno de los peores días de nuestras vidas; enterrar a mi hermana no ha sido grato, pero al menos todo ha sido rápido, aunque haya tenido que dar un buen golpe de talonario.

—Seguro que está bien —oigo que Bruno le dice a su mujer, y le acaricia la mejilla.

—Tiene el teléfono apagado, estoy muy preocupada.

—¿Qué ocurre? —les pregunto a los dos, y ellos no se atreven a decir nada—. Bruno, ¿qué pasa? —insisto, ya enfadado porque siento que me están ocultando algo.

—No sé nada de Noelia, ¿la has visto?

Miro a Adriana confundido mientras Bruno aparca en la puerta de mi casa y mi madre y Abril comienzan a bajar.

—Anteayer estuvimos juntos, pero ayer no la vi.

La miro a los ojos y, de reojo, veo aparecer a Ian corriendo hacia nosotros, que bajamos del coche para saludarlo.

—Luca, perdona por no haber venido antes, pero es que estaba ayudando a los servicios de emergencia.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunto confundido; estoy muy espeso, así que no tengo ni la menor idea de lo que ha sucedido—. ¡Ian!

—Ha habido un gran incendio y he tenido que ayudar —me dice al fin.

—¿Un incendio?, ¿dónde?

—En el National Forest.

—¡¡Joder!! —Me llevo las manos a la cabeza, me muerdo el puño y le doy un puñetazo a la pared—. ¡Joder, joder!

—Luca, ¿qué ocurre? —Bruno me coge para que no dé más golpes e Ian se queda parado sin comprenderme—. ¿Es ella? —Mira de soslayo a Adriana, que se lleva las manos a la boca y comienza a llorar.

—Entrad, por favor, y hablamos con calma —nos pide mi madre a todos y

eso hacemos.

Avanzo por el pasillo sin poder pensar; me tiembla todo el cuerpo, no puede ser que Noelia esté en ese incendio.

—Luca, ¿cómo sabes que está allí? —Adriana no tarda en preguntarme y yo... yo recuerdo el momento en el que me enteré.

Mi hermana se estaba muriendo y me pidió que hablara con ella cuando regresara de ese parque nacional.

—¡Luca, habla! —me zarandea y mueve todo mi cuerpo para que reaccione.

—Adriana, tranquila.

Bruno la coge y la abraza mientras mi madre enciende el televisor y los cinco nos quedamos impactados al ver las imágenes del devastador fuego.

—Ivy, antes de morir, me dijo que había hablado con ella justo cuando se iba a ese bosque —cuento no sé ni cómo, sin dejar de mirar la pantalla y pensando en que esto no me puede estar pasando a mí.

—¿Sola?! —me pregunta Adriana, muy preocupada.

—Creo que con una amiga; la noche anterior vino con ella... Amber.

—Amber, ¿qué más?

Su voz es de miedo, sé que se teme lo peor y yo no sé si estoy preparado para recibir otra mala noticia... no cuando no me ha dado tiempo a decirle lo que siento, lo capullo que he sido y lo mucho que la quiero.

—¡Luca!

—Joder, no lo sé.

—¿De qué la conoce? —Encojo los hombros, no tengo ni idea.

—¿Y tú te has acostado con ella? Al parecer no sabes nada de nada...

—Adriana, por favor —interviene Bruno para calmarla, pero tiene toda la razón; apenas conozco nada de ella, a excepción de su cuerpo.

—Déjala, tiene razón.

Me froto los ojos y bebo un vaso de agua que me ofrece mi madre.

—A ver, en el caso de que siga allí, hay claros, puede estar bien... No nos pongamos en lo peor. —Ian consigue controlar la situación—. Voy a avisar que

puede que haya dos personas allí... Noelia Plaza y... ¿Amber, has dicho?

—Espera, conozco una persona que puede... —Corro hasta la mesa, cojo mi teléfono móvil y llamo a Zac. Un tono, dos... comienzo a impacientarme, espero que no esté borracho tirado por ahí.

—Dime, Luca.

—¿Cómo se apellida tu amiga Amber?

—¿Eh?, ¿por qué?

¿Por qué todo el mundo responde con una puta pregunta?

—Porque lo necesito, es de vida o muerte.

—No lo sé, pero tengo su teléfono.

—Dámelo. —Le hago un gesto a Bruno para que apunte y le dicto el número que me facilita—. Gracias, te debo una muy grande. —Y, sin más, le cuelgo sin explicarle nada, ni despedirme—. Llama.

—Apagado.

—Deben de estar juntas. Tranquilos, voy al centro de control y vendré con ellas, os lo prometo.

—Ian, por favor, es mi mejor amiga...

—Lo sé, Adriana. Te juro que no volveré hasta que las encuentre.

—Te acompaño. —Voy a dirigirme hasta la puerta cuando me para y me mira a los ojos—. Vamos, no hay tiempo que perder.

—Me voy yo, tú esperas a que te llame.

—No me puedes pedir que me quede de brazos cruzados. —No, no pienso hacerlo—. Ian, no me jodas.

—Luca, es lo mejor. Acabas de enterrar a tu hermana; están aquí tu madre y Abril, piensa en ellas.

Suspiro, me voy a volver loco.

—Llámame en cuanto la encuentres.

—Lo haré.

Veo cómo corre hasta el coche y sale disparado para dirigirse al centro de control. Yo me quedo inmóvil, de pie, respirando como puedo y sin dar crédito

a lo que está pasando.

—¿Se va a ir también al cielo?

—¡Abril, no digas eso! No le va a pasar nada, Ian acaba de ir a buscarla.

—La estrecho entre mis brazos y ella asiente sin decir nada; tengo que tener más cuidado, la pequeña no debería haber oído esa conversación—. ¿Tienes hambre? Abuela, esta renacuaja quiere comer algo con mucho chocolate. —Le guiño un ojo y ella sonrío de oreja a oreja.

Cuando mi madre se la lleva a la cocina, me siento en el sofá junto a mis dos amigos, que no dejan de mirar las noticias. El incendio es devastador, la carretera está intransitable, las llamas están arrasándolo todo... y yo sólo pienso dónde diablos se habrá metido.

—Se tuvo que ir ayer a las siete de la mañana aproximadamente, porque mi hermana pudo hablar con ella mientras yo corría... y fue a esa hora. Han dicho que el fuego se inició pasado el mediodía; puede que se hayan refugiado en algún lugar seguro.

—Madre mía, ¡qué es Noelia!, que se rompe la nariz, la espinilla y le pasan ciento cincuenta mil cosas...

Adriana opina lo mismo que yo. Noelia no es una buena superviviente.

—Cariño, no te pongas en lo peor, no sabemos nada.

—Ian la encontrará, nunca me ha fallado, y esta vez no va a ser diferente — afirmo con rabia, al tiempo que me levanto del sofá y me acerco hasta la puerta acristalada para mirar hacia el jardín.

Capítulo 27

Noelia

—Amber, no puedo más, necesito parar un poco.

—Un último esfuerzo; debemos de llegar a ese claro, es la única forma de que nos encuentren.

—¡No nos ven! ¿No te has dado cuenta de que el maldito humo no deja que nadie se percate de que estamos aquí? Hemos dado la vuelta al maldito lago, y no ha servido de nada. Llevamos desde ayer sin parar de caminar ni un momento, y ya no puedo más... Se acabó; si me tengo que quemar, pues me quemó. —Termino la frase llorando, fruto del cansancio.

—Ni tú ni yo nos vamos a rendir. Tengo una hija esperándome, que ahora mismo no sabe nada de su madre; nadie le dirá dónde estoy porque nadie lo sabe, y tú tienes a un chulito de playa a quien debes darle en las santas narices por ser tan capullo contigo. Así que levanta el puto culo y vamos hasta ese claro.

La miro asustada, es la primera vez que me habla así.

—Me cuesta respirar.

—Lo sé; por eso tienes que estar lo más tranquila posible, porque en caso contrario gastarás más oxígeno del que debes.

—¿Nos vamos a morir?

—¡No! Me has oído, no vamos a morir aquí.

Me levanto del suelo y, casi sin poder sostenerme en pie, camino agarrada de su mano.

Hago el último esfuerzo para llegar al claro y de pronto oigo un helicóptero. Las dos gritamos y levantamos y agitamos los brazos, pero, como

nos ha pasado todas las veces anteriores, no nos oye ni nos ve y se larga.

—Tenemos que llegar al claro, aquí no nos encontrarán jamás.

Estamos a pocos metros, pero parece que quede una eternidad. Tengo la garganta reseca a causa del humo, de no haber bebido desde la noche anterior y, sobre todo, de gritar como una loca cada vez que se acerca un helicóptero. No desistimos, caminamos sacando las fuerzas de donde no las hay y llegamos al maldito claro, donde me tumbo sin poder moverme.

—Noelia, ¿Estás bien? —Niego, no lo estoy; siento que me voy a morir, no tengo fuerzas, no puedo tragar, ni tan siquiera hablar—. Noelia, aguanta, por favor... No hemos llegado hasta aquí para nada.

Noto cómo me levanta la cabeza y me la coloca encima de sus rodillas.

Oigo un estruendo a lo lejos y Amber se levanta de repente, con lo que me doy un golpe en la cabeza que me duele, pero no soy capaz de moverme. La arena del suelo comienza a levantarse y choca contra mi cara... y me llega la voz de un hombre.

—Ya está, Noelia, estamos salvadas, nos han encontrado —me anuncia Amber, pero la oigo como si estuviera a mucha distancia, aunque la entiendo y me digo que ya puedo descansar, que al fin nuestro esfuerzo ha valido la pena.

—Noelia, ¿me oyes?

Me ahogo cuando noto en mi garganta un chorro de agua y toso una y otra vez, hasta que vuelvo a abrir los ojos y veo a Ian.

—¿Estoy soñando?

—No, soy real. Te voy a llevar a casa... o Luca me mata.

Oír su nombre me hace sonreír, y siento cómo Ian me coge en brazos y me lleva hasta un helicóptero, donde me tumba y me repite una y otra vez que todo ha terminado.

Abro un ojo y veo a Luca dormido a mi lado, agarrándome la mano. Estoy

en un hospital, así que al final no fallecí en el bosque. Aún recuerdo el calor, la sensación de que no teníamos a dónde ir...

No me muevo porque no quiero despertarlo; al rato entra una enfermera y sonrío al verme despierta.

—Noelia, buenos días. Estabas exhausta.

—Hola. —Nada más hablar, Luca levanta la cabeza y comienza a darme besos en la mejilla—. Si lo sé, me voy antes a un incendio.

—No vuelvas a irte o te juro...

—Tranquilo, que no volveré a ir a un bosque en toda mi vida. —Se le escapa una sonrisa y me besa en los labios—. ¿Me he roto algo?

—Pues, aunque parezca extraño, no. Has inhalado mucho humo y también necesitabas recobrar fuerzas, pero no te has roto nada.

—Eso sí que es raro.

—¡Noelia! —Me quedo alucinada cuando veo aparecer a Adriana; ésta me coge de la mano y rompe a llorar—. Como vuelvas a darme un susto así, te remato.

—Pero ¿qué haces aquí?

Adriana mira a Luca antes de responder.

—Era una sorpresa, pero me la fastidiaste. Eres muy oportuna.

Luca y Adriana sonrían.

—No le he dicho nada a tu madre, porque seguro que se hubiese muerto de un infarto. Después hablas con ella.

—¿Ya me puedo ir a casa?

—En cuanto pase el médico y vuelva a reconocerte.

—¿Y Amber?

«¿Dónde está mi amiga?», pienso para mis adentros. Muevo la cortina para ver la cama de al lado, pero no hay nadie en ella.

—Se ha ido a ver a su hija, Ian la ha llevado.

Me alegro mucho por ella; si por algo ha luchado estos dos días ha sido para volver a abrazar a su pequeña.

—Campos, ¿no me vas a decir nada?

—Que menos mal que no te ha pasado nada o me hubiera arrepentido toda mi vida de haberte ofrecido el trabajo.

—Mira que eres bruto —lo reprende Adriana, y reímos todos.

—Si salís un momento, en breve os dejaré que os llevéis a la paciente a casa. —El médico, que acaba de entrar, los echa de buenas maneras y el único que se queda a mi lado, agarrándome aún de la mano, es Luca—. Vaya susto les has dado, muchacha.

—No ha sido aposta.

—Ya me lo imagino. —Me coloca el estetoscopio y escucha el latido de mi corazón—. Vaya cambio... Ya respiras muy bien y el ritmo cardíaco es normal. Voy a prepararte los papeles del alta; te vas a casa.

—Gracias, doctor.

Luca le estrecha la mano y me mira la frente, allí donde me di el golpe, así que me llevo la mano a ella para descubrir que me han dado unos puntos.

—A vosotros.

—¿Otra cicatriz? —Se me escapa una sonrisa y me besa la mano.

—Esta vez has sido tú solita, yo no tengo la culpa —se defiende bromeando, y yo niego con la cabeza—. Adriana te ha traído ropa limpia. —Miro la silla y veo una bolsa—. Te espero fuera.

—Luca, gracias por buscarme. —Lo agarro de la mano, tiro de él y lo abrazo. Pasé casi dos días pensando en este momento, en qué le diría, y ahora que lo estoy viviendo no quiero decir nada, sólo sentirlo y no separarme de él.

—¿Cómo sabes que lo hice?

—Me lo dijo Ian.

—Noelia, no quería decírtelo ahora, pero las gracias te las tengo que dar yo a ti.

—A mí, ¿por qué? —No entiendo a qué se refiere, pero me encanta que en esta ocasión no esté siendo el cretino que acostumbra a ser.

—Por aparecer en mi vida y demostrarme lo que es el amor de verdad. Te

juro que cuando supe que estabas en ese incendio creí que me iba a morir. Me arrepentí de tantas cosas que te dije...

—Chissss, no digas nada más ahora; tenemos mucho tiempo para hablar.

Me pongo de puntillas y lo beso de nuevo, esta vez siendo levantada por él, que me sostiene de la cintura... y siento que hoy es un nuevo comienzo para los dos.

—Pero ¿a dónde vais? —le pregunto a Adriana al ver que ni ella ni Campos bajan del coche.

—Estamos hospedados en un hotel.

—¡Pero si ésta es tu casa!

—Pero ahora eres tú quien vive en ella —me aclara Campos, y lo miro alucinada. Vale que me la haya prestado, pero es suya—. Tranquila, que estamos bien en el hotel.

—No me importa si preferís mudaros aquí...

—Lo sé, pero así es mejor. —Adriana me abraza y vuelve a meterse en el vehículo—. Mañana comemos juntos —le advierte a Luca, que sonrío alegre y me abraza para dirigirnos a su casa.

Cuando entro veo a su madre sentada en el salón y a Abril jugando con su muñeca en la alfombra; al verme allí, sonrío y se acerca corriendo a mí para abrazarse a mi pierna, y la cojo en brazos.

—Te dije que nos volveríamos a ver. —Asiente y le doy un beso antes de dejarla en el suelo—. Hola, señora Martín.

—Llámame Marisa —me contesta en un perfecto español, tanto que siento que estoy de nuevo en casa—. ¡Espero que estés recuperada por completo!

—Ivy, ¿dónde está?

Veo cómo se miran Luca y su madre, y después a Abril.

—Ven, vamos fuera. —Luca abre la puerta acristalada y me lleva hasta el

jardín, cerrando tras de sí—. Mi hermana ha fallecido.

—¿Perdona? ¿Cuándo? No puede ser, yo hablé con ella...

—Justo después de verte esa mañana, se encontró mal y ya no salió de Urgencias. —Se le encoge la voz al explicármelo y lo abrazo con todas mis fuerzas.

—Luca, lo siento mucho, cariño. De verdad que lo siento.

Permanecemos abrazados y al rato rompe a llorar. No quiero mirarlo, simplemente lo abrazo y dejo que se desahogue. Sé cómo es, y lo mejor es no decirle nada, simplemente permitir que se deje llevar.

—Si te llego a perder a ti también...

—No digas eso; no me has perdido ni lo vas a hacer... si tú quieres, claro.

—¿Cómo no voy a querer? Lo que quiero es que no te separes de mí nunca más.

—Chicos, nosotras nos vamos a casa. Mañana vendremos por la mañana.

—Mamá, ¿estás segura? Podéis quedaros aquí.

Luca me mira esperando mi aprobación y asiento sin ningún problema; su hija acaba de morir, qué menos que estar acompañada.

—No, lo prefiero.

—Está bien.

Caminamos hasta su lado y Luca abraza a su madre; supongo que no suele hacerlo mucho, ya que a la pobre se le saltan las lágrimas.

—Lo siento mucho, no sabía nada. —La abrazo y ella intenta hacerse la fuerte, retirándose las lágrimas y diciendo un gracias sin voz. Cómo me duele verlos así.

—Tranquila, bastante has pasado tú. Cuídala como merece —le advierte, y yo no puedo hacer más que sonreír—. Abril, diles hasta mañana.

Nos despedimos de ellas y los dos nos miramos a los ojos.

—Y, ahora, ¿qué? —Me muerdo el labio; no sé si debería irme a mi casa o quedarme a pasar la noche con él; no quiero que piense que soy una pesada.

—Esta vida es tan corta... No pienso dejar que te separes de mí en ningún

momento.

—Bueno, no te pases.

—Tienes razón, te dejaré lo justo para que tengas intimidad en el baño.

—No sé si largarme corriendo o... —Voy a decirle «besarte», pero él me aproxima agarrándome de la mano y lo hace por mí.

Cómo me gustan sus besos, cómo me gustan sus abrazos... No me puedo creer que todo haya terminado así. Siempre pensé que esta ciudad sería exclusivamente una etapa de mi vida, que me cansaría y volvería al lado de mi madre, pero ahora veo que todo es diferente, que aquí tengo a una persona que me hace sentir especial y por la que quiero apostar sin miedo a nada, sin pensar en lo que ocurrirá o no, simplemente deseo conocerlo de verdad.

Capítulo 28

—Quiero saberlo todo de ti. —Acaricio su pecho y lo beso antes de volver a mirarlo a la cara y ver cómo sus labios están enrojecidos de besar mi cuerpo, de hacerme el amor con su lengua.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. —Le beso los labios y él me responde haciendo lo mismo en mi cabeza, y luego comienza a hablar sobre él.

—Como has podido comprobar, mi madre es española, andaluza para ser exactos, pero un buen día se cruzó con un hombre en un bar de una playa y se enamoró a primera vista, tanto que decidió venirse a Los Ángeles cuando él le dijo que tenía que regresar. Fruto de ese amor nacimos Ivy y yo, los mimados de la casa. Siempre fuimos felices y nos lo dieron todo; los dos supimos corresponder, así que estudiamos e intentamos ser los hijos perfectos. Sin embargo, pasados los años mi padre encontró a una mujer más joven y decidió irse con ella, abandonando a mi madre, y entonces ella volvió a Andalucía. Nosotros decidimos quedarnos en Estados Unidos, pero viajábamos una vez al año para visitarla, hasta que, cuando estábamos en uno de esos viajes, la novia de mi padre me llamó y me comunicó que habían tenido un accidente y que mi padre había fallecido... así que los tres volvimos y convencimos a mamá para que se quedara, y menos mal que lo hizo, porque Ivy conoció a un gilipollas que la dejó embarazada y se largó.

—Ostras, tu madre lo ha debido de pasar francamente mal.

—Desde que mi padre la dejó por otra más joven y luego murió, ha sido un palo tras otro... Después mi hermana enfermó y, cuando por fin parecía que había superado la leucemia, volvió a aparecer hasta que... ya sabes...

—¿Y tú? ¿Qué ha sido de tu vida personal?

—No he querido tenerla, supongo que por miedo a sufrir, a que me abandonasen como les pasó a mi madre y a mi hermana.

Jamás había visto a Luca ser tan sincero y eso me remueve por dentro.

—Yo nunca haría eso.

—No te pienso dejar que lo hagas. —De repente se pone encima de mí y me besa un pecho—. Y, ahora, ¿qué hay de ti?

—Mi vida ha sido muy aburrida.

—Pues entonces quiero aburrirme contigo un rato y saberlo todo.

—Nací en Valencia, hasta que mis padres se mudaron a Lanzarote; allí estudié y luego trabajé en una pequeña tienda hasta que me quedé sin curro y Campos me ofreció éste. Mis padres son normales. —Me mira con las cejas alzadas y se me escapa la risa—. Bueno, mi madre es un caso, pero es buena persona, y mi padre es un santo por aguantarla.

—¿Cuántos hombres han tenido el privilegio de hacer esto? —Baja y pasa su lengua por mi ombligo hasta llegar a mi clítoris y, para fastidiarlo un poco, miento descaradamente.

—Demasiados.

—¿Estás segura? —Me abre las piernas y lo devora como nadie lo ha hecho, así que consigue que le diga la verdad.

—No tantos, en realidad. —Se me escapa la risa y él me da un cachete en la cadera para que no sea tan graciosa—. Además, me lo pregunta ese al que lo buscan en las fiestas para recriminarle.

—Esa tía era una idiota; me solía fijar en ese tipo de chicas porque sabía que no querría tener nada más con ellas.

—Y yo, ¿soy idiota?

—No, tú eres una loca que me volvió loco desde el primer día que me tope contigo. —Mientras lo dice, me mira fijamente y se adentra en mi interior—. La única de la que no me cansaré, aunque pasen mil años.

—Espero que así sea...

Emito un jadeo cuando me penetra con más fuerza y, tras mirarnos a los ojos, nos besamos y nos dejamos llevar por la pasión.

—¿No estás cansado? Porque yo no puedo más. —Se me cierran los ojos cada vez que siento que me acaricia la mejilla; me encanta que lo haga, no quiero que deje de hacerlo nunca.

—Prefiero mirarte.

—Estás loco. —Sonrío con los ojos cerrados—. Después dices de mí.

—Estoy loco por ti. —Me besa los labios y me acurruco en su pecho para dormir un poco.

Abro un ojo y compruebo que estoy tapada pero sola; Luca no está dormido a mi lado, no hay ni rastro de él. Me desperezco y voy al baño de su habitación, donde veo su cepillo y su pasta de dientes; tentada estoy de quitárselos, pero no quiero correr el riesgo de que se moleste, así que cojo un poco de pasta y me lavo los dientes con el dedo, como hice mil veces de pequeña cuando me quedaba a dormir en casa de alguna amiga.

Me peino con los dedos y me atuso las raíces para estar presentable. En eso ando cuando veo su perfume en la balda del espejo. No puedo evitar cogerlo y lo huelo con los ojos cerrados y vuelvo a sentir su aroma. Recuerdo cómo me hizo el amor anoche, todo lo contrario que hemos hecho las veces anteriores, en las que la pasión era la única en aparecer. Ayer me dio la sensación de que ninguno de los dos queríamos que la noche terminara. Dejo el frasco en su sitio y me visto con la ropa de ayer; necesito ir a mi casa y cambiarme.

Bajo la escalera y me dirijo al despacho de Luca. Al acercarme, los oigo hablar.

—Mamá, no me puedes hacer esto. ¿A España?

—Luca, éste no es mi sitio, hace muchos años que no lo es, y regresé por tu hermana.

—Pero te necesito, yo solo no voy a poder criar a Abril, ¡mamá, soy yo!

Percibo el miedo en sus palabras y no lo culpo, porque en su situación yo estaría aterrada.

—Abril te adora, y ahora no estás solo.

—No puedo hacerle esto a Noelia. Acabamos de empezar nuestra relación, como aquel que dice; no puedo pedirle que comparta mi vida con una niña de tres años, no sería justo.

—Hijo, tampoco es justo que yo haya dejado la mía por vosotros, allí tengo... —Se calla de repente y yo intento poner la oreja más cerca de la puerta para escuchar mejor.

—¿Qué tienes, mamá?

—Al menos tenía, cuando me vine... Hay una persona especial... y al morir tu hermana me hizo prometerle que iba a procurar ser feliz. Y allí lo era, entiéndeme.

—Y lo hago, pero, ¿y si lo mío con Noelia, con Abril de por medio, no funciona?

—Hijo, ¿tú la quieres? —Se me encoge el estómago al oír esa pregunta y, si dice que no, o que no lo sabe, sé que me partiría el corazón en mil pedazos.

—Claro que la quiero, me vuelve loco, y ya no quiero vivir sin ella, lo es todo para mí.

—Pues deja de tener miedo y díselo. Ella te apoyará... y he visto cómo mira a la pequeña. Además, esa niña es un amor, no os va a dar guerra ninguna.

—¿Vendrás de vez en cuando a vernos?

—Te lo prometo, y espero que acompañada. —Oigo cómo los dos ríen y sonrío desde el otro lado de la puerta. De repente, me percaté de que Abril me está mirando.

—Hola, pequeñaja. ¿Has desayunado?

Asiente con un escueto y dulce sí.

Me siento en el sofá con ella y al poco rato aparecen. Lo primero que hace Luca es acercarse a mí y besarme.

—Buenos días.

—Buenos días. Tengo que ir a cambiarme. —Le señalo la ropa que llevo y asiente sin dejar de mirarme a los ojos... y yo me deleito con los suyos, segura de que nunca me voy a cansar de mirarlos.

—Yo me voy ya, mi vuelo sale en pocas horas.

—¿Ya?, ¿hoy mismo?

Su madre sonrío y pasa de Luca para ir a despedirse de su nieta.

—Cariño, la abu se va a su casa de España, estarás bien con el tío Luca, ¿verdad? Vendré a verte a menudo y ellos te traerán a mi casa también, ¿vale?

Se funden en un abrazo y Luca me abraza al ver cómo se despiden. Sé que él duda, pero no pienso dejarlo solo con ella, voy a ayudarlo en todo lo que pueda.

—Noelia, espero verte la próxima vez que venga.

—Aquí estaré.

Tras decir esto, lo miro y veo cómo le brillan los ojos. Sé que pensaba que iba a salir corriendo, pero no, y aunque tenga que demostrárselo mil veces, aquí seguiré.

—Voy a cambiarme, ahora mismo vuelvo —anuncio, y él me abraza más fuerte y suspira lentamente sin dejar de apretarme contra su cuerpo—. Marisa, que tengas un buen vuelo.

—Hola, Ian. —Le doy dos besos nada más saltar el muro y veo cómo Luca me analiza. Supongo que el hecho de haberlo puesto celoso utilizando a su amigo tantas veces me pasará factura en algún momento, pero, para que mi

chico no tenga ningún tipo de duda, me acerco a él y le digo—: Hola, de nuevo, cariño.

Lo beso y me abraza, sin importarle que su amigo se esté girando para no vernos, cuando llaman al timbre.

—Será Bruno, voy yo.

Ian va a abrir la puerta y Luca aprovecha para abrazarme y elevarme del suelo.

—Hueles muy bien.

—Necesitaba una ducha.

—Quiero que cojas tus cosas y te mudes a nuestra casa.

Lo miro sorprendida; no me había imaginado que quería que todo fuera tan rápido.

—A tu casa... —Estoy imaginándome lo que va a ser vivir con él, y sonrío feliz.

—A partir de ahora, lo mío es tuyo.

Lo beso agradecida por su gesto y de pronto recuerdo algo que he cogido del salón. Meto la mano en el bolsillo de la sudadera y me separo un poco para mostrárselo.

—No quiero este dinero, sólo lo hice por hacerte un poco la puñeta. —Le ofrezco el sobre que contiene los famosos mil dólares de la operación de mi nariz que le devolví y él volvió a dejar en mi casa sin que me diera cuenta—. Cógelo, por favor.

—No, yo fui el culpable, soy yo quien debe pagarlo.

—Luca, perdona que os moleste, pero tienes que salir. —Ian está nervioso; sé que ocurre algo y Luca intenta que me quede en el jardín, pero no le hago caso—. Me llevo a Abril a tomar un helado, ¿vienes, Noelia? —Tengo claro que Ian lo hace de buena fe, pero no; si Luca tiene algún problema, quiero estar a su lado.

—Está bien, ven.

Ian cruza el muro hacia mi casa con Abril en brazos, y me doy cuenta de

que algo no va nada bien. Le digo adiós a Abril con la mano muy sonriente y Luca y yo, agarrados de la mano, salimos hasta la puerta, donde hay un chico parado en ella.

—¿Qué haces aquí?

—Me he enterado de que Ivy ha...

—¿Y ahora te importa lo que le ha pasado? —Luca está siendo muy tajante, muy seco; no sé quién es, pero está muy enfadado con él—. Vete, ahora.

—¿Dónde está...?

Luca suelta el aire a la vez que pregunta cínicamente:

—No recuerdas ni su nombre. ¿A qué has venido?

—No soy tan mala persona como crees y lo último que quiero es que esa niña se quede desamparada. Sé que no puedo darle la vida que merece, pero tú sí. Luca, hazte cargo de ella.

—Jamás quisiste a mi hermana, y mucho menos a vuestra hija; no puedo entender cómo duermes por las noches.

—Esta mierda me está matando.

Le muestra los brazos y descubro que los tiene repletos de cicatrices de pincharse. ¡Dios, el padre de Abril es un drogadicto! Me llevo la mano a la boca y, al darse cuenta, me mira y se tapa corriendo.

—Abril se queda con nosotros, pero no quiero que aparezcas por aquí, nunca, ¿me has oído?

—Gracias, hazla feliz.

Lo miro a los ojos y me apena ver la tristeza que siente, cómo se ha resignado porque Abril sea feliz.

—Vete, por favor. Mi abogado ya lo ha dejado todo resuelto.

—Me encontrarás en casa de mis padres si surge algo. —Tras decir esto con la cabeza agachada, se da media vuelta y se va sin mirarnos.

Luca me mira, tiene los ojos bañados de furia y me duele el corazón saber que Abril podría estar con él y llevando una vida que no merece. Ahora entiendo lo que me dijo Ivy, eso de que por su culpa la vida de Luca iba a

cambiar y que se sentía responsable. Ella estaba asegurando un buen futuro para su hija, sabiendo que, si se hacía cargo su padre, no iba a ser nada bueno para la pequeña.

—No pienso ir a ninguna parte: te quiero, y te aseguro que esa niña va a ser la criatura más feliz de este mundo porque tú y yo nos vamos a hacer cargo de ella.

—Sé que lo vas a hacer, pero no es justo; acabamos de comenzar y no te puedo pedir algo así.

—No me lo estás pidiendo, te lo estoy ofreciendo, y espero que me dejes ser parte de vuestras vidas.

—¿Por qué no te rompí la nariz antes? —suelta de repente riéndose, y yo, aunque me hago la ofendida, no puedo hacer más que imitarlo y nos fundimos en otro abrazo y nos besamos.

Capítulo 29

—¿Estás segura de lo que estás haciendo?

Las dos miramos a los tres chicos que están frente a la barbacoa, discutiendo por algo que ocurrió en el pasado y acerca de lo que cada uno tiene su versión distinta.

—¿Tú lo estarías? —Me encojo de hombros y, aunque tengo miedo de que algo pueda salir mal, creo que merece la pena intentarlo—. Mírala... Te aseguro que, si lo hubieras visto, pensarías como yo. Casi me da algo cuando nos ha enseñado las marcas en los brazos.

—Pobrecita...

—Y lo quiero, es diferente cuando lo conoces.

—Te lo dije; esas palabras me suenan de hace unos meses y me decías que lo odiabas a muerte. Recuerda que te dije que lo tuyo era amor por narices.

—Joder, con la nariz.

—Es que, tía, ahora que ha pasado todo, fue muy fuerte..., el golpe, tu rabia hacia él... Ya se veía venir. Es más, Campos y yo apostamos acerca de cuánto tiempo pasaría hasta que os acostarais juntos. —Comienza a reírse y yo pongo cara de ofendida, pero en el fondo me parece incluso gracioso.

—¿Y quién ganó?

—Él. Yo pensaba que te harías más de rogar.

—Ah, muy bonito, encima me llamas fresca —le respondo toda indignada.

—¿Fresca? Se os ha calentado la cerveza, os traeré más —oigo a mi espalda. Luca me agarra el hombro y lo miro sonriendo.

—La comida ya está lista, ¡a la mesa!

Nos sentamos todos y los miro uno a uno, feliz. Nunca pensé que venir a

Los Ángeles sería esto, aunque evidentemente no lo será todos los días, porque nuestras vidas son muy distintas... Ian se pasa la existencia volando de un continente a otro, Campos y Adriana, entre Lanzarote y Filipinas, y nosotros estamos muy anclados aquí, aunque estoy deseando ir a ver a mis padres y explicarles todo lo que me ha ocurrido.

Sé que a mi madre le va a dar otro amago de paro cardíaco, porque me dirá que entonces ya no volveré más y que habrán perdido a su única hija, pero yo no pienso eso; al contrario, iré muchas veces, al igual que iremos a Andalucía a ver a Marisa, sólo que el día al día será en esta casa a la que acabo de llegar y que ya siento tan mía.

—Propongo un brindis por la nueva pareja. —Campos se parte de la risa y veo cómo Adriana se ríe mirando a Ian. Supongo que en algún momento ellos han vivido algo similar.

—Miedo me dais, la última vez acabamos en Las Vegas.

—Ah, no, ahora está Abril, ya no puedo hacer el loco como antes. —Lo miro enamorada hasta las trancas; ese lado responsable de Luca no lo conocía y creo que me gusta más que los demás.

—Tienes que comenzar a buscar una canguro —le aconseja Ian, y Campos asiente varias veces, muy seguro, y, la verdad, no estaría de más, porque algún día tendremos que escaparnos los dos solos.

—En todo caso, eso de escaparnos a Las Vegas será otro día —les digo a todos, sabiendo que mi contestación le ha gustado a Luca.

Tres meses más tarde...

—Necesito un coche, mis mañanas son una locura —le comento a Luca, que está encerrado en su despacho; no sabía que estaba hablando por Skype. Me hace un gesto para que le conceda un minuto y espero sentada en una de las

sillas, escuchando cómo un cliente se queja, de una forma bastante desagradable, sobre el servicio que está recibiendo.

—Lo siento. —Deja caer el teléfono sobre el escritorio y se pone de pie para rodearlo y llegar hasta mí—. ¿Qué has dicho que necesitas? —Me coge en brazos y me sienta encima de la madera para mirarme a los ojos.

—Un coche, grande, por favor.

—¿El más grande?

—¡No! —le respondo recordando que la última vez que pedí eso recibí una hamburguesa que no me hubiera comido en meses.

—Chica lista. ¿Qué tienes pensado?

—Pues... no lo sé. Debería ver cuánto cuestan. —Hago mis cálculos mentales y sé que no puedo permitirme el lujo de algo muy caro.

—Por eso no te preocupes. Mañana al mediodía comemos juntos y vamos al concesionario de un amigo.

—Recuerdas que mañana es el baile de Abril, ¿no?

—Cómo lo iba a olvidar.

Sé que me está mintiendo; su cara me dice claramente que lo había olvidado y que tiene algo de trabajo, y ahora mismo está pensando en cómo arreglarlo.

—Mentiroso..., pues ya puedes anularlo, sea lo que sea, aunque te parezca importante. —Me bajo de la mesa de un salto y me dispongo a salir, pero antes me doy la vuelta y añado—: Es más, estoy deseando que me vean en el ballet; Abril dice que las mamás de sus amigas te sonríen mucho.

—¿Estás celosa? —Viene hasta mí y vuelve a cogerme para, esta vez, tumbarme sobre el escritorio y besarme el vientre—. Porque sólo tengo ojos para ti, no sabes lo duro que es para mí. —Me muerde la zona de las costillas provocándome cosquillas y se me escapa una carcajada nerviosa—. Te aseguro que no me gusta nada tener que aguantar una hora de su clase al lado de esas alcahuetas que creen que soy gilipollas y a las que veo babear a mi lado, aunque tengo que disimular...

—O sea, que lo reconoces.

—Ajá —suelta antes de besarme el ombligo, para luego deshacerse del botón de mi pantalón, sacármelo y tirarlo al suelo y llevarme contra el cristal, que está helado; gimo al sentir mi piel caliente sobre éste—. Pero ninguna es capaz de doblar las piernas como lo haces tú. —Me eleva un poco más y me sopla lentamente el sexo, subiendo una de mis piernas y mordisqueándola de arriba abajo, hasta que comienza a embestirme con todas sus fuerzas y no puedo reprimir un grito—. Chisssss, no quiero que Abril te oiga, ¿qué va a pensar de nosotros?

—Que nos queremos mucho, no como las madres de sus amigas, que se aburren tanto en su casa que miran a los padres de las demás.

Recibo otra embestida feroz y lo miro a los ojos, ahora oscuros por el placer de sentir que estoy sacando las garras, pero no me importa que lo sepa.

—¿Está todo claro?

—Que sí, ¿alguna vez te he fallado? —Erika se siente molesta, pero hoy teníamos organizado un taller de yoga y meditación y no puedo asistir porque le prometí a Abril que iría a verla bailar.

—Ya lo sé, perdón.

—Vete ya, anda, bombonazo.

—¿Estoy bien? —Miro mi reflejo en uno de las vidrieras y sonrío.

—A Luca le va a dar algo.

—Entonces, estoy perfecta. —Cuando me dispongo a salir veo que aparece Amber; no la había visto desde el incendio—. ¡Hola!, ¿cómo estás?

—Muy bien, como nueva después de unas vacaciones con mi niña.

—No sabes cuánto me alegro. Ahora que has vuelto, hazme un hueco, que tengo muchas cosas que contarte.

—Ya me imagino por dónde van. Acabo de ver a Luca esperándote abajo.

—Me escribes, ¿de acuerdo?

—Hecho.

Le doy un beso en la mejilla y bajo la escalera lo más rápido que puedo sin caerme, que los tacones que me he puesto no son mucho para hacer locuras.

Cuando llego a la calle, lo veo montado en su todoterreno negro, hablando por teléfono, y me paro en la puerta para observarlo. No me puedo creer que alguien como él sea mío, porque lo es. Como si pudiera leerme la mente, se gira y nuestras miradas se encuentran.

—¿Preparada para elegir coche? —Pone la mano sobre mi muslo descubierto y me mira de arriba abajo, mordiéndose el labio—. Estás preciosa, y no sé si te has puesto así para que las otras madres se mueran de envidia o para que me tenga que partir la cara con el primer padre que te mire.

—Digamos que hoy vamos a dejar claro que no estás solo, y que lo tienen difícil para competir conmigo.

—Estás loca, pero te amo más que a nada en este mundo. —Me atrapa la nuca y me lleva hasta él para besarme justo antes de adentrarnos en la circulación y dirigirnos hacia el concesionario de su amigo.

—¡Quiero ése! —Luca me mira alucinado cuando aún no ha entrado en el parking y le señalo un Jeep blanco que me ha llamado la atención nada más llegar.

—No tienes mal gusto; ahora lo vemos mejor y decides.

Aparcamos en un extremo y, agarrados de la mano, le echamos un vistazo a todos los coches que nos cruzamos hasta que llegamos a la oficina; allí hay un chico que nos está esperando. Estrecha la mano, amigablemente, con Luca y me saluda a mí, mirándome de arriba abajo y provocando que mi hombre, celoso, le dedique una mirada asesina y él tosa y nos comience a mostrar los coches deportivos que cree que debería comprar.

—Hemos visto un Jeep en la entrada que creo que es lo que quiere mi mujer. —Las palabras «mi mujer» quedan más que claras para el pobre vendedor, que se ha dado cuenta de su error.

—Sí, claro, vamos a verlo. Me lo han traído esta misma mañana. —Cuando llegamos al lado del vehículo, lo miro y sonrío; me encanta. Ya me veo conduciéndolo, poniendo dentro patines, bicicletas y los mil cachivaches que arrastramos a cuestras con Abril.

—¿Puedo ver el maletero?

—Por supuesto. —Lo abre y miro a Luca, que espera que le confirme si me gusta o no—. Éste tiene muchos extras y está a la venta por sesenta y tres mil dólares.

—Nos lo llevamos; ya sabes qué tipo de financiación quiero.

—Luca, espera. —No quiero que se precipite; es tremendamente caro. Si hubiera sabido el precio, ni siquiera habría preguntado por él—. Podemos pensarlo.

—¿Te gusta? —Espera que le responda y no soy capaz de hacerlo—. Necesito un *renting* para la empresa, así todos salimos ganando.

—¿Seguro? —le pregunto, porque me sabe mal gastar tanto dinero.

—¿Cuándo nos lo podemos llevar?

—Pues, si me pongo ahora mismo, mañana se lo puedo entregar donde me diga.

—No dejemos que pase más tiempo, entonces.

No me puedo creer que me haya comprado un coche tan caro. Me siento mal, tanto que me estoy mareando; incluso tengo ganas de vomitar.

—¿No te gusta? No has hablado desde que hemos salido del concesionario.

—Es que es muy caro...

—No lo es; al adquirirlo a través de la empresa, sale como uno normal, y en vez de tener un vehículo en propiedad, que es una pérdida de dinero, podremos cambiarlo cada vez que queramos, y sin coste alguno. Es un buen negocio.

—¿Por qué soy tan afortunada en esta vida?

—Porque no te mereces otra cosa.

Más feliz de lo que estaba, nos vamos a comer juntos al primer restaurante que me llevó, pero esta vez no salgo huyendo como hice aquel día que tuve que oír que de mí sólo quería un polvo, que yo no era nada; esta comida ha sido muy diferente, como lo son todos los momentos en los que logramos estar a solas.

—Me voy a reír cuando te vean.

—¿Quién me tiene que ver?

—Las alcahuetas. —Se recuesta en la silla cruzado de brazos y comienza a carcajearse—. A partir de hoy, no me volverán a mirar a la cara.

—Mira qué pena... —Muevo la mandíbula de un lado al otro, satisfecha.

Capítulo 30

—¿Estás nerviosa? —le pregunto a Abril, que está en el asiento de detrás, muy seria—. Te va a salir genial y nosotros vamos a estar en primera fila para enseñarte los pulgares. —Le muestro los míos, dirigidos hacia arriba en señal de okey, y ella se ríe vergonzosa.

—¿Queréis salir o voy a tener que esperar mucho más? —Luca está al lado de la puerta de Abril y, justo detrás, tal y como esperaba, hay un corro de madres mirándolo de arriba abajo; no se han dado cuenta de que estoy dentro del coche, pero ahora mismo lo van a descubrir.

—Ya vamos, pesadito. —Salgo, voy hasta él y le planto un beso en los morros al que responde encantado, acariciándome a la vez el culo, que se me marca perfectamente con este vestido rojo de algodón que se amolda a las formas de mi cuerpo—. Tus admiradoras se han marchado, qué lástima.

—Eres muy mala persona.

—Eres mío, ahora ha quedado claro.

—¿Satisfecha?

Asiento y vuelve a besarme para después darle la mano a Abril y entrar con la niña; va vestida con su tutú blanco y lleva un moño bien apretado.

Cuando llegamos al auditorio, vemos dos sitios libres justo en la primera fila y hacia allí nos dirigimos; de pronto, una mujer intenta quitarme el mío, pero soy más rápida que ella y me dejo caer en el asiento; entonces se queda mirando a Luca.

—Perdona, pero es que vamos juntos —le digo con voz de circunstancias, simulando que no la había visto y que el asiento ya estaba ocupado desde antes.

—Claro, claro, ya busco otro.

—Ahora sí que vas a ser la más odiada de todas.

—Me encanta.

Justo en ese momento se apagan las luces y vemos que las niñas se van colocando en fila y todos aplauden, todos menos Luca y yo, que subimos los pulgares para que Abril nos vea y sepa que estamos con ella.

«Qué mal me encuentro.» Entro en el baño y hago un pipí mientras pienso que no puede ser. Hace una semana que me tendría que haber venido la regla y yo soy un reloj. Me froto la frente y noto que comienzo a sudar. «No puede ser, no puede ser...» Pero sí puede, vaya que sí puede: alguna vez lo hemos hecho sin protección. «¡Dios!»

—Luca, tengo que ir a comprar una cosa que me he olvidado.

Cojo las llaves de su coche y voy a salir cuando me doy cuenta de que me sigue.

—¿Qué necesitas? Puedo ir yo si quieres.

—No, sírvele la cena a Abril, que ahora mismo regreso.

Le doy un beso en los labios y salgo a toda prisa en busca de una farmacia para comprar un test de embarazo.

Cuando vuelvo, dudo acerca de qué hacer y decido que lo mejor es ir a casa de Campos, pues tengo las llaves en mi bolso y, aunque ahora no esté viviendo allí, las guardo por si acaso debemos entrar por alguna urgencia... y ésta lo es.

Abro la puerta y me voy directa al baño. Estoy tan histérica que no me sale ni el pis. Espero unos minutos hasta que al fin logro hacerlo y dejo el maldito Predictor sobre el lavabo y me voy al salón.

Vuelvo varias veces, pero aún no pone nada... hasta que, en una de ellas, aparecen las dos rayas y mi boca se desencaja.

¡Madre mía, madre mía!

Cojo el teléfono y llamo a Adriana.

—Tía, me va a dar un infarto.

—¿Qué ocurre?

—Estoy embarazada.

—¿Perdona? Y me lo dices así, sin anestesia ni nada. ¿Y qué vas a hacer?

—Tengo que hablar con Luca. Me encantaría que nuestra relación funcionase para siempre, y no sé si decirle que me muero por tener un hijo con él, uno que sea de los dos. —Me paro a pensar—. A ver, no me malinterpretes, quiero mucho a Abril, pero, entiéndeme, creo que...

—¿No crees que eso deberías hablarlo conmigo?

—Adriana, te dejo —le digo tras girarme y verlo frente a mí.

—¿Es Luca?

—Sí, ya te llamo en otro momento.

Espero que Luca no lo haya oído todo o me voy a morir.

—¿Qué haces aquí? —le digo.

—Eso te iba a preguntar yo. —Está muy enfadado—. Estaba convencido de que estábamos bien, de que eras feliz conmigo.

—Y lo soy.

—Entonces, ¿por qué quieres un hijo? Siempre te quejas porque no tenemos tiempo. ¿No te parece que merecemos disfrutar un poco antes?

—¡Nunca me he quejado de eso! —Alzo la voz porque me parece increíble lo que acaba de decir. Siempre intento que su vida sea lo más tranquila posible, que los problemas con Abril sean menores, para que no se agobie, que bastante tiene con su trabajo, y encima me dice esto.

—Lo sé, tienes razón. Estoy estresado, y no entiendo por qué quieres un hijo ahora.

—Pues porque en una relación a veces se necesita más, pero ya veo que tú no quieres lo mismo que yo.

—Ahora mismo, no, para qué te voy a mentir.

—Pues genial.

Levanto las manos para que no me toque y salgo de la casa de Campos para irme a la nuestra. En cuanto paso por la cocina, tiro el test de embarazo a la basura y luego subo a la habitación, no sin antes comprobar que Abril esté dormida.

Me quito la ropa y me pongo el pijama para meterme en la cama; no me apetece verlo, ni hablar con él, estoy muy triste y preocupada. No sé cuánto tiempo pasa hasta que oigo sus pasos por la escalera, pero cierro los ojos y me hago la dormida.

—Noelia, ¿por qué no me has dicho que estás embarazada?

—¿Hubiera cambiado algo?

Sacudo el hombro para que no me toque.

—Tener un bebé no entraba en mis planes; lo siento, pensaba que todo iría más despacio. —No hablo, porque no quiero que sepa que estoy llorando—. Ven, por favor. —A la fuerza, me levanta y me exige que lo mire a los ojos—. No llores, cariño.

—No he pensado en ello hasta que he visto el resultado del test —explico, y me abraza con todas sus fuerzas.

—Perdóname, sé que a veces soy un capullo, pero te juro que lucho contra él todos los días para que se vaya.

—Si no quieres tenerlo, lo entenderé.

—No digas tonterías, vas a ser la madre más bonita del mundo, aunque tengas un capullo por marido.

Oírle decir eso consigue que lllore más, porque no me puedo creer que sea verdad, que dentro de mí tenga una vida fruto de nuestro amor.

Epílogo

—Estamos muy lejos. ¿Y si pasa algo?

—Primero, no va a pasar nada; segundo, estarán pasándose la mar de bien con mi madre en su casa, tanto que no se van a acordar de nosotros, y tercero, si finalmente ocurre algo, Ian nos conseguirá un avión para regresar de inmediato.

—Todo eso no me tranquiliza, la verdad.

—Pues vas a hacerlo en cuanto llegemos a esa playa...

Señala por la ventana del hidroavión y veo la playa privada de Bali que es para nosotros solos.

—Esto es demasiado, cariño.

—Es lo mínimo que te mereces. Te encargas de los dos niños, colegio, guardería, ballet, piscina... además de trabajar en el centro de yoga y encima eres la mujer de mis sueños. ¡Qué menos que un descanso y que puedas respirar profundamente sin oír cien mil veces la palabra «mamá»!

—Tienes razón, ¿podemos aterrizar ya? —Dicho y hecho, noto cómo tocamos agua y el avión da un salto y se me escapa un grito al tiempo que aprieto el muslo de Luca, tanto que provocho que grite de dolor—. Perdón.

—Me has clavado las uñas, loquita mía.

El gerente del hotel nos espera en el muelle y nos lleva en un carro como los que se usan en el golf hasta una habitación que está flotando sobre el mar. No me puedo creer la maravilla que tengo ante mis ojos, el color del agua...

—Cariño, espera. —Me gira de repente y no me deja entrar en la *suite*—. Tengo una sorpresa.

—¿Ahora? —Miro la maleta, que aún ni siquiera hemos dejado, y luego a

él—. Luca, ¿estás bien?

Planta una rodilla en el suelo y abro la boca de par en par cuando veo que saca una cajita roja y, al abrirla, resplandece un anillo.

—¿Quieres casarte conmigo, aquí y ahora?

—Sí, claro que sí. —Me lo va a poner, pero estoy tan nerviosa que me tiembla la mano y en uno de los tembleques el anillo cae al suelo, con la mala fortuna de que se mete entre dos maderas y se queda enganchado allí—. ¡Luca!

—Me llevo las manos a la boca y maldigo cien veces en mi interior lo torpe que soy.

—Tranquila, lo puedo coger. —Empiezo a reírme y él, todavía de rodillas, me mira molesto, pero es que no me lo puedo creer, hasta en este momento tengo que hacer algo para estropearlo. Con mucho esfuerzo, logra recuperarlo—. No te muevas.

Ahora sí, coloca el anillo en mi dedo y luego me coge en volandas para entrar en la habitación y dejarme caer sobre la cama, repleta de pétalos de rosas, y reímos felices.

—Pero ¿has dicho aquí y ahora? —pregunto mientras me siento de repente, y él se ríe al ver mi cara de estupor.

—Ahora mismito. ¿Ves eso? —Me señala un armario y voy corriendo a abrirlo. Dentro hay un vestido blanco, semitransparente, que sin duda se ajustará a mi cuerpo y con un corte que mostrará mi pierna por completo.

—¡Estás loco!

—Algo se me ha pegado de ti. Tienes quince minutos para estar lista, te espero en la playa.

—¿Te vas?

—No pensarás que voy a casarme así.

Se mira de arriba abajo y me lanzo encima de él, tirándolo de nuevo a la cama.

—Te quiero.

—Y yo, mi amor.

Sentada a la mesa que nos ha preparado el hotel para celebrar nuestra boda, veo las fotos que nos acaba de enviar el fotógrafo y hay una que me encanta; estamos uno frente al otro, sonriendo y bailando muy juntos sin dejar de mirarnos a los ojos bajo las lámparas.

—¿Puedo subirla a Instagram? Le debo una a alguien.

—A Adriana, por Las Vegas. —Rompe a reír, y asiento—. Eres una rencorosa. —Me besa y es él quien pulsa «Compartir» a la foto que he elegido junto a las palabras *I got married to my life partner* o, lo que es lo mismo, me casé con mi compañero de vida.

—Ya puedes apagar el teléfono.

—Lo que tú me digas, amor mío.

Y desconectamos del mundo entero, de los amigos que estarán ahora mismo enterándose de que nos hemos casado, de nuestro enano de un año y medio que es una réplica a su padre, que sin duda estará molestando a su hermana, porque ya es oficialmente su hermana, puesto que Luca y yo, antes de venir, firmamos los papeles de la adopción. Sólo espero que mi madre no me mate cuando vayamos a Lanzarote después de este viaje y le contemos que nos hemos casado en la intimidad.

Una boda perfecta, con el hombre perfecto, en el lugar perfecto.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a cada una de las lectoras que día a día me acompañan; sin ellas, este esfuerzo no valdría la pena. Gracias a su impulso me esfuerzo al máximo para continuar en este camino tan laborioso, pero a la vez tan gratificante.

A mi editora, por seguir apoyándome con esta historia; desde el momento en que le expliqué la idea principal y el título, me animó a escribirla entre risas.

Finalmente, y sobre todo, quiero dedicar este libro a una amiga que ahora mismo no está en su mejor momento; por ello quiero que sepa que, aunque a veces parece que vayamos cuesta arriba, podemos seguir adelante y trapear las piedras que nos encontramos en el camino. María, sabes que te quiero y voy a estar siempre a tu lado, para lo bueno y lo malo, para reír y llorar.

Biografía



Soy Iris T. Hernández, una joven de treinta años que lucha por superarse día a día.

Me crie en Sant Adrià de Besòs, un pequeño barrio de Barcelona, bajo unos valores de humildad que me han servido para ser la persona que soy. Con tan sólo veintidós años, y sin saber nada de la vida (por mucho que quisiera creer que lo sabía todo), mi actual pareja y yo emprendimos un camino del cual me siento muy orgullosa y cuyo fruto han sido dos personitas que nos han unido más si cabe.

Actualmente ocupo la mayor parte de las horas del día en mi trabajo como administrativa; números, números y más números pasan por mis ojos durante ocho largas horas, pero en cuanto salgo por las puertas de la oficina, disfruto de mi familia y amigos, e intento buscar huecos para dedicarme a lo que más me gusta: escribir.

Soy autora de la trilogía «Momento» (2014-2015), *Sabes que te quiero... a mi manera* (2015), *A través de sus palabras* (2016), *Me gustas de todos los colores* (2017), *Acepté por ti* (reeditada en 2017), *No hay reglas para olvidar* (2018) y *¡Que alguien me saque de aquí!* (2018).

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

www.iristhernandez.com,

[@IrisTHernandez](https://www.instagram.com/IrisTHernandez)

<https://www.facebook.com/iris.t.hernandez.9>

Referencias de las canciones

Noelia, Copyright: © This Compilation 2013 Universal Music Spain, S.L. © 2013 Universal Music Spain, S.L., interpretada por Nino Bravo. (*N. de la e.*)

Mañanas de terciopelo, Copyright: © This Compilation 1983 Universal Music B.V. © 1983 Universal Music B.V., interpretada por Demis Roussos. (*N. de la e.*)

Lo tuyo es amor por narices
Iris T. Hernández

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: ShotPrime Studio / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Iris T. Hernández, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-08-20703-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA

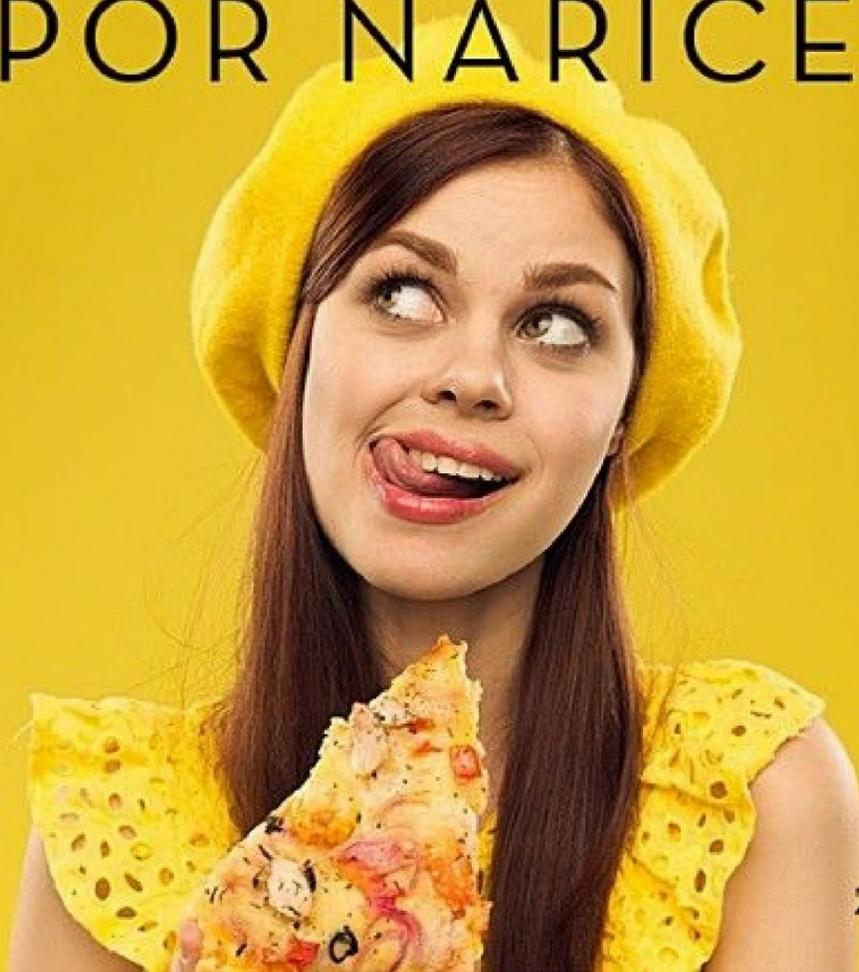


¡Síguenos en redes sociales!



IRIS T. HERNÁNDEZ

LO TUYO
ES AMOR
POR NARICES



zafiro[♥]